

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

42

sede medellín . revista de extensión cultural



Universidad Nacional de Colombia
Sede de Medellín

Rector

Vicerrectora de Sede

Director Académico

Secretario de Sede

Directores

Comité de Redacción

Coordinación Editorial y Difusión

Diseño y Diagramación

Ilustraciones fuera de texto

Portada

Solicitud de Canje

Dirección

Impresión

ISSN 0120-2715

Revista de Extensión Cultural No. 42

Abril de 2000

Victor Manuel Moncayo Cruz

Olga Mestre de Tobón

Luis Alfonso Vélez Moreno

Francisco Luis Montoya H.

Luis Antonio Restrepo A.
José Fernando Jiménez M.
Carlos Mario González R.

Manuel Mejía Vallejo †
Darío Ruíz Gómez
Jorge Alberto Naranjo M.
María Claudia Díez G.
Walter Sorge Z.
Emilio Cera S.

Oficina de Comunicaciones y Divulgación Cultural
Diana Patricia Barreneche H.
Catalina Upegui Mejía

Rodrigo Lenis León

Marco Tobón Mejía

"Crisalida y Mariposa"
"Ex-Libris"
Marco Tobón Mejía
Revista "El Figaro"
Cuba

Departamento de Bibliotecas. Bloque 41

Apartado Aéreo No. 568, Medellín
dcultura@perseus.unalmed.edu.co.

*Licencia del Ministerio de Gobierno
No. 002225 de 1976. Tarifa postal reducida para
libros y revistas No. 133 de la Administración
Postal Nacional.*

Centro de Publicaciones
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

*La responsabilidad de las opiniones que se exponen
en los artículos corresponde a los autores.*

<i>Marco Tobón Mejía, nuestro artista en La Habana</i>	Miguel Escobar Calle	7
<i>Leonardo Da Vinci: expresión gráfica y conocimiento</i>	Héctor Ceballos Córdoba	15
<i>De la economía natural a la economía ecológica</i>	Luis Jair Gómez G.	43
<i>Caudillismo y élites en la historiografía hispanoamericana (1898-1930)</i>	Juan Guillermo Gómez García	60
<i>Colombia al comienzo del nuevo siglo: paz, desarrollo y gobernabilidad</i>	Alejo Vargas Velásquez	89
<i>Reseñas</i>		104
<i>Colaboradores</i>		114
<i>Recomendaciones a los autores</i>		116

De Miguel Escobar Calle, actualmente Jefe de la División de Información y Cultura de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, publicamos su artículo *Marco Tobón Mejía, nuestro artista en La Habana*. Del arquitecto Héctor Ceballos Córdoba de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín y Magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia, el estudio titulado *Leonardo Da Vinci: expresión gráfica y conocimiento*. De Luis Jaír Gómez Giraldo, Profesor Titular y Maestro Universitario, adscrito al Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de nuestra Sede publicamos su ensayo *De la economía natural a la economía ecológica. Caudillismo y élites en la historiografía hispanoamericana (1898-1930)* es la colaboración del docente de la Universidad de Antioquia y doctor en Filosofía de la Universidad de Bielefeld, Juan Guillermo Gómez García. Alejo Vargas Velásquez, doctor en Ciencia Política de la Universidad de Lovaina y actual Vicerrector General de la Universidad Nacional de Colombia, escribe sobre la situación actual del país, su artículo se titula: *Colombia al comienzo del nuevo siglo: Paz, desarrollo y gobernabilidad*.

Continuamos con nuestro proyecto de publicar reseñas sobre obras de interés para la comunidad académica de la universidad. Esperamos seguir perfeccionando esta área.

A finales de febrero murió el profesor español Bernardo Denalda, quien jugó un importante papel en la constitución del área de humanidades en la Facultad de Minas en los últimos años de la década del sesenta. Este proceso académico fue liderado por el decano de ese entonces doctor Peter Santamaría y sus colaboradores más cercanos, además del profesor Denalda, fueron Darío Valencia Restrepo, Juan Camilo Ochoa y Alvaro Tirado Mejía. Esta experiencia condujo posteriormente a la creación de la Facultad de Ciencias Humanas hace veinticinco años.

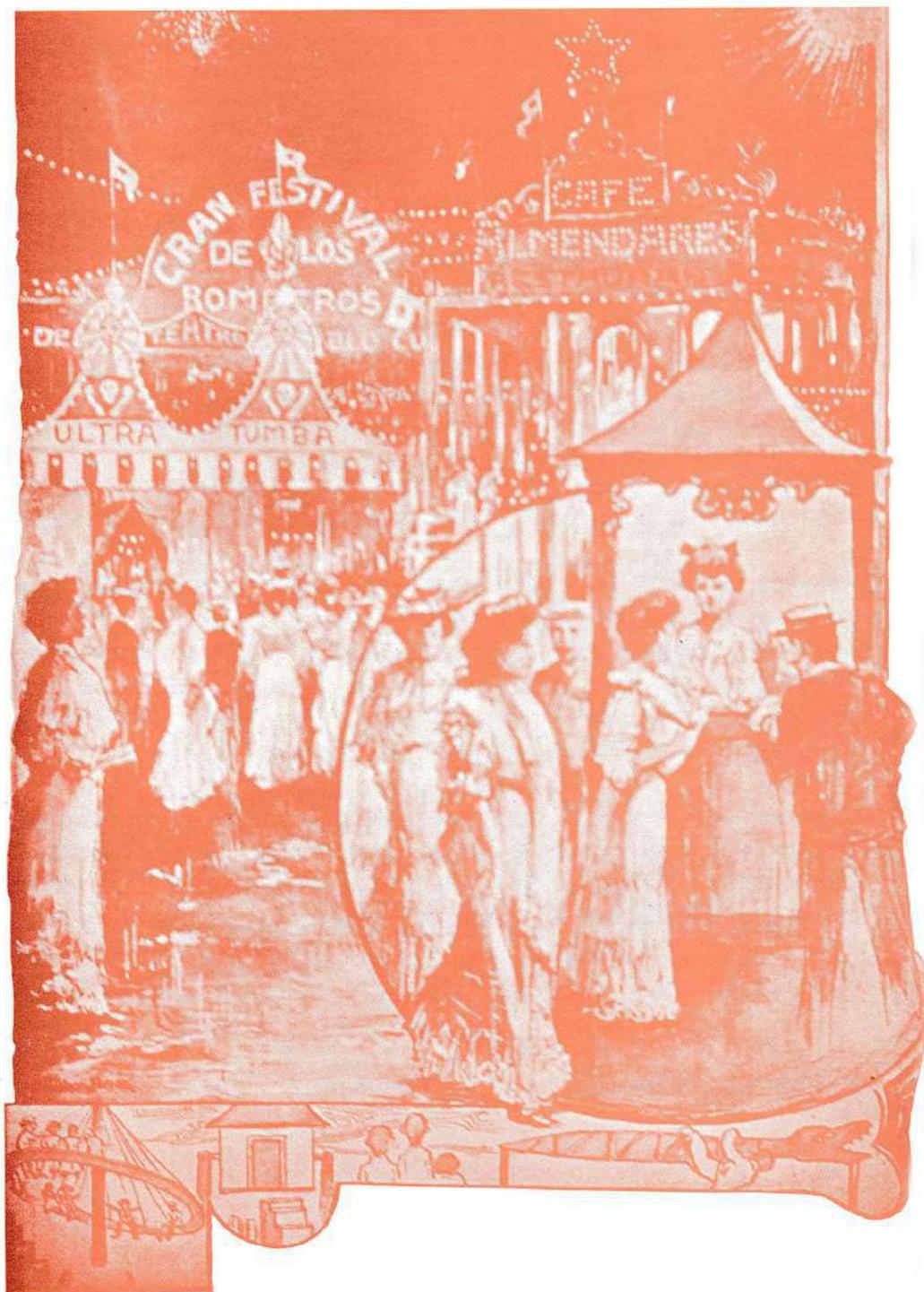
Corrección de un error. En el número 41 de la revista (septiembre de 1999), la información que acompaña la ilustración de la página 6 es errónea. Allí dice “Maestro Pedro Nel Gómez pintando los murales de la Facultad de Minas, 1952”; en realidad la fotografía muestra al Maestro pintando un óleo para el Concejo Municipal del Socorro (Santander) en 1952.

Luis Antonio Restrepo A.

Carlos Mario González R.

José Fernando Jiménez M.

Terrenos de Almendares:
aspectos del festival a
beneficio del Cuerpo de
Bomberos de la Habana.
Marco Tobón Mejía



Marco Tobón Mejía, nuestro artista en La Habana

Miguel Escobar Calle

(A Jorge Cárdenas, pintor)

Una frase de Horacio Franco en un añejo artículo, es quizá la mejor y más sintética descripción de Marco Tobón Mejía: “Era un dibujante que viajaba hacia los dominios de la escultura, y que llevaba como único equipaje un lápiz detrás de la oreja y unas cuartillas blancas”.

París era el sueño de Tobón Mejía, como para muchos artistas. Por eso, después de lograr bajo la orientación de su maestro Francisco A. Cano la pequeña gloriola que era posible a nivel local, un día de julio de 1905 decidió emprender el viaje. Con tan mala suerte que los ahorros para tal fin, obtenidos en exposiciones organizadas por el Centro Artístico y la revista Lectura y Arte, se fueron a pique al declararse en quiebra el banco donde los había acumulado. Sin embargo resolvió irse, “bravía y francamente”: Si las circunstancias quedan mal conmigo, dijo, yo no quedo mal conmigo. ¡ Me voy !

Carlos E. Restrepo relata que “una mañana se apareció Tobón Mejía a nuestro escritorio, a pedir órdenes... pero él mismo no sabía para dónde. ¿Para los Estados Unidos, Centro América, Cuba, Europa? ¡Quién sabe!

Tenía necesidad de salir a buscar otro aire, otro sol, otro escenario (...).

- Pero usted ¿con qué recursos cuenta?, le preguntamos. Usted no sabe pedir y ni siquiera ser bohemio, que es el recurso de nuestros judíos errantes.

- Con esto, nos contestó, lleno de serenidad y de fe, mostrándonos un lápiz.

Con ese lápiz en la mano, sin ningún apoyo ni recomendaciones oficiales se marchó a vivir su vida, digna, noblemente, y por cuenta propia”.

Como bagaje llevaba las enseñanzas que había recibido de Cano en dibujo, pintura, grabado y modelado, y su recomendación de orientar esfuerzos y capacidades hacia la escultura, pues el daltonismo creciente le afectaría la práctica pictórica; portaba su persistente estudio de la naturaleza y de los grandes ilustradores y decoradores de la época (Mucha, Grasset, Vernet, Lalique, Mersón y Oliver), con lo cual había logrado un original desarrollo de diseños art nouveau, a partir de especies de fauna y flora nativas o características del trópico americano (libélulas, “caballitos de palo”, batatilla, maíz, café, granadas, orquídeas y veraneras o curazaos); y la experiencia conseguida durante cuatro años como dibujante, ilustrador y grabador en **Lectura y Arte**.

Con ello y el simbólico lápiz el 17 de julio de 1905 salió para Puerto Berrío, para luego remontar el Río de la Magdalena hasta Barranquilla. Allí se vinculó al periódico **Rigoletto** y a comienzos de 1906 se embarcó

para Nueva York. Cabe aquí la anécdota que narra Tomás Cadavid Restrepo sobre tal viaje:

“Iba en el barco una familia americana. La señora era bella, lo mismo que su niña. El antioqueño se dió a la tarea, seguramente sin la delicadeza debida, de mirar a la dama; los ojos inquietos del novel artista le seguían como dos espías. Ella, creyéndose requerida de amores, se querelló a su marido, quien airado y revólver en mano fue a matar al presunto amador, quien, como única respuesta, le mostró un primoroso cuadro donde estaban retratadas la madre y la hija. Un puñado de monedas de oro fue a las manos de Tobón Mejía. Y, cuentan, que de mucho sirvió ese dinero al pobre viajador”.

Pero Nueva York no ofreció ninguna perspectiva para nuestro artista. Y entonces, en mayo, decidió virar hacia Cuba.

A LA HABANA HA LLEGADO UN BARCO...

Es el maestro Cano, su confidente epistolar, quien relata la llegada a la isla caribeña:

“Cuando llegó al puerto llevaba en el bolsillo un peso; llamó a un cochero, y pagó la carrera; un peso. Se alojó en un hotel regular, no tenía ni un conocido, ni nada qué hacer. Tenía la vida por delante, y eso era todo.

Llegó la hora de almorzar. Al otro extremo del comedor en donde se encuentra, un señor importante parece leer. Toma el lápiz, traza unas cuantas líneas, y queda dibujado un croquis aceptable. El hombre observa, descansa satisfecho, y cuando juzga que la obra está concluida, se acerca a Tobón, toma el dibujo, le parece bueno, le paga dos pesos, y ambos salen en dirección a EL FIGARO. Tobón ha encontrado oficio. Trabaja”.

LA CUBA DE LA ÉPOCA

La estadía de Tobón Mejía coincide con una interesante y álgida etapa de la historia cubana: exactamente con el período de la llamada “segunda ocupación” norteamericana que cubre de 1906 hasta 1909, en el cual se recrudece la crítica de tinte patriótico y nacionalista, y está en vigencia un germen de pensamiento de renovación que se ve entorpecido por esta nueva dominación. Período en el que la ciudad de La Habana comienza a sufrir fuertes e irreparables cambios urbanos y arquitectónicos y graves oleadas de movilidad poblacional empiezan a alterar el uso del espacio urbano. Es, además, la época de apogeo de la generación de cantores de la Vieja Trova y un crucial momento de la transición en la literatura, donde se mezclan el naturalismo o realismo crítico en boga en la isla con los primeros avances vanguardistas. Dos revistas, **El Fígaro y Cuba y América**, son especialmente representativas y voceras de ese hervidero de ideas y corrientes.

ILUSTRADOR EN EL FÍGARO

Y es precisamente en **El Fígaro** donde se vincula, como ilustrador y dibujante. Allí, a partir de junio de 1906, realiza orlas y viñetas de estilo art nouveau e ilustraciones para textos literarios. Y dibujos, tomados del natural, de rincones y eventos de la ciudad: el Malecón de noche, el Festival de los Bomberos en Terrenos de Almendares, la salida de misa de Belén, etc. Y desde julio le asignan la elaboración de carátulas para la prestigiosa revista: la primera de ellas es el apunte del vendedor de dulces (¿o de helados?) en la que entonces llamaban Plaza del Malecón.

UN AÑO FRUCTÍFERO

El creciente prestigio de Tobón hizo de 1907 un año bien productivo, en el cual además de las carátulas e ilustraciones usuales, incursionó con acierto en una serie de dibujos de carácter post-impressionista, cercanos a Seurat, unos a partir de apuntes tomados del natural, otros como ilustraciones, inspirados en los textos literarios mismos. Así mismo retorna a sus incursiones escultóricas, que había iniciado en 1905 en Medellín con su relieve “Mayo”, y moldea en yeso el retrato del poeta Julio Flórez y el excelente relieve de los hermanos Uhrbach, piezas estas que pueden señalarse como el antecedente directo de los medallones y plaquetas a que luego se dedicaría en París, y género en el cual logró un virtuosismo reconocido aún por el mismo Rodín.

Además de su trabajo en **El Fígaro**, del cual obtiene su sostenimiento básico, Tobón Mejía participa ese año en dos exposiciones organizadas por la revista **Cuba y América** y logra, en abril, el primer premio en dibujo lineal, y en mayo el gran premio de dibujo.

Participa luego en el concurso para los carteles de los Juegos Florales de la Estación Invernal y obtiene por unanimidad el primer premio con el diseño de un afiche de estilo modernista.

APARECEN PELÓN, MARÍN Y ARENALES

En septiembre llegan a La Habana, provenientes de Santiago de Cuba donde habían desembarcado en julio de ese año, Pelón y Marín (Pelón Santamarta y Adolfo Marín), los Trovadores Colombianos. Dice su biógrafo Heriberto Zapata Cuéncar que: “la vida en La Habana fue dura, durísima para los dos paisas andariegos. Cerca de dos semanas transcurrieron de muchas hambres, durmiendo

en parques. Al fin lograron colocarse de ayudantes en una sastrería, aunque mal remunerados”.

Hasta que un día, en una calle cualquiera se encontraron con Tobón Mejía: “desde entonces la más fraternal de las amistades se trabaaría entre el gran artista santarrosano y los cantores medellinenses. Estos tomaron en alquiler un cuartucho vecino al de Tobón Mejía. Y noche tras noche se reunían en algún parque o en cualquiera de los cafés vecinos”.

Tres meses después, el 19 de diciembre, apareció Porfirio Barba Jacob, quien en esa época usaba el nombre de Ricardo Arenales. Proveniente de Costa Rica y Jamaica había llegado el día 17 a Santiago de Cuba, y de allí se trasladó en tren a La Habana.

Y cuenta Zapata Cuéncar: “Si Pelón y Marín estaban pobrísimos, este Arenales sí que llegaba en la más lastimosa de las miserias. Sin centavo y sin ropa. Pero como buenos paisas, que en la propia tierra se querellan y en la extraña se hermanan, (Tobón, Pelón y Marín) compartieron con el que llegaba, ropa, habitación y comida”.

Un poco más de seis meses convivieron y lucharon juntos los colombianos. “De los cuatro, añade Zapata Cuéncar, el mejor librado fue el poeta. Edmundo Catá (*), director de uno de los grandes diarios de La Habana le dió trabajo en su periódico y lo conectó con el mundo intelectual de la gran ciudad y, poco después, lo puso en contacto con el poeta mexicano Luis C. Urbina”.

EVOCACIÓN DE BARBA JACOB

Años después, en un bello artículo escrito en 1927, Barba Jacob rememoró ese intenso período habanero: “Hace veinte años conocí a Tobón Mejía en La Habana. Nos hizo amigos, si no me engaña la memoria, el admirable Ramón de Catalá, director de **EL FÍGARO** y cónsul general de los poetas, pintores y músicos que arribaban a su isla encantada. Una hora después de la presentación inicial, ya existían entre nosotros vinculaciones perdurables. Nos habíamos reconocido como hermanos en la nación, en el departamento y hasta en la ciudad maternal; los dos somos de Santa Rosa de Osos, edificada sobre el oro. Más aún evocando yo la sombra de doña María de Jesús Cadavid de Benítez, abuela mía, que pasó en su época por ser la mujer de más singular hermosura de aquellas comarcas y que no hace muchos años, en avanzada senectud, conservaba todavía cierta majestad señorial, en el porte, en los ademanes, Tobón y yo encontramos la realidad de un parentesco: somos de la misma sangre... No es necesario decir, pues, que él fue mi mejor amigo y compañero, que su fe en la victoria final, me confortó en mis vacilaciones, y que mi locura de pájaro disipó más de una vez sus tedios de artista.

Nos reuníamos en un café de la calle Virtudes, lugar humilde y grato, a pocos pasos el suntuoso paseo de Martí. A este sitio iban también, cotidianamente, los primeros antioqueños que salían de Colombia en misión lírica de bambucos y pasillos: los trovadores Franco y Marín: Franco, ahora “Pelón Santamaría”, de júbilo inmarcesible, y Luis Adolfo, espíritu de una bondad y una ternura que llegaban hasta el heroísmo. Y unidos los

(*) Fernando Vallejo en su libro *Barba Jacob El Mensajero* (p. 60) se refiere a “su joven y leal amigo Alfonso Hernández Catá quien le marcó la ruta a México”. ¿Cuál de los dos biógrafos está en lo cierto?

cuatro por el sentimiento de la patria, por el amor al arte, por el don divino de la mocedad, estimulados por los aires lánguidos de nuestras canciones y por los gratos vapores del vino, bajo la caricia sensual de las auras de la noche - que en cuba tienen la voluptuosidad de un caricia de mujer -, ¡ qué ardientes, qué profundas veladas solíamos gozar!. Acaso más de una vez Tobón Mejía y yo estuvimos cercanos del éxtasis. Mientras Sirio, virtuoso de nombre y luz, parpadeaba en las lejanías estelares, y el patio y el café se inundaban de olor marino y de sensuales ritmos, nosotros dejábamos flotar el alma, semejante a un copo de nube que los vientos llevan y traen por el éter, en libertad sin contratiempos... “.

LA COTIDIANA VIDA

Pero una cosa eran esos éxtasis artísticos, fruto de la noche, el ensueño, el licor y los pasillos decidores, y otra la realidad diurna y cotidiana. El mismo Barba Jacob, en entrevista que le hizo Germán Arciniegas en su revista **Universidad**, describe las precarias condiciones de vida de Tobón Mejía:

“Si usted hubiera visto cómo vivía Tobón en La Habana. En un cuartucho estrechísimo se veían en deplorable desorden una media, los pinceles, camisas, pañuelos. De pronto, nervioso, apuntaba: - he perdido mis gafas. Revolvía los papeles, sacudía las cobijas, pero todo era inútil. Muy resignado, salía a la calle en busca de un óptico, para comprar nuevas. Ya en el camino, se tocaba en el bolsillo del pecho: allí estaban las gafas. Con una sonrisa de triunfo, las montaba en la nariz, y regresaba al hotel perfectamente glorioso”.

En ese ambiente y esas circunstancias, los cuatro colombianos insistían en su lucha.

A Barba Jacob le iba mejor: ya estaba colocado y tenía cierta figuración en el periodismo habanero y, de nuevo, había reiniciado su producción poética: en La Habana escribió y publicó “Espíritu Errante” (1907), “La Esperada” (1908) y “El Enemigo” (1908).

Los trovadores Pelón y Marín “con frecuencia llevaban sus instrumentos a un pequeño café situado muy cerca de la pieza que habitaban” (se refiere Zapata Cuéncar al cafecito con patio de la Calle Virtudes). Allí cantaban y añoraban la patria. Algunas veces “esas canciones, ejecutadas con la maestría que ellos tenían, llamaron la atención” y obtenían alguna remuneración, que complementaba su exiguo salario como ayudantes de sastrería.

Tobón Mejía, en tanto, seguía vinculado a las revistas **El Fígaro y Cuba y América**. Cada vez su estilo y su manera como ilustrador es más decantado y perfecto. De ese año son algunos diseños de carátulas de excelente factura, donde conjuga la fotografía de uso con orlas decorativas de exquisita realización; algunos diseños modernistas de vidrieras; portadas y páginas de impecable dibujo y sobrio colorido monocromático; un desconocido y excelente retrato a lápiz de Porfirio Barba Jacob; y “Suavemente”, un dibujo post-impresionista digno del mejor Seurat (pero pésimamente impreso), donde la ciudad nocturna es una silueta esfuminada en color verde oliva.

UNA CORONA DE LAUREL HABANERO

En mayo de ese año de 1908 se definía el concurso para el cartel de los Juegos Florales de la Estación Invernal de 1909... y es de nuevo Barba- Jacob quien relata lo sucedido: “No recuerdo con qué motivo se abrió un concurso para premiar un cartel. Tobón ganó el primer premio. La prensa toda hizo la apología del pintor colombiano. Pero hubo un segundo concurso

(se refiere al de 1908). Era necesario un nuevo cartel, y esta vez los competidores tenían interés en que Tobón no triunfara. Tobón alquiló un cuartucho en una calle poco frecuentada. Trabajaba de noche. Nadie se enteró. Se presentaron al concurso cuarenta carteles. El jurado separó veinte, hizo luego nueva escogencia, y dejó sólo tres: otorgó un primer premio y dos menciones. Se rasgaron los sobres para saber quienes habían resultado favorecidos: los tres carteles pertenecían, todos, a Tobón Mejía”.

El nuevo triunfo del artista santarrosano se constituyó en un suceso. Los más reconocidos críticos cubanos, Arturo R. de Carricarte, Adrián del Valle y Félix Callejas, escribieron elogiosos artículos sobre el colombiano. Y Barba Jacob en un texto exaltatorio, “Glosario de una vida”, reseñó el simbólico homenaje que la colonia de colombianos y algunos destacados intelectuales y artistas cubanos, además de varias damas, rindieron a Tobón Mejía: una verde y real corona de laurel habanero que colocaron en su bella testa.

LA DIÁSPORA

Pocas semanas después empezó el éxodo: el primero que emigró fue Barba Jacob, en junio, hacia ciudad de México y después a Monterrey. Luego, en julio, los Trovadores Colombianos Pelón y Marín, contratados por la Compañía de Espectáculos de Raúl del Monte, viajan a Mérida, Veracruz y Ciudad de México, en una gira triunfal que coronan en septiembre al grabar cuarenta canciones para la Casa Columbia de México, por la suma de cuatrocientos dólares, cifra “verdaderamente halagüeña para la época”, anota Zapata Cuéncar.

En tanto Marco Tobón seguía embebido en su trabajo. Y de nuevo triunfaba: un dato de prensa, sin confirmar a plenitud, indica que hacia finales del año 1908 fue “vencedor de un concurso para ornamentar un palacio o teatro en La Habana”. ¿Acaso para ello serían los diseños de vitrales reproducidos en **El Fígaro** ese año? No se sabe a ciencia cierta.

En todo caso su creciente fama le permitía de nuevo ahorrar y soñar con su empecinado anhelo: París.

Por fin, a comienzos de 1909, y con el auspicio económico de las revistas cubanas, viaja a la capital francesa. Desde allí, a manera de corresponsal gráfico, envía materiales para las prestigiosas publicaciones. El primero de ellos, reproducido como carátula de **El Fígaro** el 14 de mayo de 1909, es un diseño art nouveau de estirpe simbolista, titulado “Rama de Gui” y fechado “París, 1909”. Se trata de un escorzo femenino de excelente factura, donde una muchacha cuyo desnudo torso está apenas insinuado, reposa bajo una delicada y exquisitamente delineada rama de muérdago (es el mismo Gui). La leyenda bretona dice que el mancebo que encuentre una joven bajo la rama de muérdago puede besarla y, si ella lo permite, poseerla.

FINAL

Otra historia y otras crónicas es la vida y avatares de Marco Tobón por ciudades de Europa: París, Génova, Livorno...

Una cosa sí queda clara y es que fue en la capital cubana: “donde el cielo, las mujeres y la suerte le sonrieron, y donde aún se guarda con cariño su recuerdo”. Tal versión es subrayada por la curadora Myriam Acevedo: a pesar de estrecheces, Tobón Mejía tuvo en Cuba “tal vez la época más tranquila de su vida,

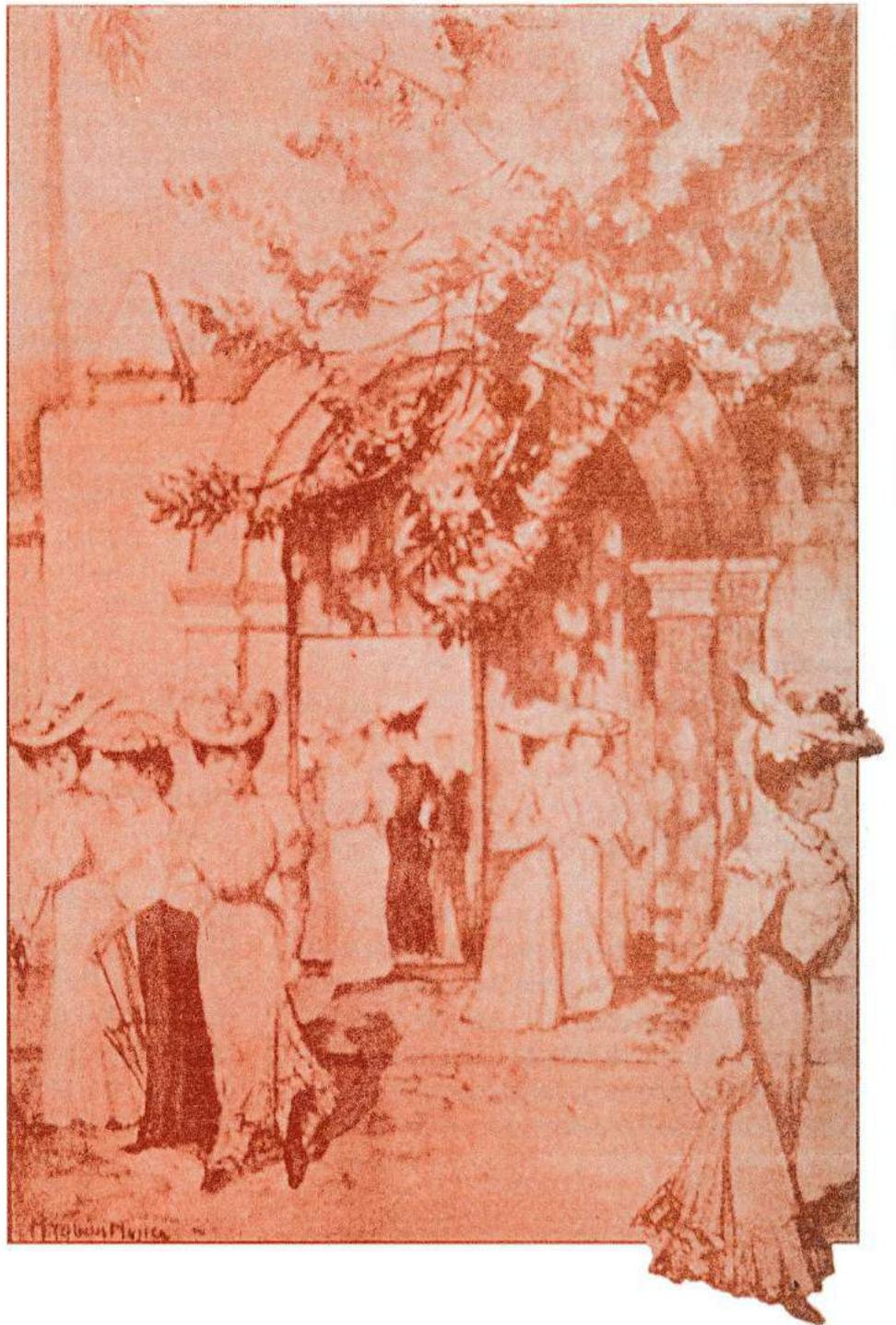
gracias al cálido apoyo que le brindó La Habana”. Y añade: “inclusive a distancia, años después cuando se encontraba radicado en Europa”, pues desde esa isla encantada le encargaron medallas, relieves y plaquetas que le ayudaron (ánimica y económicamente) a sortear dificultades aún de subsistencia, especialmente en los malos días de la primera guerra mundial.

NOTA: El material gráfico que acompaña este cronicón, y que se reproduce por primera vez en Colombia, fue tomado de las colecciones de la Biblioteca Nacional de Cuba y donado a la Biblioteca Pública Piloto de Medellín por Juan Luis Mejía Arango.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Germán Arciniegas: “Tobón Mejía”. Entrevista a Francisco A. Cano y Porfirio Barba Jacob. En: **Universidad** # 50. Bogotá, octubre 8 de 1927.
- Porfirio Barba Jacob: **Poemas**. Recopilados y anotados por Fernando Vallejo. Bogotá, Procultura, 1985.
- Porfirio Barba Jacob: “Glosario de una vida”. (La Habana, 1908). En: **Revista del Centenario de Porfirio Barba Jacob**. # 5. Santa Rosa de Osos, agosto de 1983.
- Porfirio Barba Jacob: “Marco Tobón Mejía” (Especial para el Suplemento). En: **Suplemento Literario Ilustrado de El Espectador**. # 151. Bogotá, Noviembre 3 de 1927.
- Félix Callejas: “Tobón Mejía” (La Habana, 1908). Transcripción de Jairo Tobón B. En: Jairo Tobón Baena: **Figuras de nuestra historia artística: Marco Tobón Mejía**, Medellín, 1980. Libro artificial en Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.
- Francisco A. Cano: **Notas Artísticas**. Recopilación, edición y prólogo de Miguel Escobar Calle. Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1984. Colección Breve, vol. 3.
- Jorge Cárdenas: **Vida y obra de Marco Tobón Mejía**. Medellín, Museo de Antioquia, 1987.
- Arturo de Carricarte. “Marco Tobón Mejía” (**El Fígaro**, La Habana, 1908). En: **La Organización**. Medellín, enero 27 de 1909.
- Horacio Franco: **Un testimonio y un mensaje: “Barba Jacob”** (Enero 16. 1942). Medellín, Granamérica, 1963.
- Julio Le Riverend Brusona: **La Habana**. Madrid, MAPFREE, 1992.
- Museo de Arte Moderno de Bogotá: **Marco Tobón Mejía**. Catálogo de la exposición. Textos y curaduría de Myriam Acevedo. Bogotá. Bogotá, MAM, agosto de 1986. Medellín, Suramericana de Seguros, septiembre de 1986.
- Jairo Tobón Baena (compilador) : **Figuras de nuestra historia artística: Marco Tobón Mejía**. Medellín, 1986. Libro artificial en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.
- Fernando Vallejo: **Barba Jacob El Mensajero**. México, Editorial Séptimo Círculo, 1984.
- Varios: **Homenaje al Artista Antioqueño Marco Tobón Mejía**. Medellín, Imprenta Oficial, 1938.
- Varios: **Iniciación de una Guía de Arte Colombiano**. Bogotá, Academia Nacional de Bellas Artes, 1934.
- Heriberto Zapata Cuéncar: **Pelón Santamarta. 1867-1967. Vida, Andanzas y Canciones del Autor de “Antioqueñita”**. Medellín, Granamérica, 1966.

Salida de Misa de Belén.
Marco Tobón Mejía



Leonardo Da Vinci: expresión gráfica y conocimiento

Héctor Ceballos Córdoba

NOTA : Este trabajo constituye la síntesis de un estudio mayor próximo a ser publicado, cuya temática se centra en las enseñanzas que Leonardo da Vinci ha transmitido a la modernidad con respecto a la visión y el conocimiento.

FUNDAMENTOS DE LA EXPRESION GRAFICA

Leonardo, en su famoso *Parangón* con el cual comienza el *Tratado de la Pintura*, plasma las concepciones de fondo que orientaron no sólo su pintura y dibujo, sino también buena parte de su trabajo científico y técnico. En el se observan argumentaciones repetidas de modos diversos que podrían sintetizarse de la manera siguiente: La Pintura, o el Dibujo, es **Ciencia..**

a) En tanto se constituye en reflejo exacto de los cuerpos existentes en la naturaleza.
Copia...

de todas las obras evidentes de la naturaleza... (que)... trata de todo género de formas: mares, lugares, plantas, animales, hierbas, flores, a las cuales rodean la sombra y la luz¹... Más se ha de alabar aquella pintura que mayor semejanza guarda con la cosa imitada².

b) En tanto capta exactamente los fenómenos naturales:

De esta pintura, sus principios científicos y verdaderos son los de saber qué es un cuerpo en sombra y lo que es sombra primitiva y sombra derivativa y lo que es luminosidad, es decir, sombra y luz, color y cuerpo, figura, lugar, lejanía, proximidad, movimiento y quietud, cosas que sólo con la mente se comprenden, sin obra manual alguna³.

c) En tanto se apoya en ciencias matemáticas (como la perspectiva y la geometría):

Esta ciencia es madre de la perspectiva, esto es, de la ciencia de las líneas de la visión, ciencia que se divide en tres partes: de éstas, la primera solamente comprende la construcción lineal de los cuerpos; la segunda, la difuminación de los colores en relación a las diversas distancias, y la tercera, la pérdida de determinación de los cuerpos en relación a las diversas distancias ... Conviene indicar que la ciencia de las líneas de la visión ha parido la ciencia de la astronomía, que no es sino pura perspectiva, pues todo lo que en ella encontramos son líneas de visión y secciones de pirámide⁴ ... Principio de la ciencia de la pintura es el punto, síguele la línea, la superficie y el cuerpo, que de tal superficie se viste⁵.

d) Pero, sobre todo, la pintura es ciencia **en tanto depende, en primera instancia, de la mente**, y luego, secundariamente, de lo mecánico (de lo manual, o en general, de la experiencia). Leonardo se niega a aceptar como científicas aquellas disquisiciones que a todo lo largo de su elaboración dependen de la mente, tildándolas de vanas especulaciones “*llenas de errores*” y propias de la “*lengua de los litigantes*”. Su afirmación categórica es que sólo la confrontación del juicio con la experiencia, podrá definir o no su validez científica.

Se dice de un conocimiento que es mecánico cuando ha sido creado por la experiencia, mientras se llama científico al que nace y termina en la mente, siendo semimecánico cuando nace de la ciencia y termina por una operación manual. Mas me parece que sean vanas y llenas de errores aquellas ciencias que no nacen de la experiencia, madre de toda certidumbre, y que no acaban por experiencia, es decir que ni en su origen ni en su medio ni en su fin pasan por ninguno de los cinco sentidos ... Las ciencias verdaderas son aquellas que la experiencia ha hecho entrar por los sentidos imponiendo silencio a la lengua de los litigantes y que no alienta de sueños a sus investigadores, sino que procede siempre sobre los principios primeros y verdaderos conocidos, hasta llegar por sucesivas averiguaciones al fin⁶.

La verdadera ciencia será entonces aquella que relaciona experiencia con pensamiento, sin prescindir en ningún momento de estas dos instancias que operarían como los dos polos de un mismo y verdadero proceso cognoscitivo. En el raciocinio de Leonardo, lógicamente, esto se aplica íntegramente a la pintura y el dibujo:

Y si dices que tales ciencias verdaderas y conocidas son de condición mecánica porque no pueden terminarse sino manualmente, yo diré lo mismo de todas las artes que pasan por las manos de los escritores, que son un género de dibujo, miembro éste de la pintura; la astrología y todas las otras pasan por operaciones manuales, pero antes son mentales como lo es la pintura, que está primero en la mente del que la realiza pero no puede alcanzar la perfección sin pasar por las operaciones manuales⁷.

Sintetizando, podría afirmarse que, de acuerdo al pensamiento Leonardiano, las cualidades de la verdadera Pintura son: primero, de EXACTITUD, entendida bajo la doble faceta de REFLEJO DE LA NATURALEZA (cuerpos y fenómenos) y de LIGAZON CON LAS CIENCIAS EXACTAS (geometría y perspectiva). Segundo, de UTILIZACION DE METODOS CIENTIFICOS DE TRABAJO para la adquisición del conocimiento, es decir, de la elaboración de juicios racionales a partir de la experiencia sensorial y culminando igualmente en la confrontación con ésta, al término del proceso. Tal sería el **status** de Ciencia que se otorgaría a la pintura, en términos leonardianos.

Concordando además con aspiraciones sentidas por la intelectualidad de la época, aparecen las cualidades de VERDAD y UNIVERSALIDAD del contenido y del mensaje pictórico. Sin ellas, la pintura no sólo se apartaría de la ciencia, sino que además sería incomprensible al juicio y al espíritu de sus observadores.

Tan despreciable es la mentira, que aunque digas cosas buenas acerca de las cosas divinas, quita todo valor a lo divino, como excelente la verdad, que ennoblece las cosas más pequeñas que ensalza⁸.

A este ideal ético de verdad se unirá por supuesto el ideal implícito de búsqueda **racional** de la verdad, para hacer de la pintura una ciencia, “hija legítima de la naturaleza”. Además, si la búsqueda de verdad constituye preocupación de todo artista y científico, la pintura cumple positivamente con este requisito de ser comprensible por todos ellos, tan solo valiéndose de la intermediación de la vista.

La ciencia más útil es aquella cuyo fruto es más transmisible y es por el contrario menos útil aquella cuyo fruto es menos transmisible. La pintura tiene su fin, transmisible a todas las generaciones del universo, porque su fin depende del sentido de la vista, y no llegan las cosas al entendimiento por el oído de la misma manera de como llegan por la vista. Esta no necesita de intérpretes de diversas lenguas, y, de igual manera que lo hacen las cosas producidas por la naturaleza, ha alcanzando rápidamente a satisfacer a la especie humana⁹.

Leonardo se dirige aquí a un auditorio específico: al hombre universal, tal cual lo inspira la antigüedad y lo toma para sí, íntegramente, el Renacimiento Florentino. El intelectual producto de la Revolución Cultural del siglo XV10 lo era en tanto trascendiera las barreras culturales que le impidieran acercarse a las verdades fundamentales del conocimiento natural, y estuviera, por tanto, capacitado para entender las cualidades de exactitud y científicidad implícitas en la auténtica obra pictórica. La Integralidad del proceso cognoscitivo era requisito indispensable del pensamiento y, si bien se aceptaba la especialización, antes que fragmentación ésta presuponía un conocimiento aún más universal que se constituía en soporte y aseguraba la excelencia del saber especializado. Para Leonardo toda posibilidad de comprensión está supeditada a esta exigencia de universalidad. Así, puede sentenciar: “No es universal quien no ama por igual todas las cosas que están comprendidas en la pintura”¹¹.

Por otra parte, en su lectura aparece implícitamente claro el anhelo de alcanzar, mediante la práctica del dibujo y la pintura realizada con criterio científico, LA CONCRECION DE UN MEDIO DE TRASMISION DEL CONOCIMIENTO aceptado y asumido por artistas y científicos, tan válido como pudiera serlo la escritura. A ese tono resentido con el que se refiere a la poesía y la escritura - en un espíritu tan comprobadamente noble como el de Leonardo, y dada su argumentación acerca de las cualidades de la pintura- no es posible darle otra connotación que la del deseo de alcanzar esta meta. Sin embargo, acepta que...

*La pintura presenta a la mente las obras de la naturaleza con más verdad y realidad de como lo hacen las palabras y las letras, pero las palabras alcanzan la mente con mayor realidad por las letras que por la pintura*¹².

Existe entonces el reconocimiento inicial de una relación más estrecha entre la mente y la palabra, aunque reivindica para la pintura las cualidades de mayor verdad y realidad (exactitud). También reivindicará para ésta la cualidad de instantaneidad, frente a una supuesta “*larga y tediosa faena*” de organización de las ideas por medio de la escritura¹³. A Leonardo no podía escapársele que la pintura, entendida como obra acabada (con color, luz, sombra, etc.), no respondía, en tanto medio expresivo, a esta cualidad de instantaneidad. De tal modo que aquí parece referirse más bien al dibujo, un medio que en él podría equipararse, por su agilidad, con el pensamiento mismo:

*La divina ciencia de la pintura trata de las obras humanas y divinas que están limitadas por sus superficies, es decir, las líneas, límite de los cuerpos, y con ellos dirige al escultor para la perfección de sus estatuas. Mediante su principio esencial, el dibujo, enseña al arquitecto cómo hacer su edificio grato a la vista; y enseña a los creadores de vasos, a los orfebres, a los tejedores, a los recamadores; ella ha encontrado los caracteres mediante los cuales se expresan las divinas lenguas y ha dado los signos a los aritméticos y la representación en figuras a los geómetras; también enseña a los astrólogos, a los mecánicos y a los ingenieros*¹⁴.

El *Parangón* en sus principales ideas generales contiene en general una gran concordancia con la totalidad de su obra. A su peculiar capacidad de observación le corresponde orgánicamente un medio expresivo también apoyado en lo visual, el dibujo, al cual asigna él verdaderas posibilidades de representación de las ideas y transmisión del conocimiento. Será por tanto su **expresión gráfica** la que nos señalará el tránsito que Leonardo realiza, desde un arte entendido como placer estético¹⁵, hasta un arte cercano a la verdad universal y científica, comunicable a todos aquellos que se muevan en tales términos y acepten tales principios.

LOS CONCEPTOS PREDOMINANTES Y LA EXPRESION GRAFICA

En alguna ocasión Leonardo llamó a sus estudios gráficos un “*discurso mental*”. ¿Hasta qué punto este discurso, es decir, el conjunto de su extraordinaria y abundante producción gráfica referida a la ciencia y la técnica, ha sido así entendida y valorada? Muchos autores han señalado las múltiples y generalizadas vicisitudes de su obra - curioso destino que se ha extendido por siglos, hasta hoy- mas pocos han tratado de entender, hechos aparte los golpes del infortunio, los obstáculos y ventajas propios de su expresión comunicativa.

Se supone que toda expresión que pretenda adquirir reconocimiento social debe buscar la comprensión del auditorio al cual va dirigido el mensaje. Se requiere la comprensión semántica, una “*inteligencia*” entre autor y receptor, de tal manera que éstos reconozcan como válidos los signos transmitidos. De no suceder esto, el rompimiento puede ser inevitable. Hay entonces una **exigencia de comprensibilidad** para el mensaje, si es que éste busca llegar a su contexto social.

Ya hemos indicado que a su discurso reflexivo y científico Leonardo busca dotarlo de los contenidos de Verdad y Universalidad, tan propios de su espíritu como de su época. Avanzar en el intento de dilucidar hasta qué punto logró él comunicar su verdad, así como detectar cuáles fueron

los posibles obstáculos presentados, parece tarea indispensable porque, como dice C. Morris, “*las discusiones acerca de la verdad y el conocimiento están inseparablemente ligadas a la semántica y la gramática*”¹⁶.

La primera y fundamental pregunta a hacer en este punto es **en qué medida su expresión gráfica podía ser entendida como un lenguaje válido de la ciencia**. Para la época, la valoración conceptual, cultural y psicológica, de **el discurso escrito como el único lenguaje aceptable para la ciencia** en particular y el conocimiento en general, así como la apreciación de **el Dibujo como una forma expresiva indisolublemente ligada al arte**, constituía, al igual que en los siglos posteriores, un gran obstáculo para la justa apreciación de su obra.

Occidente ha tenido en su pasado una larga tradición de subvaloración de la representación gráfica y la imagen visual. Se ha considerado este lenguaje como apropiado para dirigirse a la masa ignorante, supuestamente no razonable, fácilmente manipulable por los mensajes visuales o los sermones fonéticos (hablados). De hecho, históricamente está demostrado que así ha sido usado por los poderes establecidos. En la sociedad medieval la imagen visual alcanzó un valor social de comunicación tan grande o mayor que la escritura, la cual, precisamente, quedaba restringida al uso de nobles y religiosos. Como lo ha mostrado Gilson, toda la simbología y la riquísima iconografía medievales se apoyaron en esta realidad social¹⁷.

Sin embargo, esta concepción al parecer toma fuerza sólo en ciertas épocas y en determinadas sociedades. En el devenir de la sociedad humana la imagen ha tenido una valoración diferente, como lo demuestra entre otros el estudio paleontológico de las formas expresivas humanas realizado por André Leroi - Gourhan¹⁸, según el cual todo “lo figurativo” en el ser social, desde las formas artísticas (teatro, mímica, música, pintura), hasta las representaciones comportamentales (roles, gestos, actitudes) y la misma escritura, no es más que el conjunto de **maneras culturales** creadas para expresar (o comunicar) la realidad natural y social.

En apoyo de su afirmación, Leroi - Gourhan realiza un prolongado y minucioso recorrido que parte de los mismos orígenes del hombre del paleolítico. Basándose en diversos hallazgos paleontológicos, ha señalado la tendencia a la **esquematación geométrica** de la figuración primitiva, así como los auténticos y precisos **ordenamientos formales** que llevan a suponer que tales figuraciones operaban, no como una determinada expresión artística (cuestión defendida tradicionalmente por algunas teorías de la arqueología del arte), sino como *Mitogramas*, es decir, como la descripción graficada de mitos probablemente ligados en parte a lo mágico y en parte a lo real¹⁹. Tal constatación resulta importante por cuanto indicaría, ya desde los mismos albores de la humanidad, la existencia de *un sentido narrativo* en tales expresiones formales, y por tanto operarían, en principio, como una expresión sintética del pensamiento similar a la escritura ordinaria.

Parece ser entonces -y esto es lo relevante- que desde los mismos orígenes del hombre, la expresión gráfica operó como lenguaje y comunicación social, no sólo en su significación más amplia, sino también en cuanto precursora del actual lenguaje codificado, la escritura. Sin embargo, a pesar de esta valoración histórica de lo gráfico, el hecho innegable de que las expresiones no verbalizadas partan siempre de los sentidos y culminen en ellos - es decir, que inevitablemente vayan ligadas a lo biológico, bajo la forma de percepción del objeto y sensación del cuerpo- ha tendido entre aquellas y el hombre occidental un muro de desconfianza y recelo que por momentos se ha hecho infranqueable.

Así sucedió por ejemplo al término de la caída del imperio romano y la instauración del cristianismo. La sociedad se tornó profundamente desconfiada del cuerpo, primero como **espacio propicio para el pecado**, ante lo cual lo más indicado era su represión: ayuno, penitencia, vida ascética, búsqueda de lo que jamás debió dejar de ser, a saber, el tabernáculo de Dios. La reiteración en los *peligros de la carne* es tan notoria como conocida en los escritos de los Padres de la Iglesia. En el siglo XII, San Anselmo construye, para las artes representativas, una *Escala de Peligrosidad* a partir del número de sentidos implicados en cada obra²⁰. La Biblia alude también frecuentemente a la represión del cuerpo como medio para alejar las tentaciones y acercarse a Dios.

La revolución cultural del Renacimiento cambió temporalmente tal desconfianza. En la medida en que se retornaba al conocimiento natural, el cuerpo, una de sus expresiones, fue finalmente aceptado como objeto de estudio y meta ideal de la forma artística. Esto explica por qué, quienes alcanzaron una concepción más integral del ser humano fueron precisamente los artistas, tal como lo demuestra la obra Leonardiana.

No obstante, los contenidos de *Pecado*, ahora tomados como *fuentes de error en la adquisición del conocimiento*, se mantuvieron hasta el advenimiento del racionalismo. Nada tan elocuente, en tanto expresión de desconfianza ante el cuerpo, como el pensamiento cartesiano de principios del siglo XVII:

Supongo que todos los objetos que veo son falsos; me persuado de que nada ha existido de lo que mi memoria, llena de falsedades, me presenta; pienso que carezco de sentidos; creo que el cuerpo, la figura, la extensión, el movimiento y el lugar son ficciones de mi espíritu. ¿Qué hay, pues, digno de ser considerado como verdadero?. Tal vez una sola cosa: que nada cierto hay en el mundo²¹

... En suma, ¿Qué soy? Una cosa que piensa²².

Por supuesto, existe también el pensamiento opuesto: idealista, sensualista, romántico, aparentemente contrario al anterior, en realidad opera como *“la otra cara de la misma moneda”*. Coincide con la primera concepción en lo fundamental, en el rechazo a la integralidad del ser humano, sólo que utilizando unos conceptos y un lenguaje ajenos a toda reflexión. **La creatividad**, por ejemplo, la concibe bajo las formas de **inspiración y genialidad**, como arrebatos espirituales que transporta al artista a ensueños y clarividencias superiores e inexplicadas. Como diría Nietzsche, sería una especie de *...efusión de ebriedad... una fe oscura... una posesión... una obsesión... una masa fuerte de sonoridades que proceden desde más allá de su ser*. En otras palabras, una Creación que parece provenir de la nada, de espíritus desconectados de todo condicionamiento orgánico, cultural e intelectual. Esta concepción, haciendo aparentemente la apología de lo sensitivo y lo espiritual, en realidad coincide con el más radical racionalismo en la negación de cualquier intervención racional en los procesos creativos.

Estas corrientes de pensamiento han pervivido desde tiempos inmemoriales en el mundo occidental y constituyen influentes y sostenidas, aunque polémicas, facetas del pensamiento filosófico. Por ahora solo interesa tratar de definir **hasta qué punto estas maneras de pensar limitaron la adecuada comprensión de la expresión leonardiana**, en tanto forma de comunicación no aceptada como tal en el contexto de la ciencia y la cultura.

Los dibujos de Leonardo podían coadyuvar a la explicación de un texto escrito y esto era aceptable (incluso, en la exposición de los teoremas geométricos así se ha practicado siempre). Pero hacer lo que él hacía, es decir, darle al dibujo toda la fuerza y peso de la explicación requerida,

casi haciendo pasar la explicación escrita a un segundo plano, era algo que se salía de la comprensión habitual. Salvo los dibujos realizados como preparación de sus obras pictóricas -o los relacionados a ellas- todos los demás referidos a los más diversos aspectos de la ciencia y la técnica, tienen claramente una pretensión científica y se plantean como un mensaje que busca ser entendido objetivamente, sin la carga de estilos o de valoraciones subjetivas propias del arte. Como diría Eco respecto de **toda** obra creativa incluyendo la misma obra científica²³, los gráficos de Leonardo parecen pedir una actitud, si no análoga a la que se concede a las ciencias experimentales, por lo menos si provista de las máximas garantías en su observación.

Si miramos desapasionadamente la evolución histórica de su obra, puede constatarse que el tiempo dedicado por él a la pintura fue relativamente escaso. En su carta de presentación a la corte de los Sforza, dedica 10 capítulos a señalar sus conocimientos e inventos, mientras que sólo en el último afirma que... *“en lo que se refiere a la Pintura, haré cuanto puedan ejecutar los demás”*. El énfasis de la carta está claramente orientado a mostrar sus capacidades inventivas y técnicas, mientras que la pintura, sin subestimarse en absoluto, no parece ser considerada por él mismo como su mayor cualidad. Conocidos son los reproches -no sólo en su época, como lo reseñó Giorgio Vasari, sino también en las posteriores, incluso hasta en la actualidad- en los que se lamenta su poca dedicación a la pintura. Históricamente, ha llegado a ser característica importante de su personalidad la pretendida inconstancia de Leonardo. Hasta han resultado acuciosos defensores que tratan de “explicar”, de diversas maneras, tal inconstancia.

Pero mirando desprevenidamente la razón de esta común lamentación, cabría preguntarse de cuál inconstancia y poca dedicación se está hablando. ¿Será de su mirada incansable? ¿O de sus centenares de observaciones? ¿O de sus múltiples investigaciones, plasmadas en miles de dibujos y esquemas? Toda esta inmensa tarea realizada, para un cierto sector de sus intérpretes, ha pasado más o menos desapercibida o incomprendida. Algunos incluso han calificado sus dibujos de “manchas” ininteligibles o de “garabatos” sin sentido.

Obviamente, toda esta corriente de crítica se explica hasta cierto punto por la escasez de sus obras de pintura. Se rechaza la idea de que éstas, no obstante su excelencia, no representan ni siquiera lejanamente el grueso de la obra leonardiana. Como tampoco se acepta que ella en su conjunto indudablemente apunta, así sea con errores en el método y limitaciones en los resultados, a la Ciencia y la técnica. Casi inconscientemente **se anhela ver** en él un artista consumado y tradicional, en el sentido de no aspirar más que a realizar de la mejor manera posible su obra pictórica. En esto, curiosamente, **coinciden desde los sectores más racionalizantes hasta los más fervientes defensores del arte “puro”**. Obviamente, como lo insinuamos, **los identifica la mirada parcial del ser humano**, no integrado en sus actos cognoscitivos y creativos.

Sabemos además que Leonardo mismo estuvo intensamente involucrado en esta disputa histórica. Famosa es la polémica que Leonardo sostuvo contra aquéllos que él denominaba despectivamente... *“especuladores cuyas razones no están confirmadas por la experiencia”* (Ms. B.4v) y... *“autores de resúmenes”*...que prefieren... *“vagar entre milagros y escribir y dar cuenta de aquellas cosas que no caben en la mente humana y que no se pueden demostrar con ningún ejemplo natural”* (Anatomía C.II, 14r).

La lucha de los artistas en el siglo XV y XVI por hacer valer “su arte” como un arte liberal, es decir, como una actividad humana ligada a la ciencia y la reflexión, tiene su origen y explicación en la vigencia de la idea aristotélica que distinguía tajantemente entre las leyes naturales que regían todos los fenómenos ordinarios (de tal modo que nada de lo que ocurría tenía que ver con el azar y,

antes por el contrario, todo estaba sujeto a regularidades propias de la naturaleza) y aquello que, de alguna manera, escapaba a este estricto marco de lo físico, al que se le atribuía una explicación sobrenatural (acto de los dioses, y por tanto, naturalmente inexplicable). Con la convergencia del Aristotelismo y el Cristianismo en la Edad Media, la explicación de lo sobrenatural se hizo en términos de dogma cristiano, es decir, en términos **de milagro y de fe**. De esta manera, se daba una explicación metafísica pero totalizante de la existencia del mundo físico y del universo.

Es de esta noción básica de finalidad en el devenir de la Naturaleza, de donde se deriva la idea de **artificialia** (lo opuesto a **naturalia**), explicable en su forma y fin sólo por la acción inteligente del hombre. Todo artefacto o técnica que introduzca finalidades diferentes a las ya existentes en la naturaleza, constituirá entonces **lo artificial, opuesto y substancialmente inferior a lo natural**, en la medida que depende doblemente: de la naturaleza, por cuanto de aquí procede su materia, y del hombre (también un ser natural), por ser su creador y quien dispuso su finalidad. “*Si las lanzaderas tejiesen por sí mismas; si el arco tocase sólo la cítara, los hombres prescindirían de los operarios y los señores de los esclavos*”, dice Aristóteles en **La Política**²⁴, ratificando con ello que, en su concepción, es a los esclavos a quienes corresponde las labores más humildes y mecánicas, y que la **Techné** (Técnica, o automatismo) en tanto actividad artificial y mecánica, no puede ser más que actividad propia de aquellos. Con esto, además, la inteligencia quedaba salvaguardada de toda contaminación corporal: limitado al campo de las ideas el Hombre Pensante podía concebir todo lo artificial, pero era al **Hombre no Pensante** (es decir, al esclavo, mero Cuerpo, aislado y opuesto a la Mente) a quien correspondía su manipulación mecánica.

Parece indudable que para fines del siglo XV estas concepciones tenían aún vigencia, si bien ya marcadas por la incertidumbre. Todos los oficios, las técnicas y la labor de los artistas mismos (en tanto imitadores de lo natural) quedaban englobados en este menospreciado término de “*arte mecánico*”. En cambio la retórica, la gramática, la música, la matemática, etc., constituían las “*artes liberales*”, privilegiadas como actividad propia de la inteligencia y practicadas por eruditos humanistas, nobles y hombres de ciencia.

Además, ciertos hechos históricos, tales como el avance humanista propio de este siglo, con su exaltada retórica, en la práctica no hacía más que reforzar esta tajante separación entre lo intelectual y lo mecánico. La misma invención de la imprenta -paradójicamente, un gran artefacto mecánico de este siglo- no parecía más que multiplicar y exaltar el texto como el más genuino producto de la mente. La socialización del texto escrito fue uno de los hechos más fundamentales de este siglo, instaurándose así la supremacía del pensamiento a un nivel ya no restringido sino general.

Leonardo, al contrario de otros artistas (como Durero, quien hizo amplio uso de la imprenta en su trabajo), básicamente permaneció al margen de estas innovaciones. Ciertamente es que diseñó letras, monogramas y otras formas ornamentales destinadas en principio a la impresión xilográfica; la carátula del texto la **Divina Proportione**, de su amigo Luca Pacioli, parece obra suya. Sin embargo, aparte de vagas intenciones generales, nunca imprimió ni divulgó sus escritos ni sus gráficos. Es posible que este medio mecánico de reproducción le haya parecido que iba en contra de su inventiva y originalidad (tal como le sucedió a Rafael, a quien el texto impreso le parecía cuestión indigna de su arte). En su *Trattato*, Leonardo lanza muy prevenidas frases sobre la reproducción de libros u obras de arte:

Esta (la pintura) no se copia, a la manera de las letras, en que tanto vale la copia como el original. Esta no se reproduce, como la escultura, en la que es igual la reproducción al

*original, en cuanto al mérito de la obra. Esta no produce infinitos hijos, como sucede con los libros impresos; sólo ella permanece noble, sólo ella honra al autor y perdura preciosa y única, sin dar nunca a la luz hijos semejantes a ella. Y esta singularidad es la que la hace descollar sobre las que son divulgadas por todas partes*²⁵.

Sin duda, esta posición despectiva frente a la impresión y reproducción mecánica contribuyó a que su obra permaneciera ignorada por sus contemporáneos, perdiéndose luego en el olvido por siglos. Como también es comprensible y probable que estos, conociendo su actitud desdeñosa ante aquellos que él llamaba “especuladores” de la palabra y “autores de resúmenes”, no se hayan sentido particularmente interesados en reproducir la obra de tan severo crítico.

LA TRANSFORMACION RENACENTISTA Y LA EXPRESION LEONARDIANA

Pero el crecimiento de la sociedad frecuentemente arrasa con las disputas coyunturales. La naciente sociedad industrial favorecía el avance científico y técnico a todos los niveles. La necesidad de innovaciones técnicas que pudieran acrecentar tanto el poderío militar de reyes y estados, como el desarrollo de la industria, se puso al orden del día. Es sabido cuánto se interesó Leonardo por estos aspectos. Sus artefactos y máquinas de guerra, sus diseños de fortificaciones militares, sus máquinas para hilar algodón, para construir herramientas, partes y mecanismos, etc., corresponden estrictamente a esta preocupación por el avance técnico, industrial y militar, propio de la época. Como consecuencia de esta nueva práctica, ciertos conceptos y comportamientos, al margen de la teoría, comenzaban a predominar en el nuevo ambiente: por ejemplo, **la valoración mayor del individuo y el criterio de utilidad**. En un medio así, el trabajador manual era reivindicado rápidamente, y el técnico, o quien dominara un “arte mecánico”, se hacía progresivamente indispensable.

Es en este estado de evolución de los conceptos y de la sociedad toda -una combinación de viejos conceptos que van cediendo el paso a otros nuevos, con una práctica social que favorecía o desestimulaba la aparición de ciertas actitudes y comportamientos- en donde se inscribe la lucha de Leonardo y demás artistas del Renacimiento, no sólo por hacer valorar justamente su trabajo en el medio social, sino también por imprimirle a éste un grado de racionalidad tal que hiciera factible el reclamar un estatuto científico para su trabajo.

Para entonces los artistas habían captado ya la necesidad del conocimiento exacto como requisito indispensable para descubrir las verdades ocultas de la naturaleza y poder así llevarlas en su esencia a la tela o el papel. Pero en realidad fue **el cambio de la práctica pictórica**, que les imponía llenar de razones evidentes todo su trabajo, lo que trastocó finalmente las maneras, los medios y los fines del trabajo artístico. Como lo afirma W.M.Ivins...“*el hecho más importante que se produjo durante el Renacimiento fue la emergencia de ideas que condujeron a la racionalización de la mirada*”²⁶.

En esta transformación el dibujo desempeñó un papel de primer orden, en tanto posibilitaba captar en su esencia fenómenos naturales siempre cambiantes y en tanto permitía seguir al ojo y al pensamiento en el desentrañamiento de las relaciones y de las mediciones exactas necesarias. Pero para lograr esto, este medio gráfico requería a su vez transformarse. Hasta entonces, la realidad poco tenía que ver con los fines de la pintura y la representación de formas se

relacionaba más a imágenes ideales, simbólicas y metafísicas. El dibujo, hasta aquel momento, buscaba sobre todo hacer **la demostración de una ejecución**, sin que pudiera observarse en él un pensamiento renovador, un razonamiento crítico. Como lo dice Gombrich, lo que se le ofrecía al pintor de la época era un “*libro de muestras*” del cual extractar modelos²⁷.

Esta es la razón por la cual los artistas del Renacimiento, respondiendo a las nuevas exigencias, fueron excelentes dibujantes de la naturaleza, y en Florencia, a decir de H. Delacroix, llegó a primar la línea sobre el color. Pero tal vez el más imaginativo, el que tanto por la extensión en su empleo como por su profundidad e intenciones, llegó a hacer de esta forma de expresión un verdadero sistema de análisis y de comunicación racional, fue Leonardo da Vinci. Consciente de ello, proclamaba: “*Oh, escritor, qué letras usarás para escribir con una tal perfección cual lo que aquí logra el dibujo?*” (*Quaderni d`Anatomia, Vol.11, folio 1r*).

Leonardo concedió al dibujo la mayor valoración imaginable. Ante la vista de los Elementa, de Euclides, transcribe las proposiciones a sus folios, pero no en su texto escrito sino “traduciéndolos” a dibujos: Transforma los teoremas en sus correspondientes figuras geométricas²⁸ (gráfico 1). El hecho probable de que él no estaba leyendo directamente (ya que no sabía latín) sino que alguien se los estaba leyendo, no cambia para nada esta actitud particular.

En otros textos escritos frecuentemente intercala dibujos, dando la impresión de que le faltaran palabras para expresar de manera más precisa las ideas. Esta situación llega al extremo en la realización de sus conocidos ideogramas -que algunos han denominado *jeroglíficos*, o juegos para divertimento de cortesanos- en los cuales la figura toma, como lenguaje, una preponderancia tal que sustituye o relega la palabra (gráfico 2). Sin importar el fin para el cual Leonardo realizó estos ideogramas, la verdad es que reflejan, por encima de cualquier otro significado, el deseo de convertir el dibujo en un auténtico medio expresivo del pensamiento.

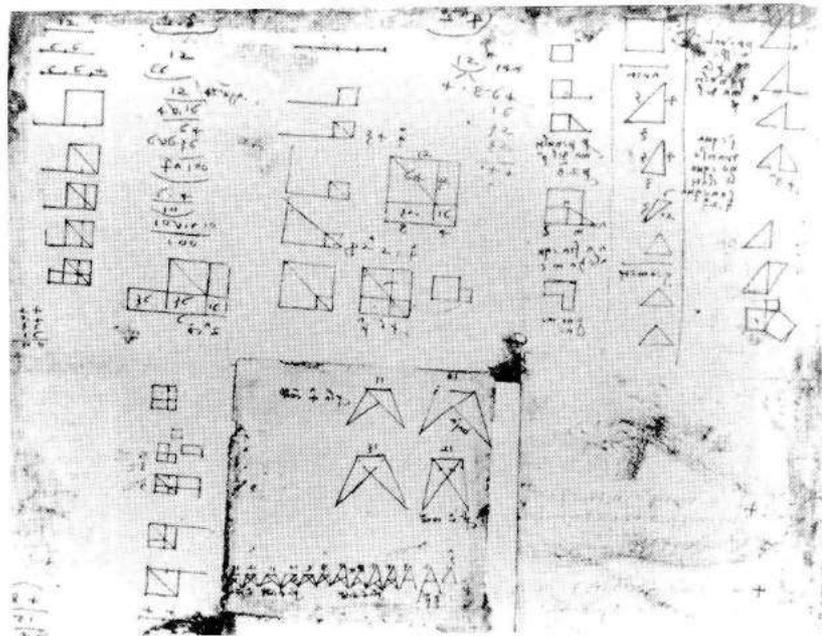


Gráfico 1

Por otra parte, ya como un estado inconsciente más propio de su carácter, pueden observarse otros dibujos penetrando anárquicamente, bien dentro de párrafos escritos, bien dentro de otros dibujos, arriba, abajo, en el reverso del papel, referidos a los más diversos temas (gráfico 3). Es cierto que muchos de estos folios los utilizaba como borradores, en los cuales anotaba también recordatorios, fechas y comentarios, pero lo notable es que aquí se patentiza la forma como el dibujo y su mano marchan al ritmo de su razonamiento y de su elaboración creativa, buscando alternativas, componiendo y recomponiendo, tal como lo haría cualquier escritor con sus primeras cuartillas y borradores, pero otorgando al dibujo una valoración singular. La obra gráfica de Leonardo muestra una **rara duplicidad en el lenguaje**, el cual a cada paso parece exigir la **reivindicación de la imagen**.

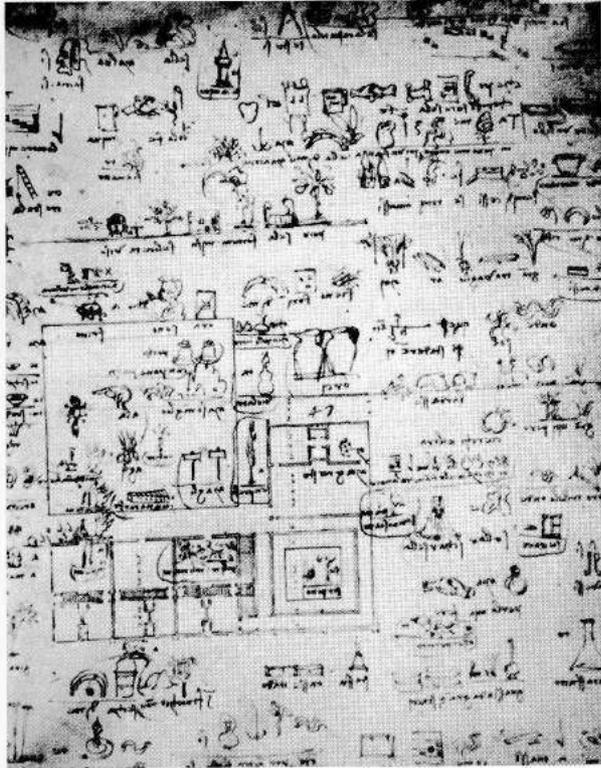


Gráfico 2

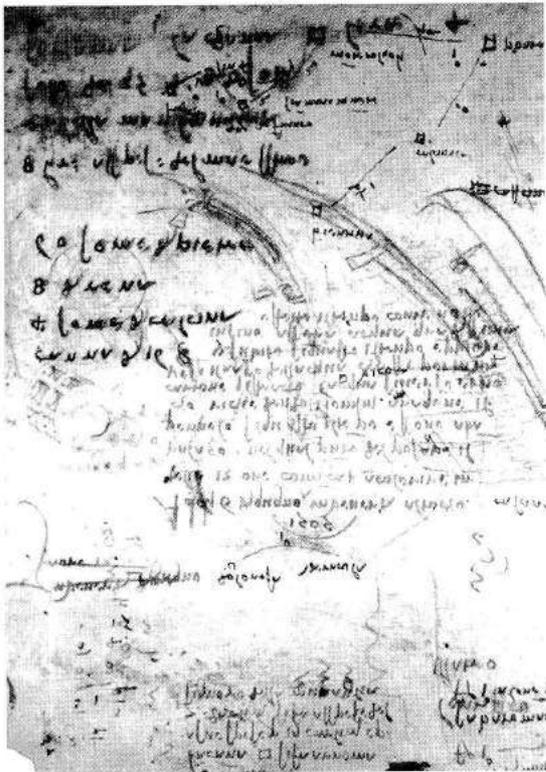


Gráfico 3

El drama encerrado en esta actitud - dados los obstáculos epistemológicos y culturales anotados- radica en las reales posibilidades de aceptación o no por parte de interlocutores. La comprensibilidad de una obra así planteada queda supeditada, no sólo a ese conjunto de concepciones predominantes a través de los tiempos, sino también a las vaguedades propias de este medio expresivo y a las peculiaridades propias del autor. Se requeriría una aceptación previa, por parte de sus receptores, de la necesidad de que lo fonético y lo gráfico pudiesen coexistir. Mas, como lo ha previsto Leroi-Gourhan...

Cuatro mil años de escritura lineal nos hicieron separar el arte y la escritura y se necesita un real esfuerzo de abstracción y todos los trabajos etnográficos de estos cincuenta últimos años para reconstruir en nosotros una actitud figurativa, la cual ha sido y es aún común a todos los pueblos apartados de la fonetización y dentro del linealismo gráfico²⁹.

Observando el relato histórico hecho por Marinoni, cabe preguntarse si en ése peregrinaje de la obra leonardiana por las capitales europeas después de su muerte, en ese terrible descuartizamiento iniciado en 1.570 en el que se unían o separaban partes de acuerdo al leal saber y entender de cada poseedor circunstancial, no subyace, tal vez, **ése profundo y oscuro fondo conceptual y cultural** del cual se ha hecho mención, dictando los procedimientos de aquellos individuos, velando su comprensión, menospreciando la integridad de una obra que se expresaba tan recurrentemente por medio del dibujo. Téngase en cuenta que es principalmente su obra escrita la que ha perdurado, es decir, como acostumbran decir los literatos, "su pensamiento", como si lo gráfico no contuviera pensamiento alguno. Jean Paul Richter, el hombre que sacó a la luz una parte importante

de sus escritos -de “su pensamiento” justamente- al momento de escoger los gráficos lo hace sin atender al posible discurso que ellos pudieran encerrar, sino que toma de aquí y de allá, con el evidente y simple propósito de “adornar” el texto.

Por otra parte, su mismo lenguaje escrito contiene serias dificultades estructurales (algo muy propio, por supuesto, de un “hombre sin letras”). El recurso a la analogía de origen medieval, haciendo semejanzas aparentemente imposibles. La intención sobre todo descriptiva de sus oraciones, el carácter fragmentario y vago del discurso escrito en el que no se percibe el intento de hilar proposiciones deductivamente, para llegar a conclusiones o demostraciones finales. Marinoni, quien ha realizado una pesquisa histórica muy esclarecedora acerca de las vicisitudes de la obra leonardiana, nos dice al respecto:

Rara vez el discurso de Leonardo ocupa más de una página y muy a menudo una sola página contiene numerosas proposiciones, elaboradas en diferentes momentos, de temas diferentes o análogos pero siempre claramente separadas unos de otros. Leonardo desconoce el arte de desarrollar un tema a través de una densa trama de inducciones y deducciones lógicas, de pasar gradualmente de un pensamiento a otro³⁰ ... la lectura de los escritos vincianos ofrece grandes dificultades y puede causar decepción³¹.

Ante este panorama, toda incomprensión parece justificarse. Marcados por milenarios conceptos, actitudes y prejuicios respecto a la mente y el cuerpo, a lo escrito y lo gráfico, impedidos por las ambigüedades propias de este lenguaje tanto como por las que el propio autor le sumaba, obstaculizados por el difícil acceso a fuentes directas, toda elucubración en estas circunstancias se torna posible, toda leyenda realidad histórica. Leonardo, artista y sólo artista. Leonardo, genio fuera de su tiempo. Leonardo, precursor de todo saber. También, Leonardo inconstante, ignorante, perdido en campos desconocidos. Tal vez en todo esto haya algo de verdad, pero nunca toda la verdad. Pero de su comprensión, tan solo escasas y afortunadas aproximaciones deben esperarse. Esto es lo que, a nuestro modo de ver, lentamente se ha venido produciendo en los últimos cincuenta años.

COMUNICACIÓN Y RAZON EN LEONARDO

La objetividad de los juicios en la apreciación de la obra leonardiana se ha ido haciendo cada vez mayor a medida que la traducción y publicación de sus manuscritos existentes -hoy en posesión de diversas instituciones y países- se van conociendo, y a medida que nuevos hallazgos se van realizando. Desde la conocida publicación de los manuscritos de la Bibliothéque de L'institut de París (1881-1891) realizada por Charles Ravaisson-Mollien, hasta el hallazgo de los manuscritos Madrid I y II en 1967, un progresivo y significativo avance se ha producido en la definición del carácter y real alcance científico y técnico de su obra. Hacia el fin de este período, que podríamos llamar de **real reconocimiento**, diversas instituciones y expertos comienzan a penetrar en el descubrimiento de los estudios y aportes que Leonardo realizó en los más diversos campos. En esta labor fue y ha sido preponderante hasta hoy el papel desempeñado por la Real Commissione Vinciana, creada en Roma en 1923. A su alrededor se han agrupado directa o indirectamente científicos que han realizado esclarecedoras investigaciones sobre la obra del maestro renacentista, tales como M. Baratta (en geología y geografía), A. Favaro (en historia de la Ciencia), R. Marcolongo (en geometría, matemáticas y física), L.H. Heydenreich (en maquinaria bélica), A. Ucelli (en mecánica), R. Giacomelli (en aerodinámica), etc.. A partir de este período puede observarse un

aumento progresivo de aquellos intérpretes que parecen dispuestos a mirar a Leonardo bajo una óptica definitivamente científica y técnica, sin desconocer la artística. Hoy existen múltiples instituciones y personalidades, con recursos en ocasiones sofisticados en virtud de la ardua labor arqueológica y tecnológica que se requiere, dedicadas no sólo a descifrar la enmarañada presentación de la obra existente, sino también a buscar la voluminosa parte extraviada³².

Sin embargo, pese a la abundancia de recursos, y contra toda lógica, las incomprendiones y equívocos en la apreciación de su obra parecen subsistir tercamente. Las ambigüedades del dibujo Leonardiano siguen jugando pesadas bromas a aquellos intérpretes formados fundamentalmente en la comunicación hablada y escrita, quienes han debido realizar un gran esfuerzo adicional para desentrañar una expresión gráfica que les es ajena y que frecuentemente carece de alguna codificación comprensible.

Tal es el caso, por ejemplo, de la autoría en la invención del **telescopio**, de la cual, hasta el momento no se tenían más que referencias aproximadas que se pierden hacia el año 1.607. Domenico Argentieri - importante personaje entre quienes conformaron los primeros equipos, en

este siglo, de investigadores científicos de la obra leonardiana- realiza un sensacional descubrimiento³³: **el telescopio**, que en manos de Kepler y Galileo habría de jugar tan vital papel en la transformación de la concepción del Universo, **fue en realidad creación de Leonardo**, y no por determinación de la suerte (como quizá podría decirlo Descartes), sino como producto de sus minuciosos estudios de óptica realizados alrededor de 1.508 (gráfico 4).

No obstante que la exhaustiva investigación de Argentieri no deja lugar a dudas respecto a la autoría, y no obstante su interés indudable para la historia de la técnica y la ciencia, lo que llama la atención es el hecho de que **se hayan requerido 450 años**, desde que este invento quedó consignado en los manuscritos leonardianos, y **50 desde que fueron traducidos, publicados y estudiados** por todo el mundo científico, para llegar a tan insospechada realidad.

Es verdaderamente extraño que la ya famosa paginita del Códice F., a pesar de que se ha reproducido y publicado desde 1.889, no haya sido en cincuenta años, comprendida por los estudiosos leonardianos.



Gráfico 4

Dice Argentieri con un dejo de perplejidad³⁴. A decir verdad, no debería parecer tan extraño. Un dibujo esquemático, difuso y sin codificación alguna - como son los del presente caso- se presta a cualquier tipo de interpretación, y constituye un ejemplo claro de lo que Tarsky llamaría "lenguajes sin estructura". El dibujo que se observa a la izquierda del gráfico corresponde exactamente a esta definición, y por ello sólo un experto en la óptica de la época, ayudándose con el texto escrito, pudo reconocer en él "un telescopio de tipo holandés".

El de la derecha ilustra aún mejor los problemas que genera este tipo de dibujo. El primer equívoco parte de Ravaisson - Mollien, su primer traductor, en 1.889: toma lo que en realidad es, un casquete o molde para pulir lentes, por media bola de cristal (equivoco comprensible, si se tiene en cuenta que una media bola de cristal es, realmente, un lente de aumento, y que éste era el tema que Leonardo venía tratando en éstas páginas). Pero, a ¿cuántas interpretaciones más se presta un dibujo de esta clase? A partir de un dibujo como el de Leonardo, mostrado en su elevación, es posible, cuando menos, entenderlo de **cinco maneras diferentes**, tal como se observa en el dibujo adjunto.

Puede observarse cómo un dibujo no codificado conduce a diversos errores de interpretación, incluso lingüísticos. Esto, unido a ciertas circunstancias históricas (como es el desconocimiento del resto de la obra leonardiana en esa época), configuró un cuadro tal de equívocos que propició el que todos los historiadores posteriores, incluyendo al mismo Descartes, atribuyeran la creación del telescopio a la casualidad o a la suerte "de un tal Santiago Metio"...inculto holandés, constructor de..."espejos y vidrios que producen fuego"³⁵.

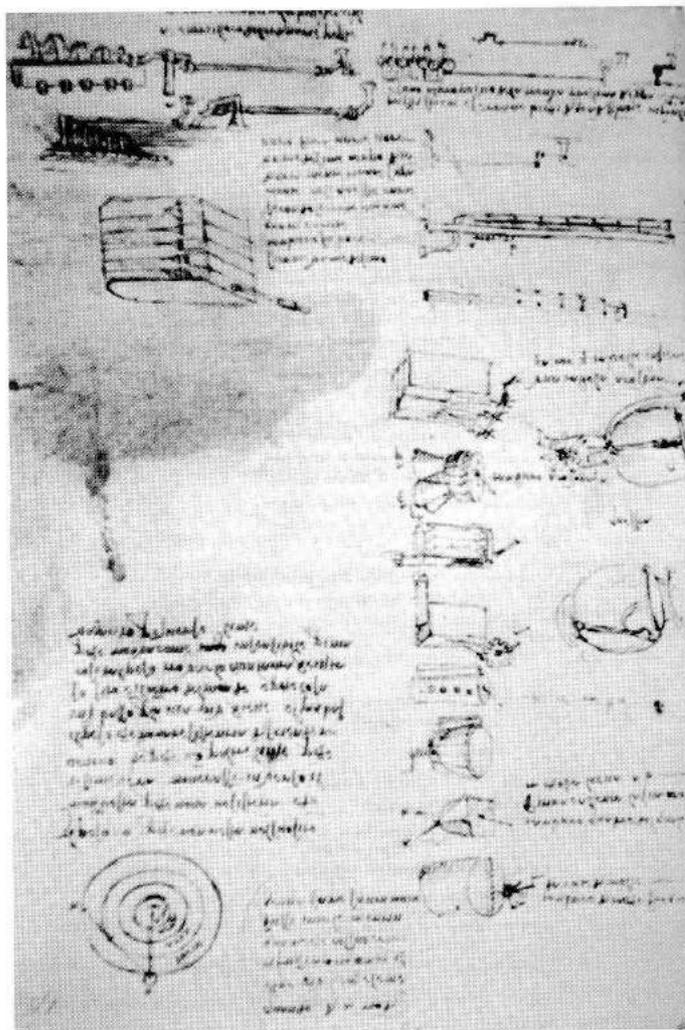


Gráfico 5

La humanidad debió esperar hasta que se diera la confluencia en una sola persona, de un experto en óptica en general y del telescopio de la época en particular, con un experto en la obra leonardiana, para dilucidar los mensajes de esta hojita y resolver, finalmente, el misterio de la autoría de tan notable instrumento.

Veamos otro caso. Los dibujos de la página Araundel 175 (gráfico 5) muestran un **diseño de tambores** que superan el tradicional sonido monocorde y posibilitan la producción automatizada de acordes y escalas. Pues bien, de las once soluciones dadas por Leonardo, ninguna hay que pueda ser "leída" mediante una codificación clara

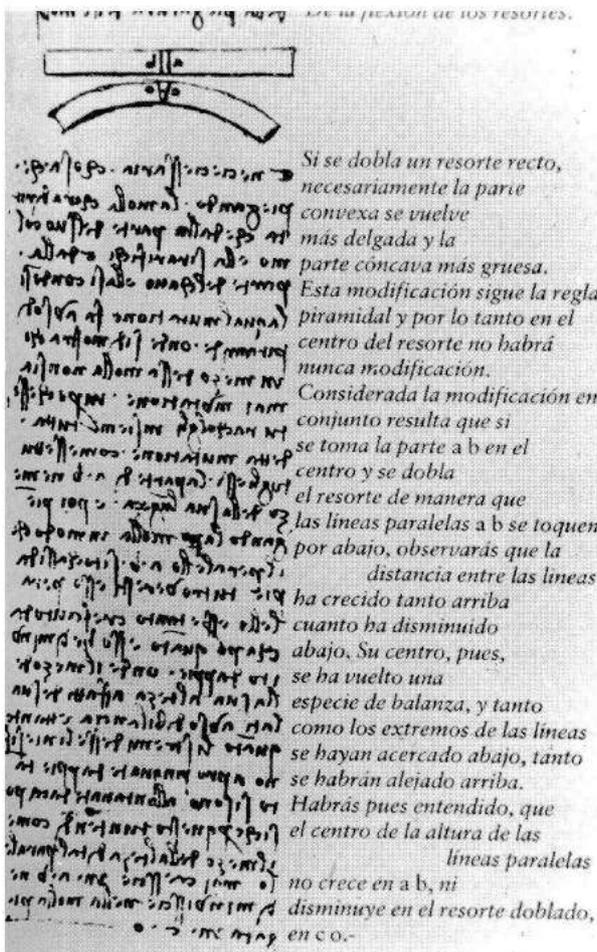


Gráfico 6

y universal, sino que deben ser “interpretadas” por personas expertas en la expresión gráfica leonardiana³⁶. Aún así, sólo uno de los dibujos (el séptimo de arriba a abajo, en la fila del centro) pudo ser descifrado parcialmente, aunque la relación y conformación de sus partes inferiores fueron apenas supuestas. Los dibujos de la izquierda resultaron tan problemáticos que ni siquiera su analista, el experto musicólogo Emanuel Winternitz, con la ayuda de L. Reti, ha logrado descifrar el funcionamiento de estos tambores y han debido contentarse con ofrecer vagas aproximaciones³⁷.

En un sentido casi contrario, resulta elocuente el caso de un pequeño dibujo del Códice Madrid I (folio 84, Verso), casi perdido entre otros gráficos y anotaciones referidas al estudio de la ballesta (gráfico 6). A pesar de estar adecuadamente esquematizado y codificado para una demostración causal del comportamiento del objeto, y a pesar de las refinadas técnicas de análisis con que se han revisado estos Códices, aquel dibujito había permanecido más o menos ignorado por años, hasta que Carlo Zammattio, en 1.972, lo trajo a cuento con el fin de reforzar su investigación acerca de los estudios

leonardianos que tratan de la estabilidad y resistencia en arcos y bóvedas (técnica constructiva arquitectónica)³⁸.

El dibujo en cuestión resulta más comprensible si se lo relaciona con su texto acompañante, es decir, con la ya mencionada parte que trata del estudio de la ballesta. El solo título: “De la flexión de los resortes”, ya nos indica que Leonardo no estaba pensando en técnicas constructivas arquitectónicas sino en elementos sometidos a esfuerzos de flexión, como claramente sucede en los arcos de ballesta. Estos eran construidos en la época con dos materiales diferentes: tendón de animal para la parte externa, sometida a esfuerzos de tensión, y cuerno para la interna, sometida a esfuerzos de compresión. Así que es muy probable que esta composición del arco le haya sugerido a Leonardo la forma como los resortes planos tienden a deformarse: alargándose en el lado exterior, comprimiéndose en el lado interior y permaneciendo inalterado en el centro³⁹. O sea, que **su formulación fue una deducción derivada sobre todo de la observación**. El dibujo, por su parte, muestra el fenómeno con gran claridad demostrativa, ya que se encuentra adecuadamente codificado.

Aunque la transposición que hace Zammattio de este gráfico a la construcción de arcos y bóvedas (en piedra obviamente) no es errónea científicamente hablando, si se presta a equívocos en cuanto a la comprensión de la obra y pensamiento de Leonardo se refiere. Cierto es que, tal

como él lo captó, aquí **está descrito** el fenómeno del “*momento de inercia*” en la sección transversal de cuerpos horizontales sometidos a la flexión, el cual sería nuevamente enunciado 200 años más tarde por J. Bernoulli (1705), así como también puede asociarse a la ley de Hooke: “*la deformación es proporcional a la tensión*”⁴⁰, pero pienso que esta “liberalidad” para sacar un dibujo o un escrito de su contexto y ubicarlo en otro diferente, sin hacer las aclaraciones debidas, es uno de los problemas frecuentes en el manejo de la obra Leonardiana que han contribuido históricamente a su confusión e incomprensión.

A pesar de los problemas que aún genera la expresión gráfica leonardiana, debe tenerse en cuenta esta característica leonardiana: como un diseñador moderno, él analizaba e imaginaba haciendo uso de gráficos y bocetos que iba consignando y transformando en el papel mediante un proceso de depuración o de mejoramiento *no lineal sino sinuoso, aparentemente contradictorio*, sin garantía de alcanzar el fin deseado. De aquí esas líneas y formas inacabadas, esa reiteración, ese volver sobre lo mismo, esa vaguedad propia de toda búsqueda anterior al hallazgo. Como dice Gombrich... “*Leonardo sabía que las fantasías por él descubiertas en lo indeterminado sólo podían cobrar vida a través del reconocimiento lúcido*”⁴¹. Su método de diseño de artefactos se asemeja más a **un proceso moderno de experimentación y de investigación**, no garantizado previamente, susceptible de transformarse indefinidamente y en esa medida siempre inacabado, lo cual, ciertamente, puede hacer que el trabajo vea recortadas sus posibilidades de comprensión.

LEONARDO PRECURSOR DE LA EXPRESION GRAFICA MODERNA

Cosa muy diferente sucede cuando sus trabajos parecen tener la intención de ser conocidos públicamente, es decir, realizados expresamente para su comunicación y estudio. El dibujo de **partes de un todo** frecuentemente empleado por él, siendo en principio analógico, en su mismo desmenbramiento revela ya ciertas claras intenciones analíticas. **La medición**, aislada o comparada, muestra igualmente las primeras expresiones de su racionalidad, así como la primera codificación empleada. La medida universalmente hace alusión a la intención de aprehender una forma para compararla o relacionarla con otra en términos matemáticos. Es pues la codificación más simple la más aceptada desde la antigüedad hasta hoy.

Puede decirse, hablando en términos de una **Metodología gráfica** que Leonardo inicia gran parte de sus estudios biológicos y físicos con una graficación exhaustiva del todo y de las partes involucradas, es decir, realizando un trabajo puramente analógico. Luego, progresivamente -en forma no necesariamente continua o lineal- va introduciendo diversos aspectos de su análisis, de su racionalidad, hasta llegar a la graficación más abstracta la cual generalmente es también la más codificada y precisa.

Un ejemplo elocuente de este proceso puede verse en los gráficos referentes a su estudio del Vuelo de las aves (gráficos 7 a 10) que ocupó a Leonardo por más de 17 años y cuya expresión mayor se encuentra en su **Código sul volo degli ucelli** (1505)⁴², hoy en la Biblioteca Real de Turín.

Sus primeros bocetos corresponden a estudios del ave en vuelo, pero pronto él va introduciendo aspectos que no se limitan ya a la pura analogía sino que constituyen un análisis de los fenómenos allí involucrados, tales como la densidad, sentido y fuerza del viento, la conformación de las partes del cuerpo para adecuar mejor al movimiento del ave a ese medio, etc. Viene luego, en su método, la introducción de una abstracción importante: busca las maneras como los fenómenos de fuerza y

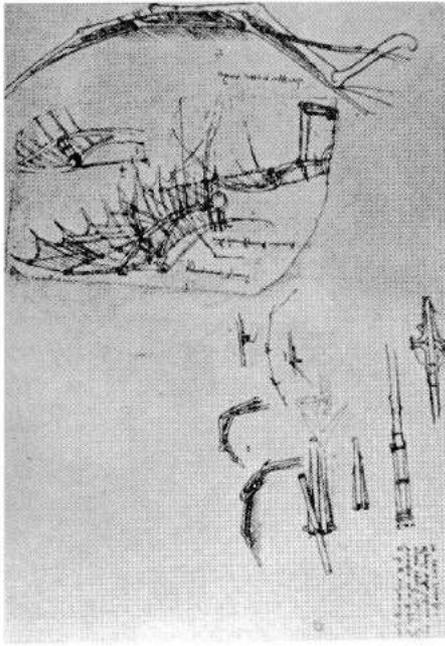


Gráfico 7

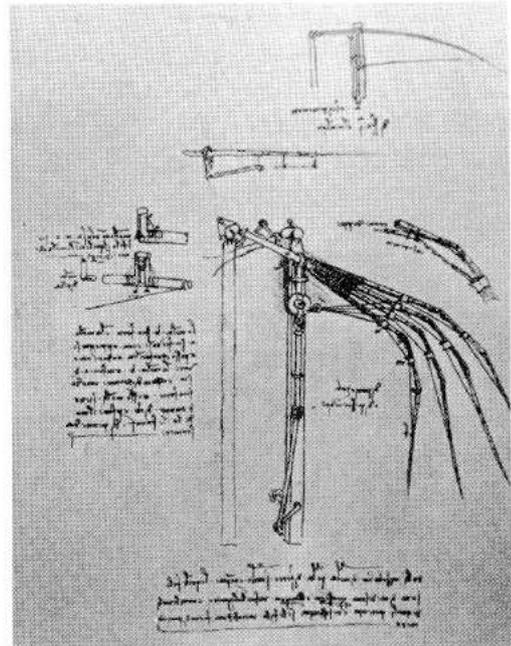


Gráfico 8

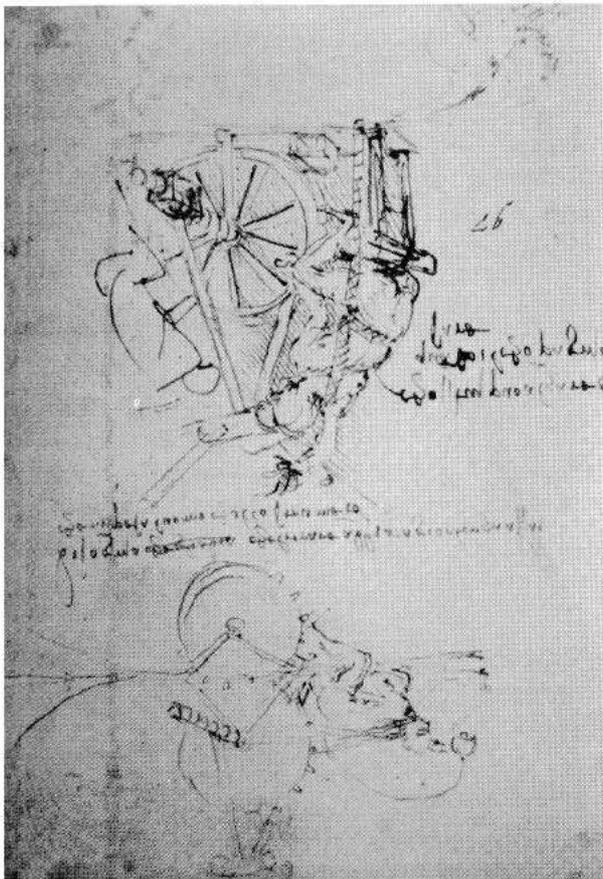


Gráfico 9

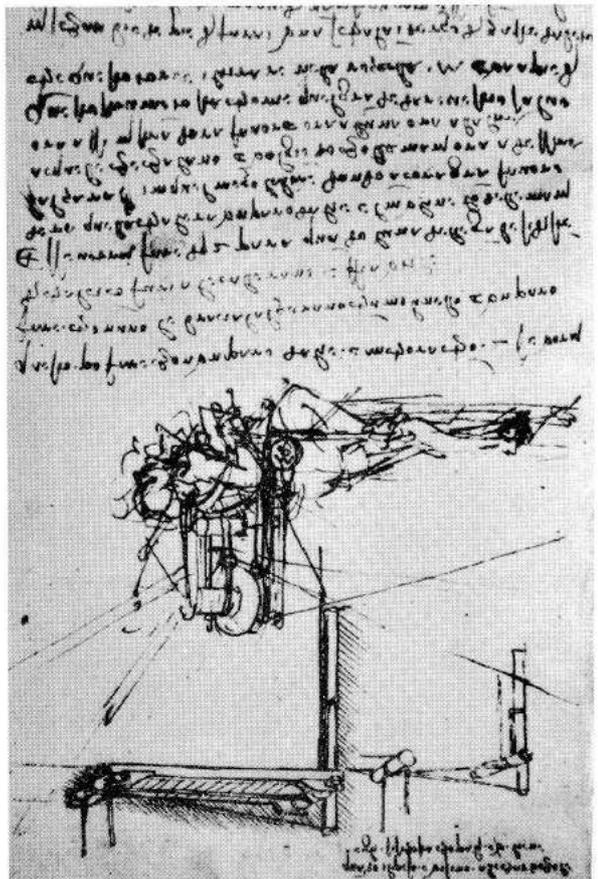


Gráfico 10

de movimiento observados, **puedan ser sustituidos por mecanismos**. En este proceso mental de sustitución, sus gráficos muestran que Leonardo no abandona el cuerpo estudiado, sino que busca “introducir” dentro de esa forma corporal, los *mecanismos* que reemplacen huesos, músculos, etc. Se diría que Leonardo, en esta etapa, únicamente busca la creación de un *ave mecánica*.

Hasta este punto tenemos que se ha abandonado el estado natural de las cosas para acceder al de lo artificial, pero subsiste aún la dependencia del cuerpo, del objeto estudiado. Mas él, lúcidamente, no se detiene aquí. La transformación conceptual y racional mostrada en sus gráficos ocurre en el momento en que abandona el cuerpo estudiado **para quedarse únicamente con el estudio de los sistemas mecánicos** que puedan dar respuesta a los fenómenos físicos originalmente analizados e implicados en el vuelo. Liberado del cuerpo original, es **un complejo funcional y mecánico** lo que ahora importa. La máquina, el artefacto mismo, alejado ya de toda referencia natural en cuanto a su forma, tiene ahora una importancia relativa: **puede ser cualquiera**, mientras responda adecuadamente a las ideas funcionales pero universales de movimiento en el aire, rozamiento, liviandad o peso, ritmo, etc..

Se ha completado así *gráficamente* un ciclo de conocimientos que va de la exactitud analógica y el análisis de ciertos fenómenos físicos observados, a la búsqueda de sistemas mecánicos que respondan más adecuadamente a aquellos fenómenos, pero ya sin referencia alguna al cuerpo analizado. Esta manera de buscar el puro sistema mecánico independiente, así sea mediante la sola experimentación empírica y sin el concurso de la teoría y la matemática, **requiere poseer un conocimiento apriori abstracto y universal**, susceptible de ser aplicado a todos y a cada caso particular.

Ahora bien, en un momento histórico en el cual el conocimiento natural se entendía como la captación exacta de las formas y de los fenómenos, el dibujo analógico fue la más eficaz herramienta para alcanzar este propósito y difícilmente podría esperarse una expresión gráfica que hablara de abstracciones más avanzadas. Por tanto, toda la racionalidad que lógicamente podía esperarse de la época era la de *la precisión*, y en esto, debe repetirse, los artistas - científicos del Renacimiento cumplieron cabalmente con su misión. El aporte de la perspectiva matemática, el primer gran avance de la precisión numérica sobre el espacio y la forma naturales, abrió las puertas a una expresión gráfica, no sólo precisa sino también dotada de **códigos abstractos racionales** que fueron rápida y universalmente aceptados.

Así, Leonardo, como todos los maestros florentinos, utiliza profusamente en sus dibujos técnicos los artificios de allí derivados: la representación exacta del objeto en **Plantas, Cortes, Alzados y en Perspectiva Caballera**, una forma de demostración volumétrica muy adecuada a la expresión gráfica técnica⁴³ (gráficos 11 y 12). Además, partiendo de las formas constructivas propias de la perspectiva, formula su novedosa propuesta de manejo del espacio en profundidad, llamada por él **perspectiva aérea**, de la cual nos ha dejado hermosos ejemplos. Si bien Leonardo, en principio, utiliza esta original perspectiva con fines sobre todo estéticos, la lectura de sus agudas observaciones sobre los fenómenos atmosféricos nos indica con claridad el rumbo científico que tomará su aporte. Como si su mirada se elevara paulatinamente hacia lugares estratosféricos buscando abarcar campos geográficos cada vez más amplios, sus “perspectivas aéreas” pronto devienen **mapas regionales y planos de ciudades**. En ellos, ya claramente, la razón está al mando de la graficación leonardiana: todos los códigos convencionales de la recién inventada perspectiva son aquí aplicados, más otros que sólo tres siglos después se pondrían en vigencia, como son el **uso convencional de los colores y de las sombras**, con el fin predeterminado de mostrar exactamente las partes, accidentes y relieve topográfico de una región (gráfico 13).

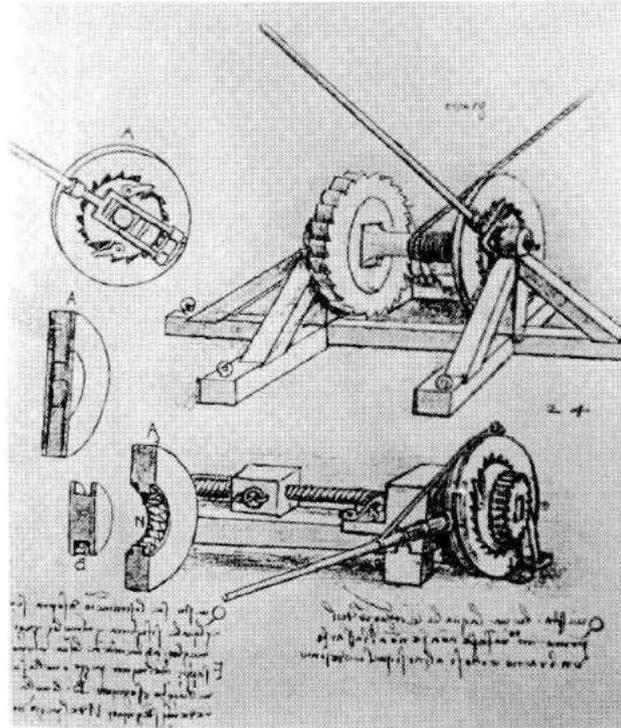


Gráfico 11

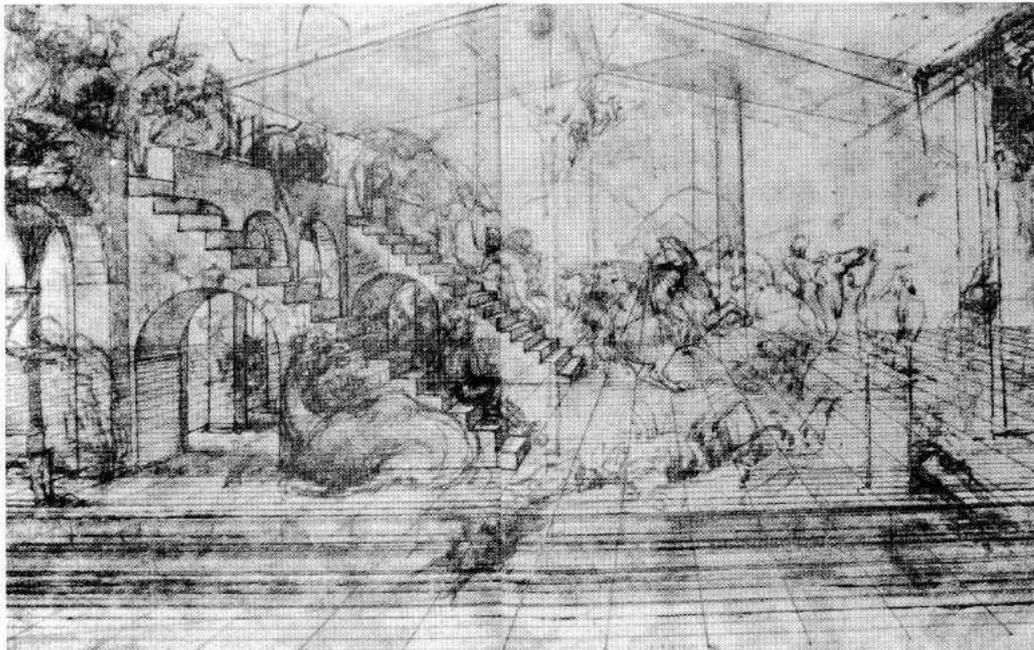


Gráfico 12

El esfuerzo asombroso de abstracción mental que se requiere para graficar exactamente en **planta** una región de varios kilómetros de área, puede tal vez ser entendido si observamos los mapas de navegantes de la época (por ejemplo, de aquellos que descubrieron y recorrieron a

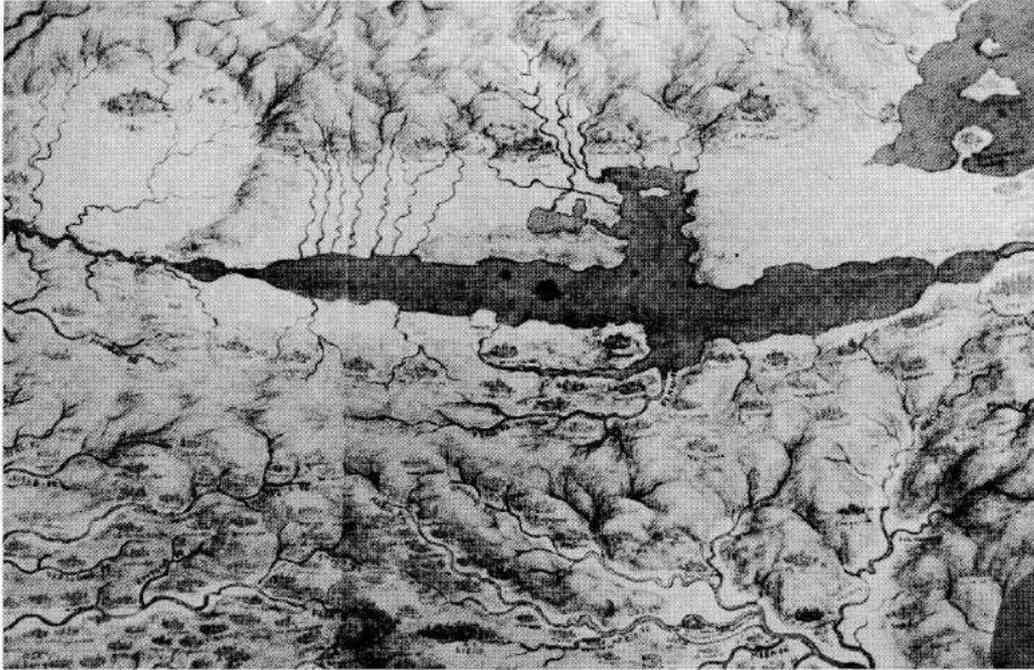


Gráfico 13

América), a quienes se puede suponer más aptos, en razón de su trabajo, para hacer este tipo de gráficos. Pues bien, puede observarse que dichos mapas comparados con los actuales apenas son unas vagas aproximaciones de la realidad, mientras que los de Leonardo, por el contrario, resultan de una exactitud admirable (gráfico 14).

Parece indudable que Leonardo es uno de los primeros, sino el primero, en aportar códigos nuevos a la expresión gráfica moderna. Hasta mediados del siglo XV, los dibujos de máquinas mostraban un todo indivisible del cual no era posible deducir su composición funcional y técnica. Ellos aludían a una máquina, pero sin relación alguna con su posible construcción, lo cual era transmitido por otras vías diferentes como la oral y la demostración visual en los talleres artesanales. Conocemos la gran diferencia que puede encontrarse entre el dibujo convencional de *un hombre* y el de *un cuerpo humano con fines de estudio anatómico*. De similar manera, los dibujos de Leonardo, más que mostrar simplemente un artefacto, lo que buscan claramente es enseñar la posibilidad cierta de su construcción. Así, él recurre a la **graficación ordenada de sus partes, ubicadas de tal forma que su engranaje con las demás** (que le anteceden o le siguen funcionalmente) **resulte claramente sugerido** (gráfico 15). Como se sabe, esta manera de representación gráfica de las máquinas tiene aún plena vigencia en los manuales de construcción y ensamblaje industrial.

Otro aporte Leonardiano a la codificación de la expresión gráfica técnica, es el empleo del color, lo que resulta francamente inusitado para la época. El dibujo o mapa de la ciudad de Imola (gráfico 16) muestra, en un impresionante despliegue de comunicación descriptiva, los accidentes físicos de una ciudad, las casas en color rosado, los espacios públicos en amarillo, los fosos que rodean la ciudad y sus murallas en azul, las calles en blanco. El color deviene así una convención señaladora de partes fácilmente comprensible. La cartografía actual, así como la graficación arquitectónica, siguen hasta hoy esta forma de codificación.

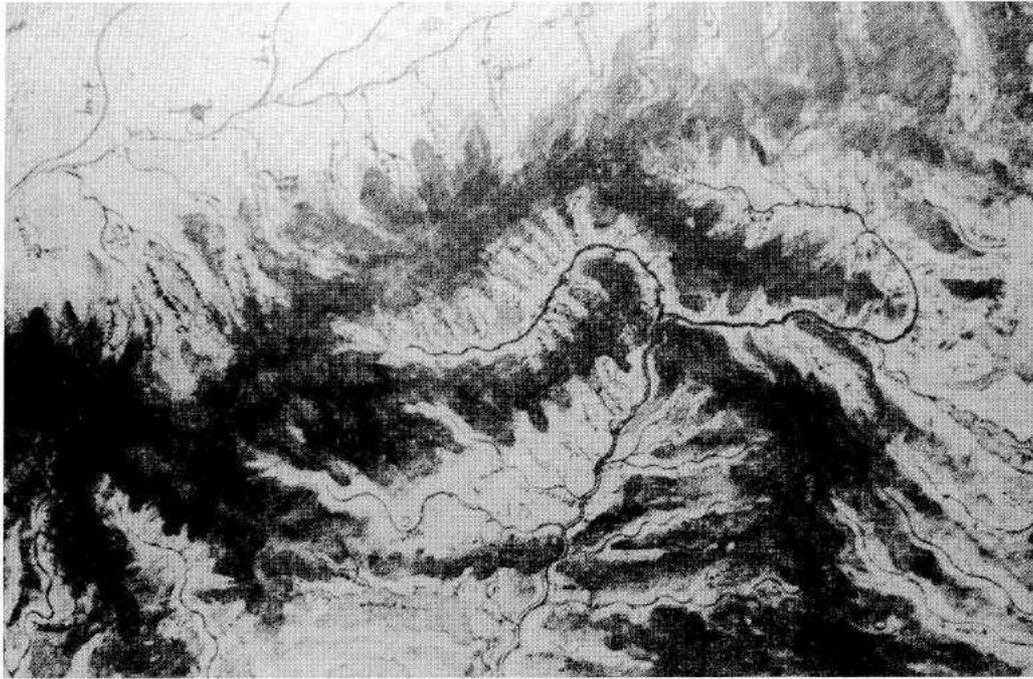


Gráfico 14

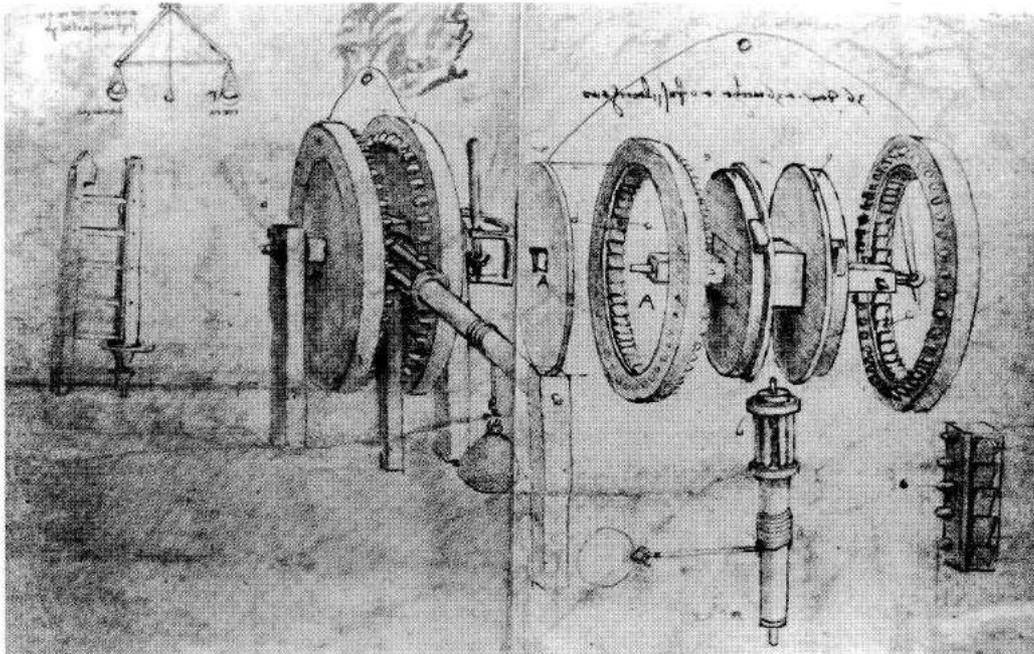


Gráfico 15

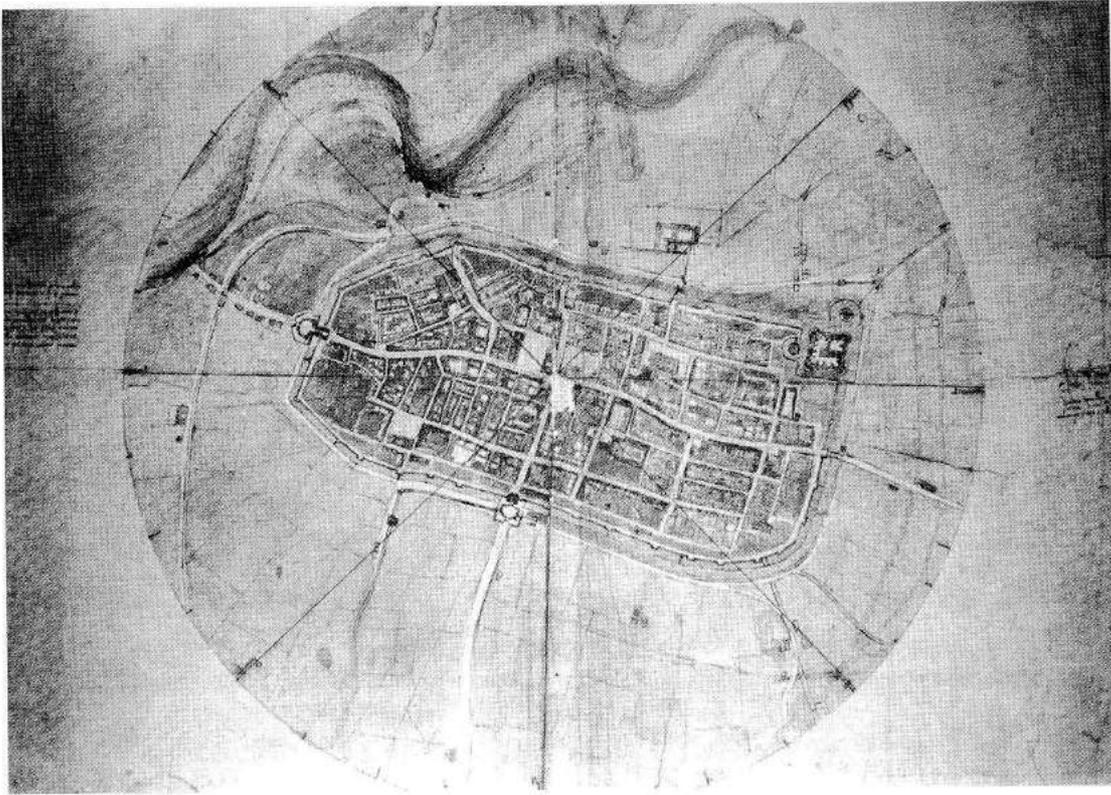


Gráfico 16

Todo lo anterior demuestra que Leonardo era plenamente consciente de que la expresión gráfica cuando se limita a la pura analogía, por sí sola no cumple el requisito de la comunicación universal. La gran mayoría de los dibujos que de acuerdo a sus estudios parecieran apropiados para una probable publicación, recurren en mayor o menor grado a una cierta codificación, muchas veces con una calidad estética y claridad insuperables. Sus dibujos de anatomía, por ejemplo, demuestran bella y claramente la forma como la racionalidad estaba al mando en su expresión gráfica. Tal como él mismo lo expresa, sus dibujos son la expresión sintética de una larga labor de observación, experimentación y análisis:

...tú que dices que es mejor presenciar una disección que ver estos dibujos, tendrás razón si fuera posible ver en una sola realidad anatómica todas las cosas que en tales dibujos se representan, porque en aquella realidad y por grande que sea tu agudeza no veras ni alcanzarías a percibir más que unas pocas venas, por lo que yo para llegar a un conocimiento pleno y real de ello, he hecho disecciones en más de diez cuerpos humanos, destruyendo todas las demás partes y quitando, reduciéndola a diminutas partículas, toda la carne que había alrededor de aquellas venas, sin mancharlas de sangre fuera del imperceptible sangrar de las venas capilares. Y no bastaba un solo cuerpo para todo el tiempo, sino que había de trabajar en muchos cuerpos, sucesivamente, hasta lograr un conocimiento completo, todo lo cual hice por dos veces para ver las diferencias (Anatomía C.13v)⁴⁴.

En su afán de hacer una demostración didáctica -es decir, que enseñe la estructura interna del cuerpo humano- Leonardo recurre no sólo al ya mencionado desmenbramiento de partes, sino

que descubre nuevas maneras demostrativas: “desnudar” un órgano o conjunto de órganos, haciendo a un lado pieles, recubrimientos y tejidos que pudieran impedir su estudio. Haciendo “transparentes” ciertos órganos o sistemas, con el fin de facilitar el análisis de las partes que se ubican detrás, de tal manera que no se pierda la relación visual y funcional entre las partes anteriores y posteriores (gráficos 17 y 18).

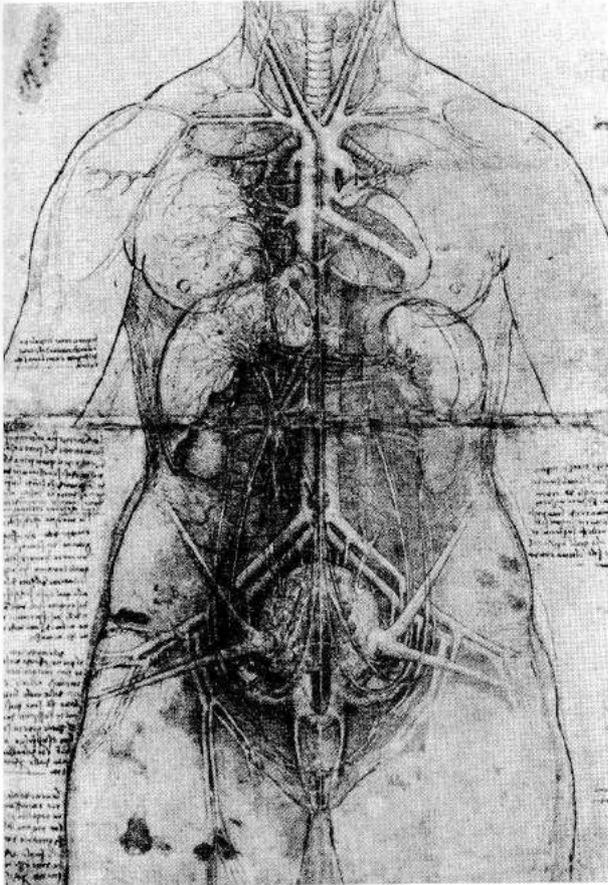


Gráfico 17

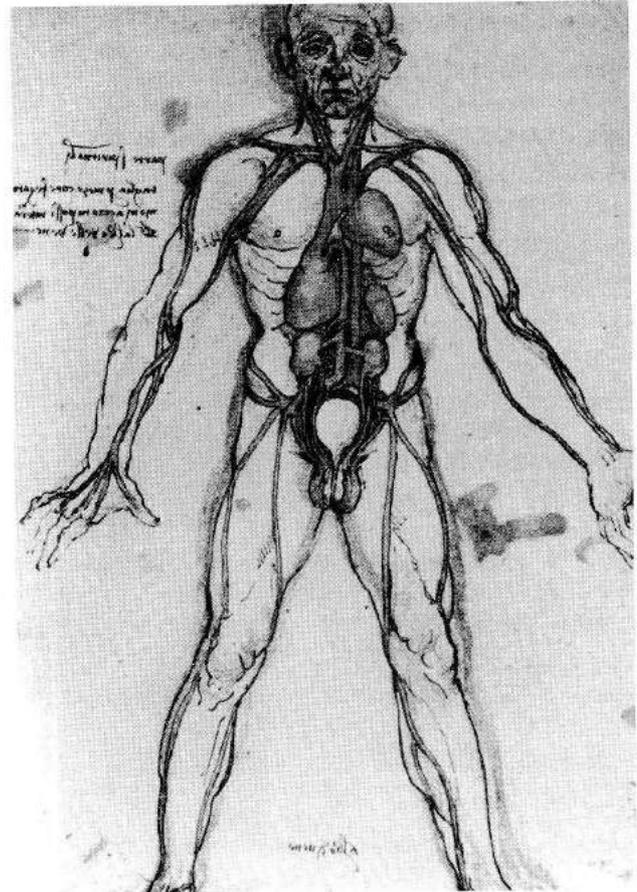


Gráfico 18

En esta búsqueda de medios gráfico - demostrativos se vislumbra un tal grado de abstracción racional que, necesariamente, debemos considerarlos ya alejados del cuerpo o de la cosa analizada misma. En realidad, se trata de una **forma de desentrañar**, un **modo de conocer**, visual cierta y necesariamente, pero totalmente supeditado a la reflexión. En este sentido, puede afirmarse que Leonardo se aleja así del empirismo y se ubica en el camino de la ciencia moderna. No en vano estas innovaciones gráficas han sido adoptadas en nuestro siglo por todas las ciencias médico - biológicas en sus procesos de expresión didáctica.

La bellísima colección de dibujos de máquinas y mecanismos descubierta en los códices Madrid I y II ha sido considerada por diversos intérpretes como una obra de arte en sí misma. Tal denominación, totalmente cierta, puede sin embargo resultar equívoca en la medida que tiende a desvirtuar el verdadero y principal mensaje que tras ellos se encuentra, a saber, que el grado de abstracción racional y generalización científico - técnico en Leonardo es mucho mayor de lo que muchos han estado dispuestos a otorgarle hasta el momento⁴⁵.

El entusiasmo de la sociedad renacentista por las máquinas y las invenciones ha sido registrado por multitud de historiadores. Leonardo, sin duda alguna, se hallaba profundamente imbuido de esta fascinación tecnológica. Es más, él puede ser históricamente uno de los más avanzados pioneros de la creación mecánica moderna, no sólo por la imaginación desbordada manifestada en cada invento y la adopción irrestricta a los principios mencionados, sino sobre todo por el avance conceptual implicado en su trabajo, por la consciente búsqueda de principios y comportamientos universales perdurables, lo cual constituye, repetimos, **la más clara ligazón de Leonardo con la ciencia y la técnica.**

Tras ellos puede descubrirse conceptos absolutamente revolucionarios para la época, esenciales para el nacimiento y desarrollo de la sociedad industrial. Las ideas de *Producción industrial* (en serie), de *Multiplicación de la fuerza natural*, de *Automatización*, etc., plasmadas en sus múltiples diseños de máquinas para producir en serie herramientas y partes usuales como limas, troqueles para láminas de oro, estaño o cobre, perfiles, ángulos y canales, alambre, etc., están claramente enmarcadas en este propósito (gráfico 19).

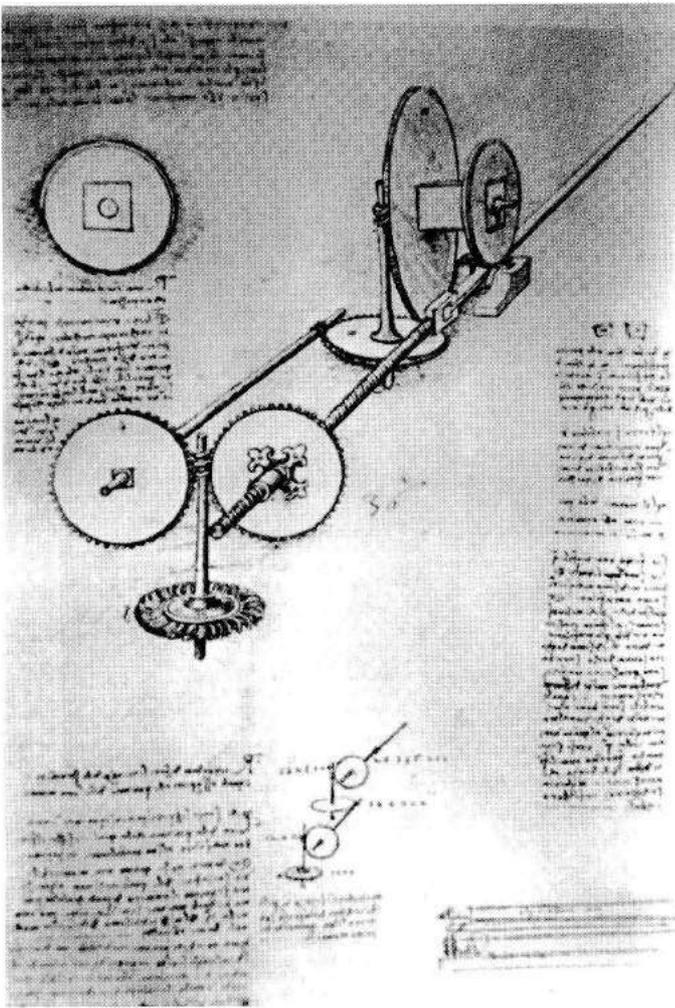


Gráfico 19

Pero donde Leonardo alcanza mediante la expresión gráfica la mayor abstracción posible, es en el caso ya mencionado de los **MECANISMOS**, analizado por Ladislao Reti. La búsqueda de **sistemas** que den respuestas a las diversas necesidades mecánicas de cualquier artefacto es, en lo fundamental, **un acto de deducción racional**, hace parte de una teoría general de las máquinas y demuestra que Leonardo fue mucho más allá de la pura *capacidad inventiva*. No se trata de la funcionalidad o creatividad implícitas en un artefacto, sino de que, mentalmente, **se requiere haber trascendido nítidamente el objeto**. Haber llegado a pensar los términos de fuerza, fricción, forma o movimiento, **de manera abstracta**, genéricamente, sin alusión a artefacto particular alguno. Así es como Leonardo logra deductivamente llegar a los resultados más trascendentales, desprendiéndose así de la materia misma para acceder a la Universalidad del concepto (gráficos 20 y 21).

La trascendencia que el mismo Leonardo concedía a estos temas está subrayada por su intención de componer con ellos un libro, cosa que manifiesta en el folio 82 recto del Códice Madrid I:

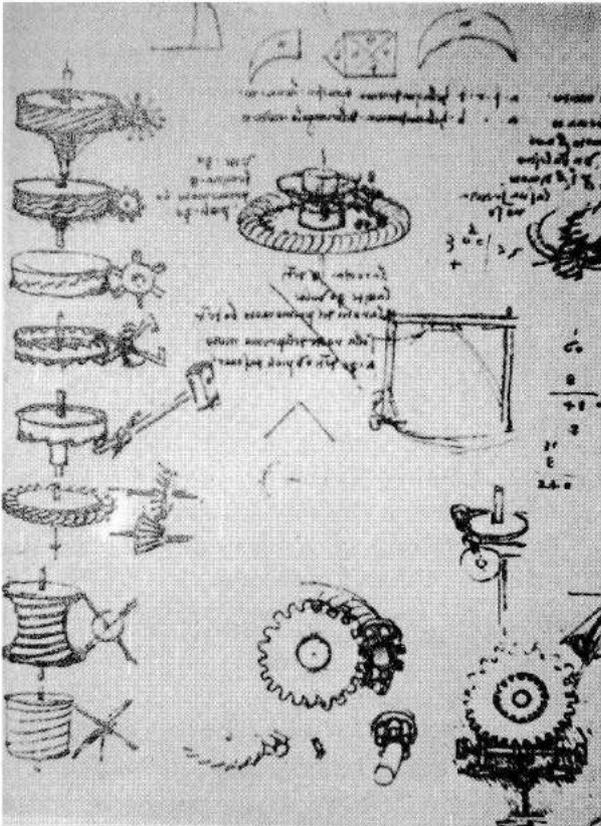


Gráfico 20

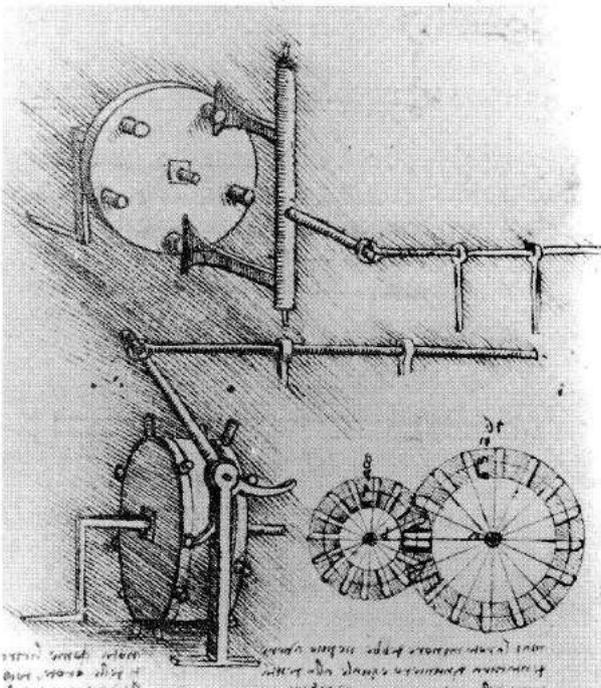


Gráfico 21

...Y así se tratará de muchísimos de sus efectos y variados esfuerzos y fortalezas y tardanzas y prestezas. Se dará cuenta también de todos sus oficios y naturalezas, de las materias con que se hacen, de sus palancas y de su utilidad. Y se dirá cómo deben hacerse y la manera como deben ser puestos en obra y finalmente se hablará de los que se han engañado por no conocer su naturaleza⁴⁶.

Obviamente, la aplicación de sus aportes son en lo técnico, pero el razonamiento que ha llevado a la **definición sistemática de todos los mecanismos hoy conocidos**, con 300 años de anticipación, es sin duda un aporte científico (gráfico 22). Siendo su trabajo en principio empírico, en este caso él ha logrado

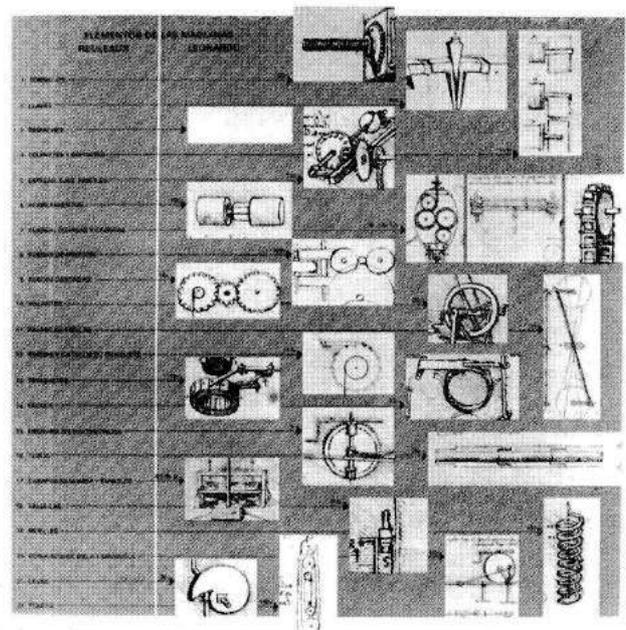


Gráfico 22

llevar su método de análisis racional, con mediación de la observación y la experiencia, a **su rendimiento máximo**, a un nivel tal de generalización, que ha desembocado en el conocimiento del comportamiento abstracto, universal y científico en el sentido moderno del término. Si bien no llega a la expresión matemática de las leyes allí implicadas - esto

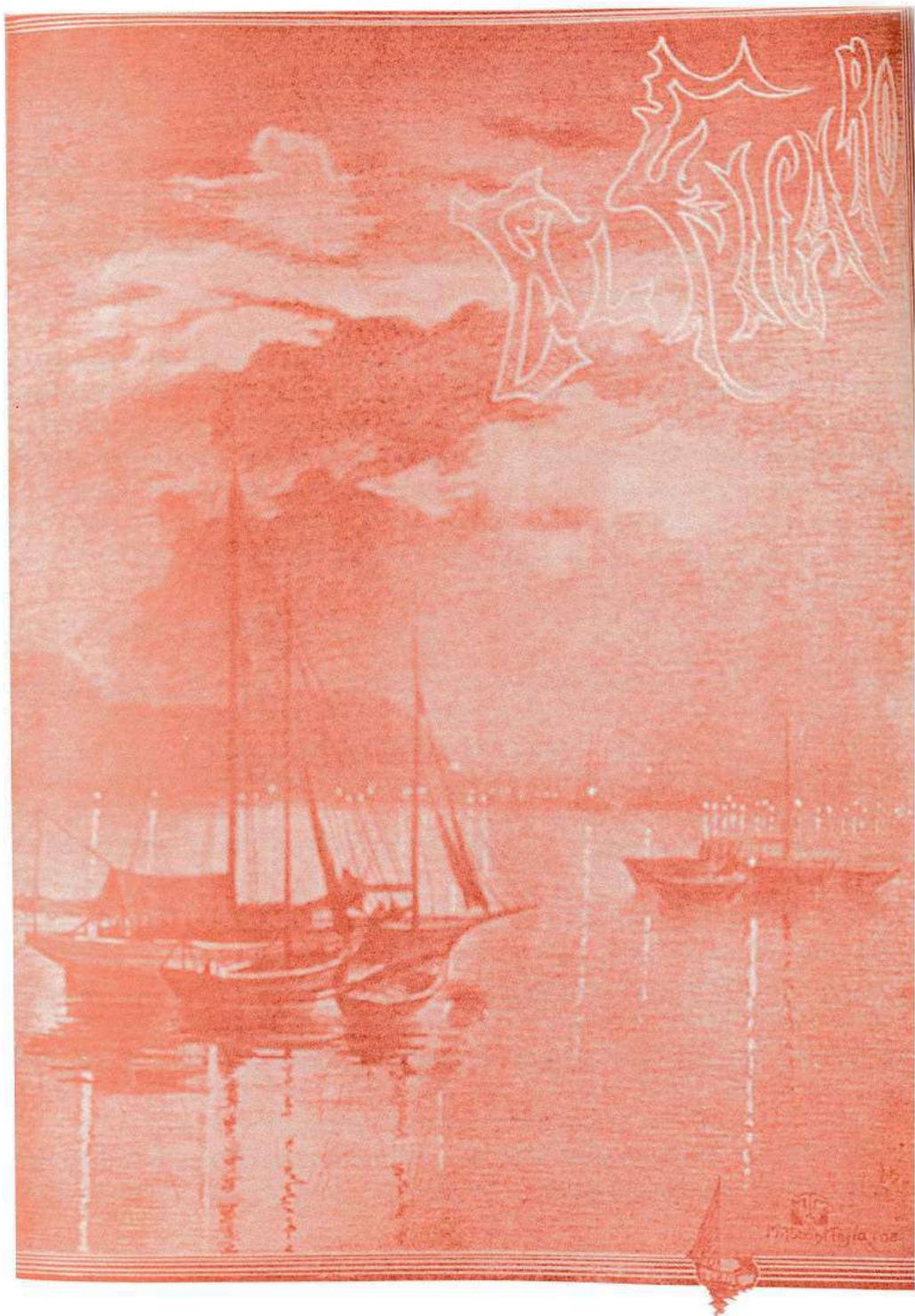
les correspondería hacerlo, siglos después, a los fundadores de la ciencia moderna: a Descartes, Huygens, Galileo, Newton y otros- sin embargo sus hallazgos y formulaciones son científicas en el sentido en que desvelan sistemas y comportamientos mecánicos de validez universal, es decir, desde su descubrimiento y para siempre.

CITAS

- ¹ LEONARDO DA VINCI. **Tratado de la Pintura**. Versión castellana de Mario Pittaluga, según textos italianos de Gaetano Milanesi(1.890) y Angelo Borzelli (1.919), con adiciones de J.P. Richter. Buenos Aires, Losada, 1.943. Num. 8, p. 7.
- ² LEONARDO DA VINCI. **Tratado de Pintura**. Compilación de Angel Gonzalez Garcia. Madrid, Akal S.A., 1.986 . Num. 94 (Urb. 133a). p. 365.
- ³ LEONARDO DA VINCI. **Tratado de la Pintura**. Losada. Op. cit. Num. 29. p. 25.
- ⁴ LEONARDO DA VINCI. **Tratado de la Pintura**. Akal. Op. cit. Num. 5 (Urb. 2a, 2b). p. 34.
- ⁵ *Ibid.* Num. 2(Urb. 1b, 2a). p. 33.
- ⁶ LEONARDO DA VINCI. **Tratado de la Pintura**. Losada. Op. cit. Num. 29. p. 24.
- ⁷ *Ibid.* Num. 29. p. 25.
- ⁸ LEONARDO DA VINCI. Citado por E. Cassirer en: **El Problema del Conocimiento** .México,Fondo de Cultura Económica, 1.976. p. 297.
- ⁹ LEONARDO DA VINCI. **Tratado de la Pintura**. Losada. Op. cit. Num. 3, p. 4.
- ¹⁰ En tanto tratan directa o indirectamente con el pensamiento leonardiano, tres autores podrían citarse, entre otros, respecto a este período de transformación cultural: Irwin Panofsky, con su **Renacimiento y Renacimientos en el Arte Occidental** (Alianza Editorial), Agnes Heller, con **El Hombre del Renacimiento** (Ediciones Península), y Eugenio Garin, con *La Revolución Cultural del Renacimiento* (Editorial Crítica).
- ¹¹ LEONARDO DA VINCI. **Tratado de la Pintura**. Losada Op. cit. Num. 57, p. 42.
- ¹² *Ibid.* Num. 3, p. 4.
- ¹³ *Ibid.* Num. 11, p. 9.
- ¹⁴ *Ibid.* Num. 14, p. 16-17.
- ¹⁵ Conocida es la queja, tanto de sus contemporáneos como de los intérpretes posteriores, ocasionada por este progresivo alejamiento de Leonardo con respecto a la pintura tradicional. Uno de los obstáculos interpuestos en la comprensión de su obra, es tanto el querer ver en Leonardo lo que en realidad no fue, o no realizó, como el negarse a ver lo que realizó, tal como se observa con su obra gráfica.
- ¹⁶ MORRIS, Charles. **Fundamentos de la Teoría de los Signos**. p. 108.
- ¹⁷ GILSON, Etienne. **Simbología en la edad media**. Madrid: Ed. Gredos, 1958.
- ¹⁸ LEROI-GOURHAN, Andre. **El Gesto y la Palabra**. Caracas Venezuela: Ed. Universidad Central de Venezuela (sin fecha).
- ¹⁹ *Ibid.* p. 373.
- ²⁰ SICA, Paolo. "**La Imagen de la Ciudad. De Esparta a las Vegas**". Ap. **La Idea de Ciudad en la Edad Media**. Barcelona: Ed. Gustavo Gili, 1977.
- ²¹ DESCARTES, René. **Meditaciones Metafísicas. Segunda Meditación**. México: Ed. Porrúa, 1981. p. 58.
- ²² *Ibid.* p. 60.
- ²³ ECO, Umberto. **La Definición del Arte**. Barcelona: Ed. Martínez Roca, 1970. p. 52.
- ²⁴ ARISTOTELES. **La Política**. Libro I, Ed. Anaconda, 1947. Cap. II. De la Esclavitud.

- ²⁵ LEONARDO DA VINCI. **Tratado de la Pintura**. Losada. op. cit. Num. 4, p. 5.
- ²⁶ IVINS, W.M. **On the Rationalization of Sight**. Paper No.8. The Metropolitan Museum of Art, 1938.
- ²⁷ GOMBRICH, Ernst. **"Norma y Forma"**. **Estudios sobre el Arte del Renacimiento**. Madrid: Ed. Alianza, 1985. P,49
- ²⁸ El ejemplo se encuentra consignado en el texto de A. Marinoni, **El Leonardo Desconocido: El Escritor**. Op. cit. p. 69-72.
- ²⁹ LEROI-GOURHAN, **El gesto y la palabra** Op. cit. p. 191.
- ³⁰ MARINONI, André. **El Leonardo Desconocido: El Escritor**. Op. cit. p. 82.
- ³¹ *Ibid.* p. 66.
- ³² Ejemplo significativo de esta nueva manera de abordar el trabajo relativo a la obra leonardiana, es la investigación realizada por Carlo Pedretti, profesor de historia de la Universidad de California (1975), la cual al parecer podría conducir al posible descubrimiento del mural leonardiano La Batalla de Anghiari. Sobre este hecho, ver: "Digging for the lost Leonardo", de Herber R. Lottman, en **Art News**, No. p. 66-68.
- ³³ ARGENTIERI. **L'Ottica di Leonardo**. Istituto geografico de Agostini. Novara, Italia, (sin fecha). p. 405.
- ³⁴ *Ibid.* p. 418
- ³⁵ DESCARTES, René. **La Dióptrica**. Dice Descartes en el discurso primero. Sobre la luz, p. 59 - 60: "Para vergüenza de nuestras ciencias, esta invención tan útil, tan admirable, no ha sido logrado sino como fruto de la experiencia y la fortuna. Hace treinta años un tal Santiago Metio... se percató del fenómeno al mirar a través de dos, siendo uno de ellos un poco más espeso en el centro que en las extremidades, y el otro por el contrario, mucho más espeso en las extremidades que en el centro". Si la dióptrica data de 1637, tendríamos que la más antigua referencia sobre el telescopio se remonta a 1607, es decir, cien años después del invento leonardiano.
- ³⁶ WINTERNITZ, Emanuel. "Leonardo y la Música". **El Leonardo Desconocido**. Op. cit. p. 110.
- ³⁷ *Ibid.* ps. 118-119.
- ³⁸ ZAMMATTIO, Carlo. "La Mecánica de la Piedra y del Agua". **El Leonardo Desconocido**. Op. cit. p. 190.
- ³⁹ FOLEY, Vernard y SOEDEL, Werner. "Contribución de Leonardo a la Mecánica teórica". En *Rev.: Investigación y Ciencia*, No. 122. p. 84-90.
- ⁴⁰ ZAMMATTIO, Carlo. Op. cit. p. 214.
- ⁴¹ GOMBRICH, Ernst. **Norma y Forma**. Op. cit. p. 149.
- ⁴² LEONARDO DA VINCI. **Codice sul volo degli Ucelli**. Istituto Geografico de Agostini. Op. Cit.
- ⁴³ La perspectiva caballera, en cuanto codificación gráfica, puede ser más efectiva que la perspectiva matemática. En aquella, el punto de fuga, que de todas maneras hace relación al ojo del observador, desaparece, permitiendo expresar las visuales del objeto en sus dimensiones reales y evitando las distorsiones de la perspectiva exacta.
- ⁴⁴ LEONARDO DA VINCI. Tomado de **El Leonardo Desconocido**. Op. cit. Apéndice. p. 304-305.
- ⁴⁵ Ana María Brizio, por ejemplo, tan objetiva normalmente, acoge esta consideración en su ensayo El Pintor. En: **El Leonardo Desconocido**. Op. cit. p. 50.
- ⁴⁶ LEONARDO DA VINCI. **Códice Madrid I**, folio 82r. Tomado de: Elemento de las Máquinas. de L. Reti. En: **El Leonardo Desconocido**. Op. cit. p. 274.

La Bahía de noche
Marco Tobón Mejía



De la economía natural a la economía ecológica

Luis Jaír Gómez G.

INTRODUCCIÓN

La forma como un campo del conocimiento, se hace visible en un espacio social, no es única, sino que además de múltiple, es francamente heterogénea. Quizás lo más común sea el desprendimiento desde un campo ya consolidado que, en su desarrollo, va obligando a algunas de sus ramas a que, sin perder sus puntos de amarre, busquen su propia redefinición e instauren su propio estatuto. La Odontología, la Veterinaria y la Farmacéutica, se desprenden de la Medicina; la Zootecnia, lo hace de la Agronomía; la Economía del Derecho; la Física de la Astronomía y la Química de aquella.

En otros casos los oficios dan origen a profesiones que, en razón de su complejidad obligan a configurar una base teórica que soporte su desarrollo y crecimiento dentro de su propia identidad, - la Agronomía de la labranza empírica.

Sin embargo, en no pocas ocasiones hay campos distinguibles, que echan mano de una denominación común que adjetivan de distinta manera para erigir barreras que separen sus objetos de trabajo. Se revela ahí, una doble circunstancia: un elemento conceptual común, inseguro al instituir su espacio de despliegue; y de otro lado, como apoyo o como distinción, se recurre al prestigio de los oficios o disciplinas para avalar un campo nuevo o aprestigar una analogía, riesgosa por sí misma. Tal es el caso de la economía. La palabra y primera definición son griegas. Aristóteles distingue claramente entre una economía natural y una adquisición de la riqueza. La primera se apoya en el ordenamiento que la naturaleza ostenta para garantizar la supervivencia de los seres vivos: las plantas existen para garantizar, unas la comida de los animales y otras la de los hombres, y los animales para servir a éstos como alimento o trabajo. Con este ordenamiento se garantiza la existencia de la familia, las que al reunirse configuran el Estado. Esta forma de disposición obedece a una producción espontánea de la naturaleza que rechaza lo superfluo; por el contrario, la adquisición de la riqueza recurre a la acumulación y se vale del dinero para los intercambios; su apoyo fundamental está en lo artificial y en el rechazo a lo natural.

Esta visión tiene sus raíces en la importancia de la agricultura, la única actividad capaz, con la guerra, de garantizar la independencia del hombre y del Estado, en tanto es la fuente única de lo necesario, de lo indispensable.

A pesar de que esta conceptualización queda atrapada dentro de la autoridad aristotélica en el interior de la escolástica medieval, como raíz de la ética económica; la rama de la economía llamada de la "adquisición de la riqueza" en el discurso de "La Política" del estagirita; va ganado prestigio social a pesar de su gravoso lastre moral, y termina por

imponerse con el capitalismo, como actividad social predominante. Toma entonces el nombre de "Economía Política", que le otorga el siglo XVII, Montcrethien (1615), quien retoma a la letra a Aristóteles y define la Economía como la «ciencia de la adquisición de la riqueza», y la adjetiva «política» con el argumento de que esta ciencia es necesaria no sólo a la familia, sino también al Estado.

No se trata sin embargo de una sustitución de la Economía Natural o Economía Doméstica de los griegos, por la naciente Economía Política, como nueva denominación de la ciencia de la adquisición de la riqueza; sino de una designación común que se adjetiva de distinta manera, para erigir una barrera que separe objetos de trabajo que se venían distinguiendo desde la Grecia clásica y que la cultura de Occidente jerarquizaba mediante una sanción moral, de la cual se sacudió el capitalismo apoyado en la modernidad, al separar la ciencia y la religión. Más aún, se trata de una verdadera ruptura con Aristóteles a pesar de que se mantengan sus conceptos fundamentales. Al fin y al cabo la sociedad del siglo XVI y XVII, tiene una dinámica de relaciones que de ninguna manera, ni siquiera residual, recuerda el conjunto esclavista que para Aristóteles era completamente natural, en el más profundo sentido de esta palabra.

Pero hay que ser claros. La denominación de un campo del conocimiento no implica la completa delimitación de su objeto de trabajo, ni menos la posesión de un marco teórico inequívoco; generalmente es sólo la primera aproximación a la identificación; se requiere de ahí en adelante un refinamiento. Por eso se pueden percibir ciertos tanteos de juventud, inseguridades en la derivación de sus principios y hasta ambigüedades.

I. DE LA POLÍTICA ECONÓMICA A LA ECONOMÍA POLÍTICA.

En el caso de la Economía Política, este período de afinamiento inicial tomó alrededor de un siglo y medio, desde 1615 en que Montcrethien la identifica y denomina, hasta 1758, en que Quesnay plantea por primera vez el circuito económico y la hace claramente distinguible con un objeto de trabajo especificado.

En ese lapso se hace una juiciosa labor de análisis empírico de la dinámica económica, en un intento por descubrir sus regularidades, establecer leyes, identificar y definir categorías, jerarquizar actividades por su dinámica, construir puentes entre Economía y Estado; entre Economía y Filosofía; entre Economía y Naturaleza; etc. Se destaca en esta etapa, entre otros, los trabajos de R. Cantillon y de D. Hume.

Cantillon en su conocido texto retoma y refina en algo, la noción clásica de Petty sobre la fuente y medición de la riqueza e inicia su tratado, "Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general"¹, escribiendo: "la tierra es la fuente o materia de donde se extrae la riqueza, y el trabajo del hombre es la forma de producirla", con lo cual se inscribe en lo que pudiera llamarse la línea pettiana que reconoce a la naturaleza a través del trabajo del hombre sobre la tierra, como la fuente de la riqueza, de manera tal que "el precio o valor intrínseco de una cosa es la medida de la cantidad de tierra y de trabajo que intervienen en su producción, teniendo en cuenta la fertilidad o producto de la tierra, y la calidad del trabajo"².

En nuestra línea de análisis se deben destacar por lo menos tres consideraciones: el papel de la naturaleza en la producción de riqueza; los límites de la tierra para sustentar una población humana; la relación entre centro urbano y mercado como espacios de actividad económica.

Respecto al primer punto habría que reconocer que para la época, la sociedad se organizaba en torno a la agricultura como surtidor de los medios de vida que garantizaban el alimento y la materia prima para el vestido; en torno a la ganadería como fuente de alimento, fuerza biológica para el trabajo y abono orgánico para restaurar la fertilidad del suelo; y, en torno al bosque como fuente de energía para las labores domésticas y artesanales y, además como materia prima para la construcción urbana y rural, y aún, en competencia con los metales menos nobles, para fabricación de herramientas, vehículos de transporte y algunas máquinas sencillas. Se reconoce seguramente alguna relación que establece dependencias entre tierra, agua, planta, animal, humano, pero más como barrunto que como principio inequívocamente establecido. Más clara está la idea de las relaciones entre la tierra, el trabajo agrícola, el poder político, las transformaciones materiales y la sociedad en general; y hasta puede percibirse que la economía trata de configurar su discurso reconociendo las regularidades de esas relaciones. Es precisamente la aceptación y clasificación de esos hechos lo que puede posibilitar la construcción de una hipótesis, lo que permite ir estructurando una teoría económica que haga luz entre tanta oscuridad. Tal parece, a partir de Cantillon, que es más en sus expresiones de relaciones sociales, que en las de relaciones en la naturaleza viva, donde está el objeto de trabajo de la Economía; apenas si se sugiere el último tipo de relaciones con la naturaleza, pero más como consecuencia que como origen o fuente. Así aunque reconoce como "principio" que los propietarios de tierra son los únicos individuos naturalmente independientes de un Estado, es la relación entre éstos, los empresarios y los asalariados que se hace posible el trueque y la circulación³. En otro pasaje indica como es alrededor de la morada de un Príncipe o Señor con extensas

posiciones, donde se establecen los panaderos, los carniceros, los cerveceros, los vinateros y toda clase de artesanos, y cómo todos ellos se sirven mutuamente, configurándose así “lo que se llama una ciudad”, que a su turno establece su propio mercado como sitio a donde concurren todos los aldeanos, mercaderes o empresarios⁴.

Hay en Cantillon además, una novedosa preocupación que liga, de alguna manera, los seres vivos a la tierra como sustrato. Se trata de su anotación, - y no pasa de ser una anotación, según él mismo se encarga de decirlo -, sobre los límites de la capacidad productiva del planeta: “La multiplicación de los animales no tiene otros límites que los medios más o menos abundantes que se destinan a alimentarlos. Indudablemente si todas las tierras se destinaran al mero sustento del hombre, la especie humana se multiplicaría hasta la cifra que esas tierras podrían sustentar”⁵. Probablemente sólo se revela acá el conocimiento empírico del agricultor, que ya es de dominio de muchos otros no agricultores, de que hay rendimientos promedios y diferenciales del suelo en uso agrario, no posibles de sobrepasar a voluntad. Hay que recordar en este punto, el esfuerzo que el mismo Lavoisier haría en este sentido, unas pocas décadas después; trabajo que sustenta el título de “agrónomo revolucionario por excelencia”⁶, con el que lo distinguiría Dagognet recientemente.

Las ciudades ya en el siglo XVIII, han triunfado definitivamente; sin embargo existe conciencia de que su tamaño, en términos de población, no supera en ningún caso las posibilidades del campo para suministrarle el alimento. Hay que dejar claramente establecido que a esta altura del conocimiento en Europa Occidental, son las posibilidades productivas del campo lo que garantiza la subsistencia de ésta, y en ningún caso, el desarrollo de una tecnología industrial urbana, - a la sazón inexistente -, la que domina la campiña, como

sucedirá ya en el siglo XIX, después de Lavoisier, Boussingault y Liebig. Cantillon no nos deja dudas al respecto: “la magnitud de una ciudad, - escribe -, se halla naturalmente proporcionada al número de propietarios de tierras que en ella residen, o más bien al producto de las tierras de su pertenencia”⁷. Hay que subrayarlo, el tamaño poblacional se rige por la *proporción natural* con el producto de las tierras, lo cual está en la misma línea de filiación del concepto de límite productivo del suelo que ya habíamos expuesto. Hay que decir entonces que Cantillon, en su teorización económica, se mueve hasta donde la frontera del conocimiento de la época lo permite, y esta frontera apenas ha avanzado sobre la filosofía natural newtoniana, que aunque sospecha algo especial en lo vivo, no puede separar estos seres de la mecánica, y como apenas puede reconocerse una manufactura muy primaria, es la agricultura, - y también el comercio en Cantillon -, la que está inmersa, de todas maneras, en una naturaleza homogéneamente mecánica, newtoniana para ser más precisos, la que domina el pensamiento económico en construcción, permitiendo sólo, trabajar sobre la riqueza, el valor y los intercambios.

Seguramente la filosofía de Hume nos ayuda a comprender claramente estas formas de análisis que van de Cantillon a Quesnay, en cuanto los refinamientos teóricos son la resultante de un análisis completo de la realidad; es decir, es a partir de la experiencia que se establecen los principios generales que se deducen de esa experiencia, y “ninguno de ellos puede ir más allá, o establecer principios que no están fundados en esta autoridad”⁸

II. DE LA TRANSACCIÓN A LA TIERRA - TRABAJO.

Montcrethien, como ya se había señalado, copia a Aristóteles y adjetiva como “Política” a la «ciencia de la adquisición de la riqueza», en

tanto no se trata de conseguir los bienes para la subsistencia de la familia, si no fundamentalmente para sustentar al Estado. Surge de ahí la gran tarea de Petty, que se encuentra con un Estado que ha dejado, en poco más de un siglo, de ser un Estado personal, cuya lógica de gobierno reside en la diferenciación estratificada (Luhmann⁹) y que mueve la pluma de Maquiavelo aconsejando al Príncipe para que pueda “conservar su Estado”¹⁰, hasta un Estado como estructura de poder que emana de la diferenciación funcional del sistema social y solo puede soportarse en ese sistema.

Hay que decir entonces que los economistas, de igual manera que los físicos de la época, - siglos XVII y XVIII -, se encontraban en frente de objetos de trabajo nuevos, que exigen un período de estudio sobre ellos, para aprender a manejarlos. Primero Petty se encuentra con un Estado nuevo que no es el del Príncipe de Maquiavelo y que requiere un soporte material en una economía que es también nueva; Cantillon da un giro y trae otros elementos al análisis, pero no pierde los de Petty; y luego Quesnay hace lo propio. Pero entre la denominación de Montcrethien, que es además una ruptura con la concepción aristotélica-escolástica; y el trabajo de la fisiocracia, madura el Estado y se debilita el gobierno monárquico del mismo; pero a su vez se va decantando el conocimiento de ese objeto nuevo que es la Economía Capitalista. Tan nuevo que su lenguaje propio que hoy reconocemos, o no había nacido aún, o era un conjunto de términos antiguos que se precisaba redefinir; en último caso, se opta por tomar prestadas algunas palabras y conceptos, por analogía, quizás mejor por semejanza.

Tres problemas fundamentales están en la base de las preocupaciones de la naciente Economía Política: a) qué es la riqueza y de donde surge; b) qué es el valor y como se establece; y c) cómo circula la riqueza en la

sociedad. Naturalmente estos problemas deben articularse entre sí y de esta articulación eclosionan otros elementos con un nivel secundario o de apoyo, - dinero, interés, impuestos, etc.

Respecto al primer punto, en el proceso que va del mercantilismo ya capitalista, - pero primitivo -, en tanto tiene ya incorporado el móvil de la ganancia y la propiedad privada, del comercio genovés y veneciano con el Mediterráneo Oriental, hasta una concepción ya más refinada como la que se establece con la fisiocracia y la economía clásica, hay un par de rupturas fundamentales; que no aparecen como efecto de la dinámica intrínseca de una economía en sí misma; sino de los procesos sociopolíticos globales de Europa, de los cuales la Economía es sólo una parte, o quizás mejor, un componente.

El mercantilismo primitivo de los siglos XIII a XV, responde a un intercambio individual, donde la riqueza es el excedente monetario que queda de la transacción comercial entre dos individuos, que se han puesto bajo la protección de una Ciudad-Estado, o de un Principado, que a su turno les reclama una retribución. En este caso la riqueza es puramente crematística y surge de la operación comercial entre individuos. Frente a algo tan primitivo, aunque ya claramente capitalista en el mejor sentido del término, no era necesario más que el desarrollo de herramientas abstractas que hicieran viable los cálculos. Aparece entonces en 1478 siguiendo a Bergadá¹¹, una primera aritmética práctica de autor anónimo, publicada en Treviso, pueblo situado en la ruta a Venecia, y que fue redactado ex profeso, se dice en el prólogo, “para uso de quienes se dedican a actividades comerciales”. En 1488 se publica, en su primera edición, una nueva aritmética de P. Borghi; y una segunda edición del libro *tariffe* “un manual dedicado al cálculo de pesos, medidas y monedas de todos los países” con una segunda edición en 1488; estos dos últimos

textos ya en Venecia. Tres lustros después de la aritmética de Treviso aparece el tratado más conocido de la época, dedicado a resolver los problemas de la aritmética comercial, se trata de la *Summa de arithmetica geometria, proportioni et propotionalita*, publicado también en Venecia, en 1494, y cuyo autor es un sacerdote de la orden franciscana, profesor de matemáticas en Perusa y Roma. Hay que anotar, según el mismo Bergadá, que esta obra, a pesar de su gran importancia en la época, es poco original y copia literalmente partes de las otras obras anteriores.

Así, el hecho práctico del intercambio como una expresión muy en ciernes del capitalismo aún vacío de marcos conceptuales, en todo carentes de interés para las condiciones de la época, tiene que apoyarse en una herramienta externa, los modelos matemáticos, todavía sentidos como elaboraciones abstractas para aplicaciones prácticas.

La "Aritmética de la transacción", como expresión instrumental de relaciones individuales entre comerciantes que viven bajo la protección del principado o de la Ciudad-Estado renacentista, no alcanza en ningún momento a consolidar cuerpos teóricos, en tanto es simplemente un fenómeno de transición entre un conjunto económico definido, - el feudalismo -, y otro cuerpo económico reconocible, el capitalismo. Naturalmente una transformación de esta magnitud supone, necesariamente, un profundo cambio social y cultural; se pasa del mundo medieval al mundo moderno, y también, por consiguiente, del Feudo al Estado-Nación. A estos tres cambios en los elementos: de la Villa al centro urbano de producción; del feudo o principado al Estado-Nación y del «mundo encantado» a la ciencia moderna; corresponden modificaciones en las estructuras sociales que articulan esos elementos, pero que pasan por fenómenos de transición, ellos son: la Transacción mercantil, la Ciudad- Estado y el

Renacimiento. Estas expresiones transicionales hacen posible construir las nuevas estructuras, que son construcciones que van emergiendo lentamente a partir del reordenamiento de toda la sociedad europea. Esas nuevas estructuras, que en conjunto hacen parte constitutiva del inicio de lo que se conoce como la modernidad, implican un replanteamiento completo de la visión del mundo, lo que obliga a pasar de las leyes espirituales del mundo medioeval, sin posibilidad de interpretación, ni siquiera de descripción; a las leyes naturales del mundo moderno, susceptibles de interpretarse y describirse racionalmente.

Esa es la tarea formidable que le corresponde a los primeros teóricos de la Economía Capitalista, identificar las "leyes naturales de la economía", describirlas racionalmente y modelarlas mediante leyes positivas, posibles por el proceso de racionalización de las leyes naturales.

Este proceso se empieza a dar una vez se superan los fenómenos transicionales, es decir, una vez se pasa de la Ciudad-Estado al Estado-Nación; de la transacción a la producción como núcleo de la actividad económica; y del renacimiento a la ciencia clásica.

Pero ese paso de uno a otro estado es un proceso de construcción de categorías y estructuras conceptuales que se dan en sociedades concretas, en tanto son abstracciones teóricas a partir de observaciones empíricas; y a pesar de que la ciencia clásica que se ocupa inicialmente del mundo físico, postula que las leyes corresponden a regularidades universales; los fenómenos sociales, - la economía entre ellos -, parecen escapar, contra lo supuesto, a esta posibilidad. Se da entonces una gran paradoja que, en toda su magnitud, nos alumbró Polanyi¹² cuando escribe que a pesar del gran prestigio de las ciencias naturales por la construcción teórica que lograron de la mecánica, las máquinas, que tuvieron una importancia tan decisiva en

la revolución de la economía, “fueron invenciones de artesanos incultos, algunos de los cuales casi no sabían leer ni escribir”; pero de otro lado las ciencias sociales, inferiores en su importancia práctica a las ciencias naturales de la época, son en realidad las que tienen “la paternidad de la revolución mecánica que sometió la naturaleza al hombre”, a través de la economía. Habría que anotar entonces, que de los cuatro primeros grandes economistas, dos son de formación académica en la medicina, - W. Petty y F. Quesnay -, mientras los otros vienen, uno del mundo de los negocios, - Cantillon -, y el otro de las ciencias humanas, Smith.

Es en el período de poco más de medio siglo que va de Petty a Cantillon, cuando se consolida la primera gran ruptura con la Economía previa. Ellos establecen como riqueza, todos los elementos necesarios para la subsistencia y el mantenimiento de todos los ciudadanos del Estado y su Soberano; como forma de producción la unión del “trabajo” del hombre y la “capacidad” productiva de la tierra. Se instauran así, por primera vez dentro del capitalismo, las categorías de “riqueza”, “valor” y “renta”. El “valor” de las mercancías se establece a partir de las proporciones de “capacidad” productiva de la tierra y de “cantidad” de trabajo del hombre. Esta ecuación Tierra-Trabajo permite calcular un valor del objeto producido y cuantificar la renta que va al propietario y al soberano para el mantenimiento del Estado.

Con estas categorías entendidas dentro del contexto de la nueva economía, - el capitalismo -, se va haciendo posible iniciar la construcción de un conjunto conceptual propio que identifique el campo del conocimiento. No era sin embargo, suficiente aún, porque se estaba en un proceso primario de identificación y descripción de las nociones más notorias y de unas aproximaciones, todavía inseguras, a las relaciones entre ellas.

El paso siguiente de delimitar inequívocamente el conjunto de elementos categoriales y describir el entramado de sus relaciones, se logró mediante una curiosa e importante ruptura con los tanteos iniciales, y lo hizo posible, de un lado, el avance de la medicina hasta el reconocimiento de una fisiología que incorpora la iatroquímica (Willis, van Helmont y Silvio) , y una anatomopatología (Sydenham); y del otro, la mecánica que desde la astronomía de Copérnico y Galileo, el racionalismo de Descartes y la magistral síntesis de Newton, permiten fundar la «Ciencia Clásica Moderna». Estos avances formidables que corren paralelos a los que van de Petty a Cantillon, preparan el terreno para la segunda gran ruptura en Economía.

III. DE LA TIERRA-TRABAJO A LA TIERRA Y AL TRABAJO.

La fisiocracia, doctrina económica cuya exposición lideró el médico François Quesnay, aparece casi simultáneamente, con la publicación póstuma en Francia, del libro de Cantillon, que había sido escrito alrededor de un cuarto de siglo antes (1730 – 1734), pero estaba inspirado en los procesos económicos propios de la banca y las finanzas de los centros comerciales de la Europa de las tres primeras décadas del siglo XVIII. Estas condiciones eran bien diferentes a las de la Francia del Antiguo Régimen. En efecto, el proceso, revolucionario en realidad, de los *enclosures* en las islas británicas y las Provincias Unidas, tuvo desarrollos y consecuencias muy diferentes a la lenta desintegración del feudalismo en Francia y Alemania. El primero condujo a una rápida concentración de la tierra en manos privadas y a un fuerte desarrollo de la manufactura urbana y el comercio con las colonias de ultramar; el mismo Cantillon habla de una división de la población en Escocia e Inglaterra en 50% urbana y 50% rural en los

comienzos del siglo XVIII. El segundo, el caso francés, condujo a la aparición de una numerosa pequeña propiedad campesina y al fortalecimiento de la producción agrícola. Es, precisamente, con este horizonte agrario de fondo que eclosiona la escuela económica fisiocrática.

Quesnay, a diferencia de Petty y Cantillon, no reconoce la dupla tierra y trabajo, sino que pone como origen de la riqueza a la agricultura, es decir, a la “tierra fértil”, y el trabajo lo considera como consustancial al hombre, es decir desaparece como elemento identificable *per se* que sea fuente de “valor”; pero además, y éste es un aspecto absolutamente central en su concepción, coloca el origen de la “riqueza” en la característica de indestructibilidad propia de la materia, - “inmortal” es su expresión -, y la posibilidad, en consecuencia, de ser reutilizable permanentemente, mediante el ciclo natural de muerte y vida, - regeneración y renacimiento, son sus palabras -; adicionada esta característica de la capacidad de “multiplicación”, (rendimientos de 4 a 1 para el trigo) que tienen los procesos de producción agrícola, potenciados por las técnicas agronómicas. De esta manera la fisiocracia identifica la “riqueza”, con la “renta” y ésta con el “excedente físico” del rendimiento agrícola, - *Produit net* -, cuyo “valor” lo establece la dinámica del mercado (valor venal)¹³

Estas categorías dentro de este contexto ofrecen un cuadro completamente diferente de la Economía Política, o mejor aún, ofrecen el primer cuadro acabado del fenómeno social que ya se había denominado, un siglo y medio antes “Economía Política”. Surge una paradoja muy interesante por su profunda significación: para la fisiocracia, la Economía Política se asemeja mucho más a lo que Aristóteles había llamado Economía Natural, en términos de la génesis de la riqueza, y se aleja, por consecuencia, de la definición de Montcrethien; pero además,

crea una verdadera ciencia de la economía política, sobre la base de las leyes naturales, - incluyendo lo social -; esto se da en el momento mismo en que Rousseau¹⁴, a petición de Diderot desde la Enciclopedia, apenas se esforzaba en separar la “Economía Política” de la Economía Doméstica de Aristóteles.

La fisiocracia en efecto, esta parapetada sobre cuatro bases fundamentales:

1. La indestructibilidad de la materia.
2. El reciclaje de materia a través del ciclo vida y muerte.
3. El renacimiento o regeneración de los productos agrícolas a partir del producto del producto.
4. La multiplicación del producto agrícola con la consiguiente generación de un excedente físico, en la agricultura.

Este excedente físico o *Produit net*, constituye la riqueza, en tanto ella articula dos clases de ciudadanos, la productiva (agricultores) y la estéril (o artesanos y comerciantes), mediada esta articulación por una tercera clase, la de los propietarios, que se encargan precisamente de repartir entre los ciudadanos y el Estado las rentas o excedentes.

Se habla de dos clases de ciudadanos desde el punto de vista económico, es decir, con referencia a la riqueza, que se denominan “productivos” y “estériles”. Estas dos categorías tienen una significación estrictamente de naturaleza viva: la una es capaz de *reproducir* sus productos (*renacen* sus gastos, o *regeneran* sus rentas), es la clase productiva; una tal propiedad sólo la tiene la actividad agrícola, - el cultivo y la cría -. La otra clase consume o aniquila irremediamente sus rentas (gastos), es la clase estéril; esta característica, por supuesto, sólo es atribuible a los productos agrícolas de consumo en alimento, vestido, vivienda o herramientas, y a los objetos producidos con materiales inertes.

Existen así dos polos opuestos, uno de regeneración y otro de aniquilamiento; la vida

y la muerte " toda acción en la naturaleza, - escribe Quesnay¹⁵ -, parte de las relaciones. Decimos que los elementos se combaten, se mantienen como contrarios, se entretienen recíprocamente. La tendencia de cada principio hacia el predominio es lo que produce en su contrario, las fuerzas de la resistencia y de la reacción vivificante"

Se describe así lo que puede llamarse con todo derecho una **Economía Política Natural**. Política porque su objeto es la subsistencia de la sociedad bajo la protección del Estado: "Los hombres constituyen el poderío de las naciones y sus necesidades multiplican las riquezas de éstas. Cuanto más aumentan las naciones las producciones que necesitan y cuanto más las consumen, más ricas son"; así empieza su artículo "Hombres"¹⁶, escrito para la Enciclopedia, pero no publicado en ella, porque se presenta cuando ocurre una de las varias crisis de poder en esa institución, y se suspende su publicación en ese momento. Natural, porque entiende el proceso económico como generado en un fenómeno de "ciclo recursivo", con reproducción biológica de la riqueza en un extremo del círculo, y aniquilamiento real en el otro; apoyado exclusivamente en las interacciones entre las fuerzas contrarias de la naturaleza: renacimiento y aniquilamiento, y sujeto, en todo caso, a la suprema Ley Natural.

No hay que forzar los términos para reconocer ahí lo que se llamará *entropía* *, (2ª ley de la termodinámica), un siglo después, - 1850 -, y *neguentropía* **, ya avanzado el siglo XX, - 1943-. Inclusive, no parece muy temerario reconocer en el propietario y el gobierno, una especie de estructura disipativa. Digámoslo con franqueza, en todo caso, puede prescindirse de estas últimas apreciaciones, sin que pierda sentido el calificativo de Economía Política Natural para la fisiocracia.

Pero hay además otras distinciones que son muy importantes respecto a la calificación de la fisiocracia como Economía Política Natural; hacemos referencia a la llamada "Economía Natural", y a la "Economía de la Naturaleza". La primera, es un término que aparece en el capítulo III, - "De la adquisición de los bienes" -, de "La Política" de Aristóteles, quien nos habla de una Economía Doméstica o Economía Natural y la define como "ocupada únicamente con el cuidado de las subsistencias"¹⁷, para distinguirla de la adquisición comercial de bienes, que es "sólo resultado del tráfico"¹⁸. Marx redefinirá después, en oposición al capitalismo, la Economía Natural aristotélica, anotando que es aquella "donde ninguna parte o sólo una parte insignificante del producto agrícola entra en proceso de circulación,..."¹⁹. Entendida de esta manera se está al frente de una economía cerrada, que sólo es posible en una sociedad de intercambios poco importantes, y en consecuencia es una economía sin beneficio. (Labrousse, 1962²⁰). El adjetivo de Natural sólo tiene que ver entonces, con producciones para la subsistencia, que, por supuesto, son naturales; pero la fisiocracia describe una economía abierta, en la cual hay un intercambio intenso y concibe la riqueza como sólo aquella parte de la producción agraria, que supera el autoconsumo, pero que además, esta profundamente articulada a la estructura sociopolítica del Estado moderno.

De otro lado se tiene una "Economía de la naturaleza", término que aparece por primera vez en Linneo, contemporáneo a la teorización fisiocrática; y que será ampliada por Buffon, Humboldt, Lamarck, Darwin, Cuvier, hasta transformarse en lo que tomará, desde Haeckel y hasta hoy, el tan conocido nombre de Ecología. Se trata entonces, de los

* Entropía fue un término acuñado por Clausius hacia 1850, para designar la medida del desorden en un sistema físico.

**Neguentropía, como opuesto a entropía, aparece en un libro célebre, de un físico. E. Schrödinger, titulado "¿Qué es la vida?", para referirse al orden que permanentemente están creando los sistemas vivos, para compensar el proceso entrópico inmanente.

intercambios entre los seres vivos entre sí y con el entorno físico; dentro de estos seres vivos está el hombre, al mismo nivel de cualquiera otro, sin privilegios ni concesiones, pudiendo ser tanto predador como presa.

Hay sin embargo, un importante punto de contacto entre la concepción linneana y la fisiocrática: ambas parten del reciclaje de la materia a través de la vida y la muerte. Linneo en su reflexión en el cementerio de Frändefors, ve al cuerpo del hombre descomponerse y transformarse en *humus*, que a su vez, alimentará las plantas y éstas a los animales; Buffon lo observa en el bosque cuyas hojas y troncos se descomponen para enriquecer la tierra donde se regeneran las plantas, y Humboldt, con una mayor elaboración lo interpreta en función del cambio de lo orgánico a lo inorgánico mediante la alegoría de las múltiples apreciaciones que suscita el “genio rodiano”²¹, todo con el trasfondo de la relación biogeográfica que permite a Comte separar entre medio ambiente y ser vivo. En este punto esta línea de pensamiento toma dos cursos: Cuvier reclama procesos experimentales que confirmen la relación entre la materia orgánica y la inorgánica, y los transformistas privilegian la relación ser vivo medioambiente y las consecuencias que de ella se deriven. Lamarck por su parte, insiste en esta relación pero diferencia entre una acción del medio sobre un ser vivo que responde pasivamente a esa acción y se transforma, siguiendo una escala de progreso en la organización biológica. Se llega así hasta Darwin, quien apoyándose constantemente en el concepto de economía de la naturaleza, explica esas complejas interacciones recíprocas ser vivo – entorno, que lo llevan a postular el “Origen de las especies” por medio de la selección natural. Es este complejo juego de interacciones entre los seres vivos entre sí y de éstos con el entorno lo que le permite a Haeckel definir la Ecología como “el conjunto de conocimientos referentes a la

economía de la naturaleza,....”, según la transcripción de Kormondy²².

Quesnay, de otro lado, llega a ese reciclaje de materia, por un análisis claramente cartesiano, de la dualidad cuerpo y alma, en la cual el primero se desintegra por desunión de los componentes de la sustancia y reingresa a un fondo común de materia, de donde renacerán nuevos cuerpos; y la segunda se separa del cuerpo y se conserva como tal por su inmortalidad. Sin embargo, a diferencia del curso seguido por la economía de la naturaleza, este principio no tendrá continuadores hacia delante, en el contexto de la circulación social de la riqueza.

Decíamos anteriormente, al inicio de este aparte, que los desarrollos económicos de Inglaterra y las Provincias Unidas habían conducido al predominio de la manufactura urbana sobre la producción agrícola, mientras en Francia se desarrollaba, con mayor empuje la producción agraria. En tales condiciones la fisiocracia toma el primer término de la ecuación tierra – trabajo de Petty y Cantillon, como una de las categorías centrales de la Economía, y mantiene, como corresponde a la naturaleza del hombre, al trabajo indistinguible de éste; es decir, desaparece como categoría económica identificable por sí misma.

Smith, por el contrario, en tanto es la manufactura el espacio donde pueden reconocerse distintas manifestaciones de la eficiencia laboral, mediante la división del trabajo; precisamente, de manera opuesta a la agricultura, donde no hay posibilidad de esa eficiencia; entrega entonces al segundo término de la ecuación tierra – trabajo, la calidad de categoría fundamental de la economía.

Conviene, sin embargo, tener muy claro que mientras para Quesnay y los fisiócratas la tierra no es fuente de valor, para Smith y los clásicos es, en el trabajo donde reside la fuente del valor.

Cuando Smith, hace la ruptura conscientemente, con la fisiocracia, y coloca al trabajo como una de las categorías centrales de la economía política, está dando un giro formidable al enfoque, en tanto se ubica en el proceso artesanal como centro de creación de la riqueza, y se desplaza así, desde la propiedad regenerativa que de la riqueza tiene la actividad agrícola, en tanto produce excedentes físicos, a la capacidad de transformación que de la materia inerte, tiene el trabajo artesanal del hombre. En realidad el giro es de tal magnitud, que se mueve desde la regeneración (propia de la naturaleza viva), al aniquilamiento (propio de la actividad artesanal del hombre sobre la materia inerte). Esto tiene dos profundas significaciones; en primer lugar hay un desplazamiento desde la circularidad hasta la linealidad, al no poderse realimentar el proceso con *producto* del *producto*; y en segundo lugar cambia la ubicación del hombre con respecto a la naturaleza. En efecto, mientras para la fisiocracia, el hombre es social, pero mantiene relaciones de reciprocidad con la naturaleza, en Smith (y toda la economía política clásica), el hombre sigue siendo social, pero las relaciones con la naturaleza son de dominio y no de reciprocidad, ajustándose así al principio de Locke de que la negación de la naturaleza es el camino a la felicidad, en consecuencia, la gente debe emanciparse efectivamente de sus imposiciones.

Puede decirse entonces, que Smith parte, para su teorización, no de la tierra como sustrato de producción, sino del trabajo: “El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida y que anualmente consume el país”²³. Señala luego: el producto que genera ese trabajo y que permite comprar “las cosas necesarias y convenientes apetecidas” está en proporción mayor o menor con el número de quienes lo consumen y está regulado por dos circunstancias diferentes: “la primera por

la aptitud, destreza y sensatez con que generalmente se ejercita el trabajo, y la segunda por la proporción entre el número de empleados en una labor útil y aquellos que no lo están”²⁴. Con estos presupuestos y otros similares establece el plan de su obra.

Conviene hacer por lo menos dos anotaciones en cuanto a la relación entre Smith y Quesnay. Mientras el gallo distingue entre clase productiva y estéril; el sajón discrimina entre trabajo productivo e improductivo. Mientras el consumo de materias orgánicas y la transformación de materias inertes en artefactos, es aniquilamiento de la riqueza en la fisiocracia; es para la economía clásica, producción de riqueza. Esta visión de la economía le permite al inglés decir que “el producto anual de la tierra y del trabajo de la nación sólo puede aumentarse por dos procedimientos: o con algún adelanto de las facultades productivas del trabajo útil, que dentro de ella se mantiene, o por algún aumento en la cantidad de trabajo”²⁵.

El haber puesto al trabajo como centro de su interés, condujo a la economía clásica, a una separación, cada vez más marcada de la Economía Política Natural de los fisiócratas. Ya en la tercera década del siglo XIX, Malthus, quien mantiene una cordial controversia con Ricardo, toma distancia, en este respecto, con uno de los puntos que la versión clásica de la economía mantenía dentro del conjunto de los llamados por la fisiocracia “principios naturales”, cual es el del “precio natural” del trabajo; mientras para Ricardo la referencia para mantener este precio, son los ingresos necesarios para que renazca la especie y se mantenga estable la población; para Malthus el referente es la “demanda efectiva” de fuerza de trabajo; es decir, hay una cosificación de lo que esta economía llama desde Smith “fuerza de trabajo”. Ya Polanyi²⁶, ha puesto al descubierto el error conceptual de la teoría económica de mercado, al llamar mercancías al

trabajo y a la tierra (también al dinero, dice), lo cual está en franca contradicción con “el postulado según el cual todo lo que se compra y se vende debe de haber sido producido para la venta”; de ahí que les dé el nombre de “mercancías ficticias”.

Esta misma consideración puede servir para explicar la forma tan particular de cuantificar su costo: la “Fuerza del Trabajo” por el salario; y la Tierra, por la renta. Smith²⁷ es quien señala de primero que el precio real del trabajo es el equivalente a la subsistencia del trabajador, con lo cual se coloca dentro del “precio natural”; luego Marx²⁸ en un extenso y muy complejo análisis (Sección sexta de *El Capital*), se esfuerza en separar el *trabajo*, de la *fuerza de trabajo*, con lo cual logra arrancarlo del hombre y sustancializarlo; para luego indicar como el *salario* (subsistencia) no es más que una *transfiguración* del precio de la fuerza de trabajo.

En realidad el término fuerza de trabajo como una cosa separada del hombre, lo que hace es llevar al terreno de la “Filosofía Natural” de Newton todo el problema, pues los clásicos desde Smith hasta Marx, consideran que esa sustancia llamada fuerza de trabajo, se gasta y se recupera mediante el alimento (la subsistencia). Esto mismo permite a Marx asimilarla a cualquier otra mercancía que como el azúcar se puede medir con la balanza, mientras la fuerza de trabajo se mide con el reloj²⁹.

Desde Say en adelante se van perdiendo cada vez más las referencias a los tenuous lazos con los procesos vivos, para anclarse definitivamente en el terreno de la producción con objetos inertes, - la industria -, que mantiene eso sí, el concepto de clase social que tan elegantemente había creado la fisiocracia, pero, por supuesto, con las transformaciones que el contexto de la producción industrial y no agrícola exigía.

I. DEL TRABAJO AL MERCADO.

Una vez consolidada la Revolución Industrial inglesa durante la primera mitad del siglo XIX, y construida *pari passu* con ella, la teoría de la economía política clásica, se da una tercera ruptura, y se desplaza el centro operativo de la economía, desde la producción al mercado. En estas circunstancias deja de ser el trabajo la génesis del valor, para ubicarse de nuevo en la transacción, como en el capitalismo aún no consolidado del comercio de los siglos XIII a XVII, pero ahora dentro de un contexto puramente social y además institucionalizado, el mercado capitalista.

La nueva visión económica llama “*riqueza social*” al conjunto de cosas materiales e inmateriales (porque la materialidad o inmaterialidad de las cosas no es relevante en este contexto) que son escasas, es decir, que por una parte nos son *útiles* y por otra, existen a nuestra disposición *en cantidades limitadas*³⁰. Estas cosas escasas y *útiles* “son *valiosas e intercambiables*”³¹. Esto le permite a Walras, afirmar que “el fenómeno de la propiedad se aplica a toda la riqueza social y nada más que a ella”³².

Esta redefinición por los neoclásicos, de la riqueza social, a la cual se le aplica el fenómeno del valor de cambio, tiene profundas implicaciones conceptuales. De un lado, permite distinguir una “teoría de la riqueza, es decir, del valor de cambio y del intercambio”³³, y considerarlo como un fenómeno natural en su origen, en su manifestación y en su esencia, y además inmaterial; en toda su extensión; y una “teoría de la producción de la riqueza, es decir, de la industria agrícola, manufacturera y comercial”³⁴, que es un arte, y que en consecuencia, escapa al contenido de la economía política pura.

Se llega entonces, por esta forma de razonar, a establecer, sin ninguna restricción, que el objeto de la Economía Política Pura es

“abstraer, mediante definiciones, los tipos ideales y razonar sobre ellos, volviendo a la realidad sólo cuando la ciencia se haya construido y con el objeto de aplicarla. De esta forma tendremos en un mercado ideal precios ideales, que serán el resultado de la relación rigurosa entre una demanda y una oferta ideales”³⁵.

Para llegar a este mundo ideal se ha relegado el trabajo a una categoría histórica cuya única importancia es que mediante su división hizo posible que el intercambio y, por consiguiente, la Economía nacieran³⁶; y a la tierra la ha transformado en una generadora de numerario, en tanto “un capital material puede engendrar una renta inmaterial”³⁷; todo esto permite decir a los neoclásicos que las ciencias matemáticas, como es el caso de la Economía, se construyen a partir de tipos ideales, como abstracciones de tipos reales, que hacen posible establecer *a priori* todo el andamiaje de sus teoremas y definiciones, contra los cuales se contrasta la realidad³⁸.

Esta ruptura con la economía clásica anterior, que toma el nombre de Neoclásica, y que es la expresión dominante en la actualidad, se funda, curiosamente, en la misma época en que aparece la “termodinámica clásica” en la física, la cual replantea el concepto físico de trabajo e introduce objetos nuevos de estudio como la Entropía y la Energía, sobre los cuales se establecen las reconocidas tres leyes de la termodinámica, fundamentales a la hora de analizar la producción económica, desde la perspectiva de la ley natural.

Parecería que la Economía Política buscara evadir sistemáticamente las leyes naturales de la producción. Cuando la fisiocracia ancla toda su estructura sociopolítica de la economía en el proceso natural de la regeneración y multiplicación de la producción agrícola, los clásicos se desplazan hacia la producción manufacturera – industrial. Colocan sin embargo, el fenómeno físico del trabajo en

el centro del conjunto de sus objetos categoriales, que se apresuran a delimitar como “fuerza de trabajo” para poderlo desprender del ser vivo hombre, y, aunque su sesgo es inequívocamente social, está avalado por la Filosofía Natural newtoniana.

Una vez se ha logrado la plena solidez en la Economía Clásica, la física introduce primero la ley de la conservación de la fuerza, - curiosamente a partir de experimentos biológicos -, (von Helmholtz, 1848); y entre 1850 y 1855, Clausius y Rankine en su orden, descubren la ley de la Entropía (2ª ley de la termodinámica); y el concepto de energía que sustituye al de Fuerza, todo en el contexto del “Trabajo mecánico”. Pero, de nuevo, una vez se dispone de estas herramientas de las Ciencias Naturales, la Economía Política, abandona la categoría “Fuerza de Trabajo”, y erige en su lugar el “intercambio” como la fuente del valor de las mercancías. De esta manera la Economía Política, renuncia, por segunda vez a ser una Ciencia natural, para ubicarse como una ciencia estrictamente social, solo que olvidando que la sociedad no es un ente ideal, sino que su dinámica solo es posible dentro de un entorno natural tangible.

II. ECLOSIÓN DE UNA ECONOMÍA ECOLÓGICA.

Las leyes naturales son “inmutables e irrefragables” decía Quesnay³⁹ en el siglo XVIII, pero la economía neoclásica, creyó ver en la tecnología la manera de hacer evitables dichas leyes. El hombre con su engreimiento en la capacidad de su “racionalidad” había olvidado que él es una “emergencia” de la organización operativa del sistema vida; y que en consecuencia está irremediabilmente sujeto a las leyes naturales y que, precisamente, al matricularse en la religión del progreso, reificó la doctrina del “Desarrollo Económico”, y condujo a la aparición de fenómenos como la lluvia ácida, el efecto invernadero, el hueco de ozono, la desertización, etc.

Este conjunto de problemas que empiezan a surgir coincidiendo con el momento histórico de la mayor expansión económica de que tenga noticia la historia de la humanidad, - las tres décadas que siguen a la segunda gran guerra mundial del siglo XX -, hacen reflexionar a un grupo heterogéneo de hombres de la comunidad científica. R. Carlson, quien en su “Primavera Silenciosa”, pone en entredicho los desarrollos científicos de la agroquímica; G. Hardin, quien en su “Tragedia de los Comunes”, reclama a la tecnología el no hacerse consciente de sus limitaciones para enfrentar las secuelas del crecimiento poblacional desbordado; I. M. Lerner, quien con su “Homeostasis Genética”, nos recuerda que la entrega del genoma vegetal o animal, a la explotación económica, tiene límites bioecológicos que el interés económico no puede desbordar; D. H. Meadows y D. L. Meadows, quienes con sus “Límites del Crecimiento”, le recuerdan al establecimiento industrial, que los recursos naturales materiales y energéticos son limitados en el tiempo histórico del hombre, pero que además lo es la capacidad de asimilación entrópica de los “sumideros”; E. Tiezzi, quien nos recuerda en sus “Tiempos históricos, tiempos biológicos”, que el proyecto en marcha del crecimiento económico, tendrá que contraerse a los límites que impone el ritmo intrínseco de lo biológico, si queremos que la humanidad disfrute sus propias creaciones; V. Labeyrie, quien en su “Agricultura y Ecología”, nos recuerda que existen unos límites, al pos – supuesto matemático de las “ganancias” del monocultivo; N. Georgescu-Roegen, quien en su denso texto “La ley de la entropía y el proceso económico” nos recuerda que el concepto de “proceso”, le pone límites a la producción en tanto la naturaleza misma tiene un límite irrefragable; y, en fin hasta el mismo H. Le Bras, quien su trabajo “Los Límites del Planeta”, nos recuerda, por paradoja, que los límites de nuestra nave tierra desbordan los espacios

estrechos a los que varios investigadores han querido constreñir la humanidad; pero que de todos modos hay límites no sobrepasables, salvo yendo al abismo.

Todo este empeño en recordarnos que el bioecosistema, en su dinámica inherente, tiene límites que necesariamente señalizan la actividad económica humana, debe llevarnos a revisar las teorizaciones sobre las cuales se ha diseñado la “Ciencia Económica”, puesto que la capacidad de predicción con que su aparato teórico la ha dotado cae fuera de estos acotamientos.

No es que antes no se hubieran tenido los conocimientos, sino que los logros del crecimiento económico como programa, no habían obligado a reflexionar sobre ellos. Se puede reconocer ahora a través de este discurso, que la economía, en su esfuerzo por purificarse, ha olvidado que como expresión social, necesariamente tiene que confinarse a las posibilidades de la dinámica de la naturaleza; lo que obliga, también necesariamente, a que no pueda seguir alimentando la pretensión de ser una “Ciencia Autónoma”, con conjuntos conceptuales incontaminados a la manera en que los pensaba Walras, que le han permitido configurar una estructura institucional, - el mercado -, con capacidad inherente de autorregulación. La economía tiene que desandar su camino para incorporar lo que un día evadió: la naturaleza de la producción con seres vivos, al finalizar el siglo XVIII; y la naturaleza de la producción, mediante transformación de materiales inertes, al finalizar el siglo XIX.

Si toda la narración argumentativa previa es coherente, hay que incorporar, de muy buena gana, es decir, con una articulación que remita a la reorganización del sistema, los principios centrales de la Ecología, a partir de tres ideas globales:

1. El Planeta como sustrato de la producción humana, tiene una dotación limitada de recursos naturales.
2. Toda actividad de *reproducción* biológica es un proceso neguentrópico que se hace posible sólo bajo las "reglas" del ecosistema que lo incluye y con la dotación de las estructuras disipativas que lo viabilizan.
3. Toda actividad de *producción* artesanal e industrial, es un proceso entrópico, que reglamenta la actividad reproductiva, mediante su articulación con las estructuras disipativas, que hacen posible el proceso neguentrópico.

Se trataría entonces de abrir tres síntesis magistrales, para albergar ahí, mediante las articulaciones adecuadas, la Economía y fundar así las bases de la Economía Ecológica.

Las tres síntesis son:

1. La neguentropía de Schrödinger, que ata el efecto destructor de la entropía de la termodinámica del mundo físico, al efecto constructor de la dinámica biológica.

2. El doble orden, - arquitectónico y funcional -, del ser vivo, de Prigogine, que se mantiene, mediante la estructura disipativa que hace posible la permanencia en el tiempo de los sistemas complejos que operan lejos del punto de equilibrio con atractores de orden por fluctuaciones, y

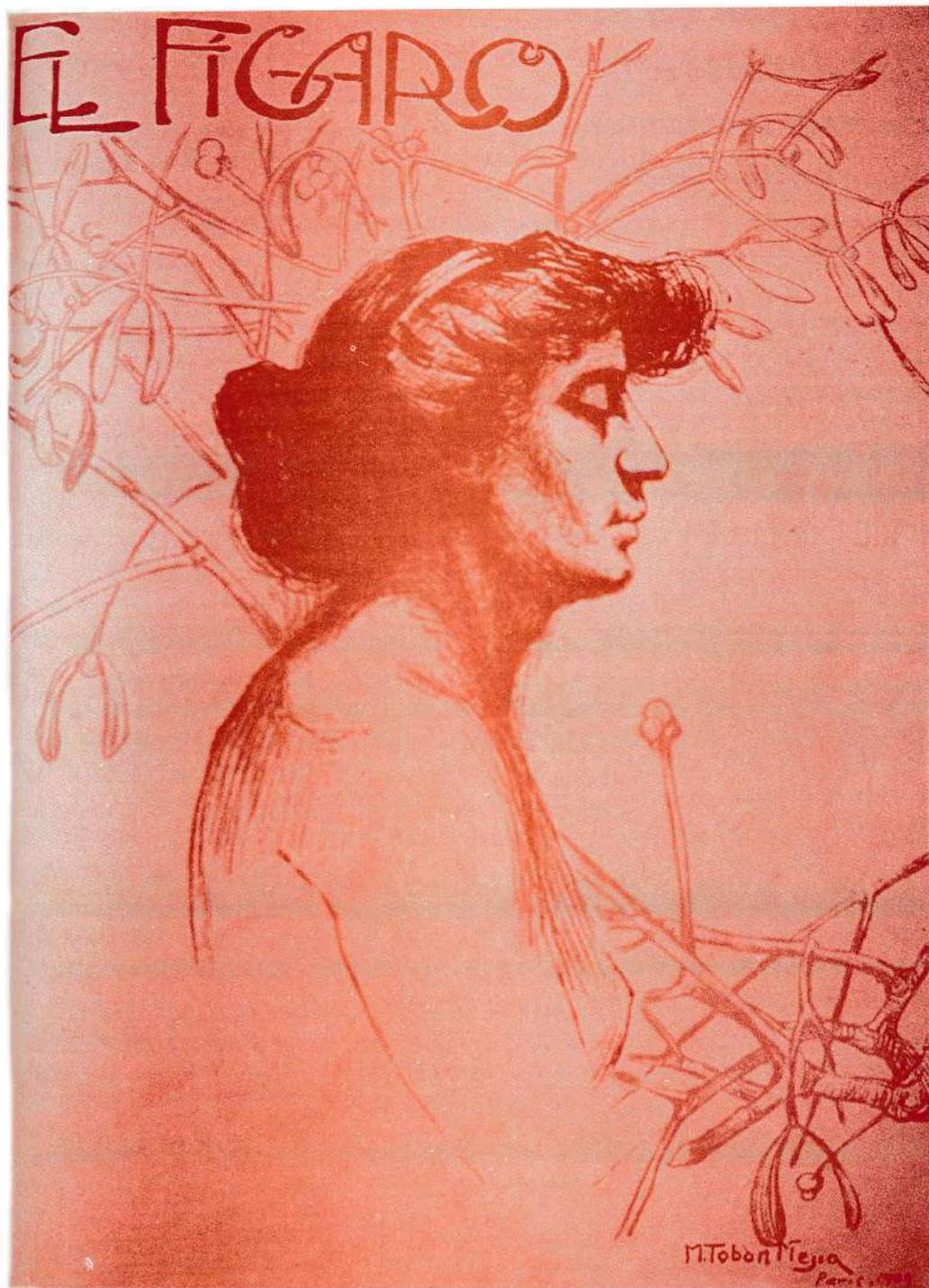
3. El concepto de proceso como cambio, que se esfuerza en reunir naturaleza viva y naturaleza muerta en su interacción en el tiempo, dentro de los modelos de producción de productos en la dinámica económica real.

No se está programando en ningún caso, una ceremonia de satanización de la Economía Política Neoclásica Ortodoxa, sino realizando una invitación para que ésta reconstruya los puentes con la Economía Política Natural Fisiocrática y con la Termoeconomía (Economía Natural Física) de Podolinsky y Soddy, que un día rompió. Se trata en todo caso de recordarle a la Economía que la sociedad no se mueve, en ningún caso, al margen de la naturaleza.

BIBLIOGRAFÍA

- ¹ R. Cantillon. *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*. Trad. por M. Sánchez. Fondo de cultura económica. México. 1950. P. 13.
- ² Idem, p. 28.
- ³ Idem, p. 20.
- ⁴ Idem, p. 19.
- ⁵ Idem, p. 50.
- ⁶ F. Dagognet. *Revoluciones verdes. (Historia y principios de la agronomía)*. Trad. por M. C. Gómez. Publ. Por Fac. Ciencias humanas y económicas. U. Nal. Medellín. 1997. 1. La primera revolución verde. P. 6.
- ⁷ R. Cantillon, opus cit., p. 21.
- ⁸ D. Hume. *Del conocimiento*. Trad. por J. Segura. Aguilar argentina de ediciones. Buenos Aires. 1980. P. 43.
- ⁹ N. Luhmann. *Sistemas sociales*. Trad. por S. Pappe y B. Erker. Anthropos Editorial. Barcelona. 1998.
- ¹⁰ N. Maquiavelo. *El Príncipe*. Cap. II. Editorial Bedout. Medellín. 1974. P. 16.
- ¹¹ D. Bergadá. "La matemática renacentista". En "*Historia de la ciencia. Edad Moderna, I*" (4 tomos). Dirig. Por F. Cid. Editorial Planeta. Barcelona. 1979. Pp. 110- 111.
- ¹² K. Polanyi. *La gran transformación*. Trad. por J. Varela y F. Álvarez-Uría. Ediciones La Piqueta. Madrid. 1997. P. 199.
- ¹³ F. Quesnay. *Oeuvres économiques et philosophiques. F. Quesnay. Fondateur de système physiocratique*. Publiées par Auguste Oncken. Francfort – Joseph Baer & Cie. Libraires – Editeur. Paris. Jules Peelman & Cie. 189. Boulevard St. Germain. 189. 1888.
- ¹⁴ J. J. Rousseau. "Economía Política". (Artículo publicado en el tomo V de la *Enciclopedia*, nov. De 1755). Trad. por F. Cubides. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá. 1982.

- ¹⁵ F. Quesnay. "Philosophie rurale". Chapitre 7. En *Physiocratie*. Flammarion. Paris. 1991. P.154.
- ¹⁶ F. Quesnay. *El Tableau Économique y otros escritos fisiócratas*. Trad. por F. Gispert. Editorial Fontamara. Barcelona. 1974. P. 199.
- ¹⁷ Aristóteles. *La Política*. Trad. por P de Azcárate. Espasa-Calpe. Madrid. 1989. P. 35.
- ¹⁸ Idem, p. 36.
- ¹⁹ C. Marx. *El Capital*. (3 tomos). Trad. por W. Roces. Fondo de cultura económica. México. 1959. T. III., p. 729.
- ²⁰ E. Labrousse. *Fluctuaciones económicas e historia social*. Trad. por A. Caamaño. Editorial Tecnos. Madrid. 1962. P. 371.
- ²¹ A. Humboldt. "La fuerza vital o el genio rodiano". En "*Cuadros de la Naturaleza*". Trad. por J. Nuñez de Prada. Editorial Iberia. Barcelona. 1961. Pp. 281 – 287.
- ²² E. J. Kormondy. *Concepto de ecología*. Trad. por M. C. Tellez. Alianza editorial. Madrid. 1994. P. 12.
- ²³ A. Smith. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Trad. por G. Franco. Fondo de cultura económica. México. 1958. P. 3.
- ²⁴ Idem, p. 3.
- ²⁵ Idem, p. 603.
- ²⁶ K. Polanyi. *La gran transformación*. (Crítica del liberalismo económico). Trad. por J. Varela y F. Álvarez-Uría. Ediciones La piqueta. Madrid. 1997. P. 127.
- ²⁷ Opus cit., p. 36.
- ²⁸ Opus cit., T. I, pp. 448 y ss.
- ²⁹ C. Marx. "*Trabajo asalariado y Capital*". En "C. Marx y F. Engels. *Obras escogidas* (3 tomos). Editorial Progreso. Moscú. 1973. T. I, p. 155.
- ³⁰ L. Walras. *Elementos de Economía política pura (o Teoría de la riqueza social)*. Trad. por J. Segura. Alianza editorial. Madrid. 1987. P. 155.
- ³¹ Idem, p. 157.
- ³² Idem, p.158.
- ³³ Idem, p. 160.
- ³⁴ Idem, p. 150.
- ³⁵ Idem, p.163.
- ³⁶ Idem, p. 165.
- ³⁷ Idem, p. 370.
- ³⁸ Idem, p. 163.
- ³⁹ F. Quesnay. *Physiocratie*. (Droit naterel, tableau économique et autres textes). Flammarion. Paris. 1991. P. 83.



RAMA DE GVI
Marco Tobón Mejía

Caudillismo y élites en la historiografía hispanoamericana (1898-1930)

Juan Guillermo Gómez García

A Natalia Vallejo

En un folleto titulado “La promesa de la vida peruana” (Lima, 1943) el importante -y en nuestro medio casi desconocido- historiador Jorge Basadre pone el acento en la preocupación de la conducción nacional y llega a anunciar que el problema de nuestros países no es “la rebelión de las masas”, sino más bien “el fenómeno de deserción de las élites”¹. Con esto estaba aludiendo a una preocupación sentida, ya desde principios del siglo, en obras como “Ariel” (1900) del uruguayo José Enrique Rodó, quien se enfrenta al problema de la masificación y pretende resolverlo en su difícil obra “Los Motivos de Proteo” (1907), mediante la vocación artística y el destino secular del individuo. En uno y otro caso, pese a la distancia de casi medio siglo de estas formulaciones, se eleva una pregunta esencial consignada en un presentimiento común, vale decir, el de un mejor destino de sus respectivos países ante la crisis intrínseca de la ideología liberal y la capacidad de cada individuo por velar por su realización secular.

Es necesario, afirma Basadre, volver sobre el problema de las élites, pues “un país no es sólo pueblo”. Un país también se compone de sus élites y son a las élites a quienes les corresponde, por razones diversas, conducir un pueblo. No hay nada reaccionario en esa formulación, dice Basadre, pues las democracias exhiben siempre un líder, una capa dirigente, a la que se debe obediencia, no por su origen aristocrático, sino porque se hace legítima acreedora de ese mando. Mando no es arbitrariedad, fuerza, usufructo fácil, lujo desvergonzado. Es coordinación y responsabilidad, ante todo; es “conciencia colectiva” de sus deberes, “unidad consciente” de las esperanzas y urgencias del pueblo que conducen en cada momento histórico.

Para el Perú, en el apretado cuadro histórico de Basadre, esto se traduce en las siguientes líneas: las élites peruanas, desde su época incaica, han estado siempre presentes, sucediéndose a lo largo de su historia, sobreponiendo y yuxtaponiendo sus diversos pasados. Los Incas fueron un imperio conquistador y la familia heredera del trono se elevaba sin discusión, pese a todo lo que quieran enfatizar las izquierdas sobre la constitución socialista de ese sistema jerárquico precolombino; asimismo los conquistadores españoles -y sus hijos los encomenderos por vía directa- se convirtieron en la nobleza de sangre, pretendiendo para sí los más altos puestos de la burocracia colonial y la repartición de tierras. Con las guerras de Independencia se observa un cambio en la conducción nacional: nuevos hombres, encarnados en ideólogos y políticos profesionales, le disputaron el poder a la nobleza tradicional, empobrecida en la contienda y sin posibilidad de exhibir un militar de altura para restaurar sus privilegios. En una situación acéfala, a diferencia de un Chile que conoció la paz pelucona, gracias a la obra de Andrés Bello, y su grupo de discípulos, quienes forman la capa culta dirigente portaliana, Perú conoció a mediados del siglo la anarquía y el caudillaje. Mas en medio del caos político reinante, se perfilaron durante siglo y medio “verdaderas élites, élites a medias, élites latentes, y también élites falsas y antiélites”². Se perfilaron, pero también llegaron a constituirse al cabo de trabajar en el orden administrativo y económico del país y hoy se hallan en el deber de responder por aquello para lo cual surgieron y por lo cual se legitiman. Pues, en verdad, unas élites además de aportar una mirada pragmática y eficiente al país, deben preservar el pacto o vínculo estrecho de comprensión con las masas. Se requiere de una “comunidad nacional”, entre dirigentes y dirigidos, para la prosperidad de país y Basadre funda su “promesa y algo más” de la vida peruana en ese pacto histórico reformulado para el porvenir.

El examen histórico y el diagnóstico político de Basadre sobre el papel de las élites para el presente del Perú son altamente significativos de una preocupación política que, si bien puede encontrar sus herederos ideológicos en el pensamiento conservador europeo, desde un Hipólito Taine hasta un Vilfredo Pareto, tiene también razones históricas propias, hispanoamericanas, que se encuentran igualmente en obras historiográficas que apenas llaman hoy la atención de politólogos, historiadores y sociólogos. Sin embargo, estas obras contienen un rico material de reflexión sobre nuestra constitución social y política. Un examen atento de “La Epoca de Rosas” (1898) del argentino Ernesto Quesada, “Evolución política del pueblo mexicano” (1900) del mexicano Justo Sierra, “El Cesarismo Democrático” (1919) del venezolano Laureano Vallenilla Lanz, “La fronda aristocrática de Chile” (1927) del chileno Alberto Edwards Vives y “Las Democracias Latinas de América” (1912) del peruano Francisco García Calderón, basta para especificar las circunstancias históricas que hicieron posible -no coincidentalmente- una vuelta al caudillismo del siglo XIX, como soporte a la legitimación de las élites patricias en los difíciles años de los asomos de la masificación de nuestros

países. El patriciado, por boca de estos historiadores, asumió la tarea de recurrir a un expediente autoritario (y hasta cierto punto tabú) para llamar la atención sobre los elementos tan vivos como perdurables de nuestra nacionalidad y sin cuyo examen atento resultaría una nueva aventura destinada al fracaso el formular un código revolucionario o si quiera conciliatorio a la nueva sociedad.

El examen fue motivo de reflexión histórica y de advertencia latente al porvenir, bajo la tácita o explícita insistencia de el Estado liberal jacobino, en su fe ingenua en el individuo, si bien no había fracasado rotundamente, si requería de una revisión decidida en esta parte del mundo. El resultado de estos múltiples intentos -¿ocurrencia retroactiva o simplemente verdad de a puño?- lleva a una pregunta fundamental: ¿quién deberá gobernar a nuestros países y por qué? Y en cuya respuesta se enunciaba una formulación de contraste de equívoco cuño anti-liberal. Así la obra de reflexión continental que desde Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Victorino Lastamirria, Ignacio Altamirano o Juan Montalvo se había perfilado a mediados del siglo anterior, se ve objeto de una revisión histórica que marca el inicio de una nueva época para nuestros países.

II

La primera obra que vale calificar de puntal en la larga serie de obras que pondría -ideológico-históricamente- contra la pared el Estado liberal en Hispanoamérica surge en momento en el que la actividad comercial del Río de la Plata se hace sentir en los mercados internacionales en forma decisiva (es la época de los "rastacueros" examinados por Rubén Darío) y Buenos Aires se presenta, orgullosa, como una ciudad soberbia, con trazos de grandes avenidas,

inspiradas en el modelo urbanístico del barón de Hausmann, con una vida intelectual propia, inmigración abundante, espíritu cosmopolita, optimismo, agitación y desenfado. La misma esperanza de ser una gran nación se podía tentar con los dedos y tanto la propaganda política como el mismo índice de exportaciones no daba lugar a dudas de que se encontraban los argentinos a las puertas de su "destino manifiesto". Las últimas décadas demostraban abiertamente que el esfuerzo "civilizatorio" del siglo de Sarmiento que concluía no había sido en vano. La "barbarie", vale decir, la penuria, había quedado atrás y el progreso se expandía, mostraba su vigor y no parecía escatimar sus bienes al grueso de la población, como había sido el sueño de la población urbana, como había sido el sueño de la generación anti-rosista. La paz administrativa del general Julio A. Roca reinaba sin casi discusión, a despecho incluso de los primeros brotes del radicalismo de Alem e Irigoyen.

En este clima de prosperidad económica y estabilidad política, da a luz en 1898 el hijo del prominente abogado, publicista e historiador y miembro del patriciado, Vicente G. Quesada, Ernesto, su obra polémica "La Epoca de Rosas". Sin un antecedente específico -aparte de algunos avances de Saldía- se trata de una abierta defensa del caudillo Juan Manuel Rosas, quien gobernó la Argentina entre 1828 y 1852. Abierta, enfática y sin embages: Rosas, para Quesada, fue el hombre necesario, el caudillo que logró sintetizar las fuerzas históricas de la Colonia y supo amalgamarlas con el ideal igualitario de la Independencia. Rosas fue eso y mucho más: fue quien puso el piso firme para la constitución nacional, sin salirse del cauce de la naturaleza interna social, con el oído presto a las necesidades de su época, al saber interpretar al hombre argentino, sin artificio ni veleidades. El dictador Rosas se convertía en una fatalidad frente a la cual el

juicio de la historia debe ser no sólo benévolo sino peculiarmente comprensivo. Comprender a Rosas es, según Quesada, comprender la marcha de la historia, tal como ella se presenta a un pueblo: natural, continua, cristalina como un gran río caudaloso.

En la "Advertencia"³ a la segunda edición de su obra después de veinticinco años de su primera publicación, en 1923 por el "Instituto de Investigaciones Históricas", de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, anota Quesada que, ciertamente, el libro en su aparición "fue considerado como una verdadera herejía doctrinaria". Los elogios provenientes de Juan Agustín García y de Leo S. Rowe le son suficientes como testimonio de la significación del contenido de su estudio, hoy tal vez tenido "como un truismo conservador", aunque ayer considerado por su "audacia revolucionaria". Pese a la distancia de los juicios emitidos en su primera edición, le resulta grato a Quesada ratificarse en sus criterios y declarar que el libro que se reimprime "es el homenaje de la generación nueva a la generación que pasa y que muy pronto del todo habrá pasado...". En una palabra, que la nueva edición sale remozada por el paso de los años, haciéndose innecesario realizar, aparte de su interesante y densa "Introducción", titulada "La Evolución Social Argentina", cualquier otra modificación.

La argumentación histórica central de Quesada parte de la suposición que la época de Rosas es la más interesante y al mismo tiempo la más compleja de entender en la historia argentina. La pasión ha animado todas las interpretaciones, sin haberse podido llegar a un acuerdo sobre el sentido último de los veinticinco años en que gobernó Rosas autárquicamente el país y las consecuencias que ese gobierno produjo en la formación de la unidad nacional argentina. Hipólito Taine mismo le ofrece la imagen de la "antigua Francia", tan nítida para entender la vieja Argentina que desea retratar y captar en su miseria y resplandor. La evolución nacional, desde la formación colonial, debe ser desenvuelta a los ojos del lector con el fin de ver ese hilo conductor, vigoroso e inalterable, que ata la vida nacional al ovillo del federalismo. En el "Antiguo Régimen" se encuentran las claves de la historia, el sentido de la tradición y las normas que guían con acierto ese destino nacional.

El federalismo es la condición natural, legítima, de la historia argentina: este es el axioma de Quesada. Él ha dado esa atmósfera de amor local y regional que domina los resortes internos de nuestras instituciones públicas y de nuestros sentimientos patrios. La colonia dispuso, por las grandes distancias y por el régimen de encomiendas, esa constitución básica y es lógico que en las subsiguientes etapas haya sido imposible romper el vínculo afectivo, la solidaridad orgánica, para decirlo con Ferdinand Tönnies, que imponía la configuración del territorio y sus hombres. "De ahí, pues, que penetrando en lo hondo de las cosas, lleguemos a este resultado", dice Quesada: "el federalismo argentino no ha sido una invención, ha sido una evolución"⁴.

Así como el federalismo ha sido producto consecuente con la larga evolución colonial, el centralismo es una "creación convencional", un abrupto ideológico importado por las cabecillas extraviadas de la capital. Buenos Aires ha producido el engendro del centralismo, una idea exótica que no se compadece con la evolución histórica ni es consciente de las consecuencias negativas derivadas de ese impulso "esencialmente metropolitano, aristocrático por esencia". El sustrato ilustrado de la idea de centralismo, impuesto a la nación argentina por una camarilla de académicos presidida

por Rodríguez y Rivadavia hacia 1820, es el mal momentáneo, el mal del abuso de la razón abstracta en contra de la naturaleza concreta de la historia. Las convicciones del grupo rivadaviano -procedente de Moreno y sus revolucionarios jacobinos- estaban ancladas en la fantasía y nada garantizaba su aplicación ni realización en la práctica. En ese juego de señoritos porteños no se comprendió la estructura federal de la nación y se desató una anarquía incomparable que dio lugar a la aparición de los caudillos. El odio ciego a la ciudad proveniente de las provincias definió, en adelante, la balanza del poder. En los desdichados años del caos y la violencia incontenible, una vez fusilado el gobernador Dorrego en 1827 por órdenes del unitario Lavalle, se hizo sentir el deseo de un orden, de un gobierno fuerte y de mano dura, y surgió de las mismas entrañas de la nación el “héroe del Desierto” Rosas.

Rosas representó eso: el exceso necesario ante el exceso inocuo. El freno a la anarquía y la imposición de un nuevo orden de cosas que muy bien se puede pensar como decisivo. La dictadura se impone como un llamado natural y su aparato de terror pacificador, la tenebrosa “mazorca”, (logia paramilitar rosista) hacían parte del “criterio de la época”, fácil salida verbal con la que Quesada pasa a justificar - más allá del simple panegírico partidista- la acción brutal de gobierno de Rosas que se le presenta como un espectáculo grandioso que resume la marcha dramática de la Argentina. El gobierno de Rosas forma el núcleo de la interpretación de la vida histórica nacional, en la que viene a dominar ese positivismo pesimista que ve en la fuerza de los acontecimientos, más que en la responsabilidad de los individuos, la última justificación y explicación de la historia.

En efecto, Rosas se justifica para Quesada por el simple hecho de que Rosas fue lo que fue. La dictadura prolongada, la violencia del Estado, la férrea marcha de la administración, todo cobra el tinte de un gran fresco, lleno del colorido fuerte de la época, de los impulsos fuertes de hombres recios y sin atenuantes, de grupos sociales más simples y mucho más definidos en su simplicidad primaria de mandones y mandados. Quesada lo percibe así, y el enfrentamiento de las facciones políticas se deriva de un verdadero cisma, lucha entre la arraigada tradición y la innovación impuesta por la capital. Esta lucha, sin embargo, está decidida de antemano: el héroe Rosas, “el Luis XI de la historia argentina”, perteneciente a una de las familias más aristocrática del país, fue el gobernante autoritario, fuerte, el “gobernante de una pieza”, que requería el país y ante cuya fuerza se doblegaron los grupos sociales que vieron en él la fuente última y máxima de la legitimidad política. Rosas es la fuerza irresistible de la historia argentina contra las convicciones utopistas irrealizables de los termidorianos poteños.

Hombre de Estado extraordinario, Rosas fue además, como administrador al igual que Felipe II. Todo lo examinaba, ningún documento escapaba al control de su vista implacable y a su infatigable celo fiscal e inquisitorial. La faz financiera acompañó esa tarea de control político-fiscal: suprimió gastos y emitió papel moneda sin garantía, impuso nuevos impuestos y forzosas exacciones, eliminó las instituciones superfluas para la nación: la casa de expósitos, la universidad, los hospitales, las escuelas públicas, pues por razones de orden público no podían ser atendidas por el tesoro estatal. En suma, aparato represivo, control administrativo y freno fiscal fueron los resortes que garantizaron su permanencia en el poder durante décadas (1828- 1852): este sistema le permitió afrontar los gastos del Estado, sufragar las guerras y

luchas civiles y crear una institución de saneamiento fiscal que bautizó Banco de la Provincia y ... itodo realizado con una honradez ejemplar!. La tierra, sus hombres y costumbres parecen contribuir a una defensa a ultranza de Rosas; desde su ascenso al poder, al vengar la sangre del gobernador Dorrego hasta la derrota en Caseros en febrero de 1852 por el Ejército Grande” tripartito, cuyo resultado final, su derrota, “fue más bien una retirada deliberada del escenario político: su misión histórica había terminado”.

Mas lo interesante del análisis de Quesada se pone presente al examinar las fuentes ideológicas a que recurre, de la larga lista de autores del siglo XIX, que contribuyeron a definir la maraña anti-revolucionaria, teniendo a la vista los excesos de terror de la Revolución francesa. Quesada, no por mera casualidad, va de la mano de Taine para sostener, conforme a “Los orígenes de la Francia contemporánea” que no es posible fundar una nación con un golpe de suerte: con una Constitución, con un súbito pacto nacional, entre individuos o grupos constituyentes *ad hoc*. Las ilusiones de Moreno, primero, y después de Rodríguez y Rivadavia, de promulgar una Constitución centralista son para Quesada el prólogo al desangre nacional, pues en esa intención negaba el “tesoro feudal”, el anhelo íntimo de las localidades. Este sentimiento profundo no se puede romper de un tajo y esto fue lo que vino a representar Rosas: una evolución trascendental, una síntesis que retomaba el respeto de la autonomías provinciales y la necesidad de una centralización moderada, como una irradiación natural que lograba contrarrestar las fuerzas centrífugas que habían dominado una vez roto el lazo con España. El caudillo de caudillos prolongaba la historia, no la frenaba. En su acción cabe valorar los fines, no los medios; y esos fines fueron cumplidos a cabalidad, más por la interpretación acertada de los elementos vernáculos, constitutivos de la vida nacional, de su carácter y forma específica de jerarquías y solidaridades, que por la imposición de un ideal importado sin solidez y arraigo.

La tesis restaurativa de Quesada abusa de la necesidad y considera innecesario, bajo el estado de excepción permanente, escoger los gobernantes mediante el sufragio popular, deponerlos en caso de conducirse inadecuadamente mediante reglas constitucionalmente determinadas y formar un cuerpo de poderes debidamente diferenciados. En una palabra, rehusa la tradición revolucionaria. Rosas suplía, por fuerza de las tradiciones locales establecidas, ese régimen de derecho, para imponer un régimen de rigor, decisorio en ese estado de excepción permanente, amalgamando los poderes, ejecutivo, legislativo y judicial como criaturas suyas, hijas de las circunstancias mismas que lo llevaron y mantuvieron en el poder por largas décadas. La popularidad de su gobierno lo pone así de manifiesto. Pues Rosas, sin recurrir a los medios artificiosos de las elecciones, podía sustentarse en la base de sentimientos popular y demandar de ellos el apoyo necesario. De ese sentimiento -de un bonapartismo sin epos, se debe subrayar- derivaba Rosas, según Quesada, “la suma de poder”, en la que “el terror y demás accidentes”, “no fueron sino la forma de consolidación del poder real de las multitudes, afianzado por el poder económico del gobierno”⁵.

La popularidad, vale decir, el sentimiento de adhesión incondicional de amplias capas de campesinos y marginales urbanos, fortaleció indefectiblemente la obra de gobierno de Rosas. Sin esa adhesión Rosas no hubiera sido Rosas, ni su figura podría restaurarse en forma tan audaz por un historiador de la altura de Quesada. Esa popularidad, basada en el vínculo sentimental, en la relación directa de señor hacendado-siervo, estanciero-gaucha, es la base de su legitimidad dictatorial. El anti-

intelectualismo de Rosas-Quesada se pone de presente al desdeñar la tradición revolucionaria de los derechos humanos como un estatuto genérico universal, para introducir además de la salvedad, ya esgrimida por Edmund Burke en sus "Reflexiones sobre la Revolución Francesa", que los hombre participan de "iguales derechos; pero no a cosas iguales", el peso vigoroso de las circunstancias, "el criterio de la época". Este podría valer como catalizador de las fuerzas nacionales, pero igualmente de servir de respaldo a toda masacre, a toda violación, a toda persecución, a todo degüello. En la salvedad y la excusa se introduce un pérfido relativismo, una irresponsabilidad acumulativa que otorga a la historia, como máquina y sistema, como estructura ciega, el imponderable de una excusa declarativa. El pueblo, o si se quiere, el populacho respalda la acción del caudillo; lo aplaude y le sirve de cómplice perfecto. En él recae, en últimas, toda la barbarie y el salvajismo, siendo Rosas guía intérprete de la ley natural de la vida espontánea de ese actor anónimo y como anónimo injuzgable. La historia se solapa en la vida popular, la complementa, a la vez que es la base plebeya el aliento mismo de la vida histórica. El carácter representativo de Rosas se juzga, en Quesada, por ese accionar inconsciente de fuerzas que proceden del pasado y que fundamenten en un amplio soporte social; a la posteridad le queda sólo corroborar esa correspondencia y ponderar los resultados.

La vitalidad de la tesis de Quesada encuentra respaldos ideológicos suplementarios. Raph Waldo Emerson le proporciona la idea de la representatividad, no en el sentido del parlamentario burgués, sino de encarnación de un ideal humano. Rosas lo es para la Argentina, por sus rasgos profundos mirados a la distancia, por los contornos de su filosofía histórica. Y sin llegar a encastillar a Rosas en la categoría

de alguno de los "genios" de Thomas Carlyle (otro autor que cita, aunque no con la recurrencia de su predilecto Taine), sí se le presenta a Quesada muy superior a sus contemporáneos como hombre pragmático (otro síntoma llamativo de su inclinación conservadora) y, en suma, la forma más acabada de la nacionalidad de su país. De Alphonse Daudet autor del libro "Cartas de mi molino" (1866) coge al vuelo su idea del telurismo hispanoamericano y postula una evolución lógica para nuestras naciones, que encontrarán pronto el hilo perdido para proseguir su normal "marcha orgánica". Para decirlo con sus propias palabras, todo "es cuestión de criterio".

III

En 1900, año de la quinta reelección de Porfirio Díaz a la presidencia, inicia Justo Sierra la publicación de su magistral obra "Evolución política del pueblo mexicano", que inicialmente aparecería en cinco entregas en la "Revista Nacional de Letras y Ciencias". El fundador de la "religión política de la paz"⁶, como muy comtianamente bautizaba Sierra a Porfirio Díaz, se encontraba en su esplendor, tras haber gozado México de veinticinco años de una comparativa estabilidad pública, regularidad gubernamental y prosperidad económica manifiesta. La consolidación de la red ferroviaria, el fortalecimiento de la agricultura y con ella del sistema hacendario y la reactivación de la actividad minera se mostraban como realizaciones que justificaban de sobra un régimen de signos absolutistas. En efecto, el porfiriato que, desde 1877 hasta 1910, dominó autocráticamente parecía ser eterno y resumir en una fórmula lograda la legitimidad política mexicana. La era del caudillismo anárquico que se extendió de Iturbide a Santa Anna (de 1822 hasta 1865) y las crapulosas intenciones del

partido clerical constituían, al parecer, un pasado sellado por su infamia, oprobio y necesidad, y por esto no le resultó difícil ver al honrado educador Justo Sierra en la dictadura del porfiriato un momento decisivo, a saber, la estación final en la que México se reconciliaba consigo mismo en el espejo de su evolución positivista.

A diferencia del libro de Quesada (que hasta cierto punto se contrae a ser una biografía encomiástica de Rosas), el de Sierra se mueve en un panorama histórico más dilatado. Parte de una indagación sobre las tribus aborígenes que poblaron, en diferentes eras, el territorio mexicano desde épocas de las que apenas quedan vestigios, llegando a los años contemporáneos del porfiriato. El aliento de la empresa es de por sí abrumador, y de no ser su autor un conocedor pasmoso de la historia política y social de su país ni contar con una capacidad de síntesis envidiable, casi se podría sospechar de su seriedad. El lector, el conocedor y el lego, puede salir satisfecho, tras la narración de cerca de cuatrocientas páginas de este cuadro abigarrado, rico en detalles y pormenores, del que no se pierde la atención central gracias al hábil hilo conductor en torno al que éstos transcurren. Viva y brillante, la historia de México corre a los ojos de ese lector que acaso pide alguna pausa para recuperar la atención que merece un texto ensayístico, en el doble sentido de experimental y bello.

Para Justo Sierra, México ha logrado su síntesis histórica, es decir, ha incorporado a su evolución histórica todos los elementos que se encontraban contrapuestos o simplemente yuxtapuestos a lo largo de los siglos. La metáfora predilecta es la de asimilación (biológica). El resultado de esa evolución ascendente se puede resumir en sus estaciones más sobresalientes: el lento poblamiento de diversas etnias precolombinas, hasta su unificación por el pueblo guerrero de los Aztecas; la dramática y cruenta Conquista del Valle de México emprendida por las huestes de Hernán Cortés; el largo período de la Colonia que sirve de especie de crisálida a la futura nacionalidad, en el que cabe las regencias virreinales primero bajo los Austrias y después bajo los Borbones; el movimiento de Independencia encabezado por el cura de Dolores don Miguel Hidalgo; la desesperante y pintoresca sucesión de atropellos y anarquía caracterizada como caudillismo que conoció en la figura de Santa Anna su manifestación más brutalmente representativa; la anhelada Reforma fortalecida por Benito Juárez y refrendada, paradójicamente, por la invasión napoleónica, a cuya cabeza se dispuso del ingenuo ambicioso y desdichado Maximiliano de Austria, y, en fin, el proceso de conjunción feliz de las décadas de Porfirio Díaz, suma genial de las fuerzas en pugna.

Sierra se mueve entre el ardor patriótico y la justificación política del porfiriato. Las páginas de sincera admiración por la figura precedente del indio zapoteca Juárez (!que hasta supo morir a tiempo!) y las dedicadas a su resistencia civil y militar frente a la invasión en 1863 de “Napoleón el chiquito”, como lo llamaba Victor Hugo, sirven de cuadro dramático y a la vez propiciatorio a la pacificación vigorosa y efectiva del “hombre extraordinario en la genuina acepción del vocablo”⁷, del Presidente Díaz. Sin ser el “arcángel apocalíptico” ni el “tirano de melodramática grandeza”, Díaz enfrentó el problema nacional a la luz del orden público y el progreso material. Su éxito garantiza su dilatada permanencia, vista más como necesidad histórica que como capricho personal. La “voluntad nacional”, no propiamente “el voto” popular, consagró su misión suprema: en él debían sumarse todos los poderes, para hacer efectiva su misión. Las cámaras legislativas, las gobernaciones de los Estados, la judicatura en su conjunto deberían respaldarlo sin restricciones, depositando en él “un poder indefinible”. Puede bautizarse, dice Sierra, como quiera esta forma

singular de despotismo, “con el nombre de dictadura social, de cesarismo espontáneo”, pero de hecho Díaz era la encarnación del gobierno providente, ante la situación de inestabilidad pública y economía errática que agobiaba a México al momento de su ascenso al poder. Su autoridad moral, íntima, validaba esa gestión nacional. En el cielo de la patria, el Presidente Díaz alumbra como la estrella del porvenir, sereno y grande.

El propósito de Sierra queda, de este modo, claro y su argumentación básica parte de una convicción y un rechazo profundo. Cree Sierra en el poder de los hechos, en la evidencia de la paz pública y el desarrollo social como la meta natural de la historia. Su rechazo contra el clericalismo (producto de una mentalidad mítica) y toda demagogia jacobina (derivado de la actitud metafísica) es enconado. Uno y otra han actuado en la vida nacional, respondiendo a sus intereses desmedidos, en forma negativa, aunque no menos propia de un proceso de gestación. Las fantasías monárquicas de un Lucas Alamán tienen, para Sierra, de antipatriótico la misma proporción de anticientífico. El atizamiento innecesario de las disputas doctrinarias es síntoma de la inmadurez, además de la insensatez de sus portavoces. Sus deficiencias en materia de conocimientos científicos son sus manchas morales. El reducto del escolasticismo verboso y embriagante, por su propia naturaleza, es la fuente de sus errores políticos, de su incoherencia y de su perpetua improvisación. El tono mesiánico de sus doctrinas ofusca el espíritu, aturde el entendimiento y entorpece la acción. De ahí que Sierra no se limite a narrar la historia y presentar sus actores, sino a juzgar desde el alto tribunal de su moral positiva. Este sistema de pensamiento, ciertamente, el más influyente en la vida pública latinoamericana (como lo fue, aunque en menor medida, el krausismo en España), le ofrece, así, el criterio

para evaluar los avatares políticos a la luz de las prioridades teleológicas de su evolución histórica nacional.

Así como Quesada ve en Rosas la síntesis de los pasados colonial y republicano, al ahogar de un lado las disputas territoriales de los caudillos y al expulsar de otro del país la oposición verbal de los jacobinos porteños, asimismo ve Sierra en Díaz, acaso con mejor razón, la integración de las disputas en conflicto en su acción gubernativa. En uno y en otro caso su legitimación descansa, no en la voluntad popular de corte liberal, sino en una autoritarismo sustancial extractado de la misma historia nacional. Quesada parte del localismo federal argentino, ya vigoroso en la época colonial, para resumir sus tensiones entorno al caudillo de caudillos, Rosas, mientras Sierra muestra, o pretende mostrar con galanura por demás, que la larga evolución que se pierde hacia atrás con la noche prehistórica, logra su cenit en su momento actual. El distanciamiento que por esos años sentía Sierra⁸ del autocratismo de Díaz no obstaba para afirmar el origen de legitimidad incontrovertible de Díaz y su misión histórico-nacional. Lo que todavía restaría indagar es la razón por la cual Quesada no admira en la política del general Justo A. Roca, en cuya órbita giraba la vida Argentina de fin de siglo, lo que indeclinablemente enfatiza Sierra a favor del general Díaz.

La “Evolución política del pueblo mexicano” es, en suma, el manual histórico que toda nación, en el curso de cada una de sus generaciones, debería poseer como cartilla de civilidad o como fórmula sintética de sus ideales. La transitoriedad de éstos no es objeción a la significación simbólica de los monumentos intelectuales, que como todo monumento se destiñe o renueva con el paso del tiempo. La explicación adicional, la adenda y el escolio de las generaciones posteriores son parte

sustantiva de cualquier acontecimiento intelectual. Su indiferencia es síntoma de un clima cultural que se parece demasiado a la intolerancia. Saber conservar y transmitir es el secreto de una civilización que ve en los fragmentos del pasado las cuestiones decisivas de su porvenir. La amnesia colectiva se semeja a un misionismo callado que no merece la obra de Sierra; con todo, la restauración debe medirse, con la generosidad que demanda su afortunada realización como empresa histórico-literaria, pero también con la crítica que parte del hecho no menos impresionante de la Revolución Mexicana, que siguió como reacción al autoritarismo de Díaz y a los excesos de sus favoritos y beneficiados. Pues lo que Sierra ve como un ciclo feliz y acabado era, en verdad, un preámbulo autosatisfactorio de la tragedia colectiva que se inicia con el asesinato de Francisco A. Madero en 1911. Si Sierra no se puede juzgar por acontecimientos que no podía prever, sí debe reprochársele su voluntarismo excesivo, su manifiesta miopía ante el problema social que escondía la falsa calma político-administrativa del porfiriato. Pues, después de todo, la falsa calma no es la mejor calma.

IV

Si Argentina y México habían alcanzado una relativa prosperidad económica al iniciarse el siglo XX, que los ubicaba entre las naciones con un futuro promisorio, unas pocas décadas adelante Venezuela lograba un brillo comparativo, gracias al petróleo, producto que cada vez cobraba una mayor significación en el mercado mundial. Caracas despertaba del letargo que en 1902 daba lugar a una novela tan desesperanzadora, política y moralmente, como es "Idolos Rotos" de Manuel Díaz Rodríguez. La década de los veinte se abría con suficientes razones para creer en el maná negro: Venezuela, bajo la dictadura militar de Juan Vicente Gómez, pasaba de la extracción de un millón de barriles de petróleo al iniciarse la época feliz a más de ciento cincuenta millones quince años más tarde. El patriciado encuentra en esa etapa de transición abrupta, en medio de un país aún dominado por el sentimiento caudillista de Páez y Monagas, un papel equívoco que bien pudo encontrar a través de sus intelectuales respuestas igualmente transitorias y equívocas.

Es, sin duda, la obra "El Cesarismo Democrático" de Laureano Vallenilla Lanz, una de esas reflexiones históricas esperadas, que vuelven a poner en un orden propicio de ideas aquellas demandas latentes de toda una clase social o de sectores flotantes en búsqueda de una solución satisfactoria⁹. Vallenilla Lanz, él mismo miembro de ilustres familias de conquistadores, proporciona un libro polémico, de crítica histórica y reflexión sociológica sobre los fundamentos de la legitimidad política venezolana, de una significación nada desdeñable para su país. Su sociologismo, enmarcado en la tradición positivista conservadora, no deja de ser agudo, documentado, algo falto sin duda de continuidad descriptiva y apegado a una serie limitada de fenómenos sociales, mas sorprendente en la acertada mención de los temas que pone sobre el tapete de la discusión pública.

Vallenilla abre en Venezuela, al igual que Quesada en la Argentina, un ciclo de discusiones en torno al pasado nacional, arriesgando una interpretación sobre las bases constitutivas de la sociedad, cuyo sello se denuncia fácilmente. Se trata de una respuesta de tono anti-ilustrado, o más bien de crítica a la ingenuidad dogmática de juristas imbuidos en una retórica liberal constitucionalista, en la que no cabe la reflexión sobre la base real que determina los acontecimientos históricos y hace

viva o papel muerto el texto constitucional (el tema ya había sido tratado por el mismo Bello en su escrito "Constituciones", más de medio siglo atrás). En otros términos, Vallenilla Lanz arroja un nuevo material combustible a la encendida polémica sobre los fundamentos de la democracia venezolana, aduciendo a favor de un régimen fuerte la fórmula sintética del "Caudillo necesario".

Este héroe obtendrá la categoría política del paladín de la causa anti-revolucionaria del último tercio del siglo XIX, conforme al del dotado crítico literario e historiador, Hipólito Taine. La respuesta de Vallenilla se sustenta aparentemente a posteriori, luego de una seria indagación de los móviles de la Independencia y sus consecuencias para la vida pública en Venezuela. Las costumbres, los instintos y la psicología de las masas no cambian de la noche a la mañana, anota Vallenilla Lanz. Ellas no pueden ser objeto de una transformación súbita, sino que hay que esperar el largo y difícil camino de la evolución orgánica de la sociedad para esperar una transformación favorable para la vida democrática. Lo que son estas costumbres sociales, estos instintos y esta psicología nacional y lo que se puede esperar de su evolución, es el foco de atención de un libro que aún hoy ofrece inquietantes observaciones para el análisis social de nuestros convulsionados países (muy en particular de la violenta Colombia).

El argumento central del libro parte de la afirmación que la guerra de Independencia fue una guerra civil. El odio labrado en medio de la contienda se vino a sumar al odio heredado por la estructura señorial de la época colonial. Venezuela, como las otras colonias americanas, se componía de una mezcla explosiva en la que el blanco, dominador y minoría, era objeto del rencor de los hombres de color, en todos sus matices. La formación misma de esa

aristocracia era espúrea, pero, con todo, no dejaba de ostentar los privilegios propios de su rango. La Venezuela de los llamados mantuanos, señores dueños de la producción del cacao (de ahí viene la expresión "el gran cacao", para referirse a un gran hombre), ofrecía un espectáculo social en el que dominaban los prejuicios de la pureza de la sangre, propios de la España contrareformista, con consecuencias palpables: quien no pudiera demostrar satisfactoriamente sus títulos sin mancha racial, no podría aspirar a pertenecer a corporaciones científicas, órdenes militares, comunidades religiosas, cofradías, cargos públicos elevados, etc. El código racial era tan estricto como apocrófico, como aprócrifo lo fueron las aristocracias del continente. Vallenilla Lanz acude a los ejemplos traídos por Jorge Juan y Antonio de Ulloa para el Perú virreinal y por Amunátegui y Vicuña Mackenna para Chile, en los que queda plasmada la ambición de perpetuo arribismo de unas élites nacionales, cuyos abolengos están siempre en cuestión. Enrarecida genealogía que no obsta para servir de envidiado paradigma del orden social.

Este espíritu de casta de las élites criollas produjo, para Vallenilla Lanz, un odio latente entre las clases populares que encontró oportunidad de manifestarse explosivamente durante las guerras de Independencia. Boves expresó sintomáticamente esa profunda animadversión al blanco criollo, suma y representación odiosa de los privilegios de casta. Expresó además este militar español la impopularidad de la causa emancipatoria, vista por los hombres del pueblo como ajena, abstracta, incomprensiva. La palabra libertad y su contenido revolucionario no tocaba la epidermis de hombres fieros, sedientos de sangre, llenos de rencores y con sed irreprimible de posesión de tierras. Estos fueron los mismos hombres, sostiene insistentemente Vallenilla Lanz, que cambiaron de bandera una vez liquidado su jefe realista, y les valió lo mismo

alistarse a la causa independentista, pues en uno u otro bando encontraron la excusa del robo, la violación y el saqueo. Sin la comprensión de este resorte profundo de la “psicología de nuestros llaneros”¹⁰, hubiera sido prácticamente imposible para Bolívar y Páez obtener el apoyo para sus largas y agotadoras luchas.

Contra este sustrato primitivo, instintivo de los hombres que hicieron la guerra a España, no pudo hacer mucho Bolívar. El mismo pudo percibir con claridad la enorme fatalidad que significó la desaparición de la élite nacional, durante los primeros años de conflagración. El país quedó sin cabezas visibles, sin hombres de alta cultura, sin un grupo preparado para dirigir la nación. De ahí que Bolívar temiera más la paz que la guerra. Pues en la guerra se requiere de valentía y astucia, pero en la paz hace falta cabeza y talento. Lo primero abundaba entre los llaneros, lo segundo fue de una escasez abrumadora, al iniciarse la prosaica construcción de la vida independiente.

Miseria, corrupción, intrigas, todo se confabulaba para retrasar la marcha de la administración en esas primeras décadas republicanas. Las medidas de fuerza tomadas por los libertadores no bastaban para contener los apetitos desatados de las castas, ya uniformadas de oficiales. El ejército presentaba un grado enorme de ignorancia, el abuso era el pan diario de cada día y las ambiciones no cesaban. El mismo desprestigio de Bolívar ante las masas aumentaba en la medida que él buscaba frenos para contener la hecatombe. Estos hombres acostumbrados a errar, a ser nómadas sin control, además de envanecidos por sus grados castrenses, ofuscaban los intentos de establecer un orden sobre las leyes. Las leyes, los códigos y las constituciones eran papel muerto, hojas impresas sin poder ni legitimidad. Puro exotismo ilustrado. Bolívar sucumbía sin remedio, rumbo al exilio.

Contra este lamentable estado de cosas, afirma Vallenilla Lanz, cupó actuar a Paéz. El fue el “Gendarme necesario”; “el gendarme electivo o hereditario”, como toma cita de Taine, “de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y por el temor mantiene la paz”¹¹. El caudillo prestigioso, héroe de las guerras patrias, temible por su carácter, además de excepcional en su esfuerzo de autodidacta (a los 18 apenas sabía firmar), conjugó los elementos indispensables para erigirse sin discusión en el hombre que requería Venezuela para salir del caos y enrumbar la constitución de la nacionalidad. El episodio en el que Bolívar, en contra de Santander, “el hombre de las leyes”, da a Páez el visado para proseguir en su mando de Venezuela, es clímax de un enfrentamiento, en el que el sentido de las fuerzas políticas eran examinadas con prudencia y tacto por el Libertador. Era el reconocimiento de un poder de hecho, en el que los “preceptos”, “los códigos abstractos”, eran vistos no sin razón como cosa de “plagio”, “servil imitación” de una democracia aérea, sin piso social ni cultural.

Se enfrenta de este modo Vallenilla Lanz al vidrioso problema de la legitimación del poder en Venezuela, y lo absuelve con una fórmula autoritaria. El mal político reclama una salida de fuerza. No debe olvidarse que el jacobinismo se presentaba como una funesta reliquia del pasado y que no resultaba demasiado contradictorio en los años veinte de este siglo acudir a formulaciones en las que se combinan elementos políticos contradictorios. Engendros doctrinarios como el nacional-socialismo sirve de ejemplo de ello: un totalitarismo político podía hacerse verbalmente compatible con una causa social. El “Cesarismo democrático” de Vallenilla Lanz resulta mucho más inofensivo, aunque contiene gérmenes de una perversión llamativa. De Taine, ya se dijo, pero también de

Ernest Renán, el autor de la dulce y a la vez herética “Historia de Jesús”, y de Gustav Le Bon, el autor de la decisiva “Psicología de las masas”, Vallenilla Lanz obtiene conceptos y sugerencias para su formulación. El conjunto es sugerente, mucho más estimulante que la defensa rosista de Quesada, no cabe duda. La filiación directa con el dictador de turno, Gómez, es un dato adicional, pero no el central de la propuesta, pues la presentación del problema es, en líneas básicas, acertado, pero sólo en la medida en que el diagnóstico correcto obtiene un tratamiento con una droga falsificada.

Vallenilla Lanz apura una solución política nada anacrónica, una rápida salida a una preocupación profunda y vivamente sentida, en la que se desvía la atención del fenómeno de las masas urbanas que anunciaban la Venezuela contemporánea. El vistazo sociológico, sintético y preciso, de la historia de Venezuela desemboca, desafortunadamente, en una formulación institucional *ad hoc*, de guiño fácil para la represión del protectorado castrense en boga. Esa ambivalencia debe ser anotada. Vallenilla Lanz era consciente de que con la Independencia, el marco de la violencia socio-cultural quedó definitivamente abierto. Que si esos hombres eran rudos e incultos, no era culpa de ellos, sino de la indolencia y la mala fe de la administración virreinal. Pero también supo callar que un siglo no corre en vano, y que si las huestes de Paéz eran fruto espontáneo de la historia de la primera revolución, las de Castro y Gómez eran una reproducción burda, que comportaban un atraso y una patología acaso impensable. Vallenilla Lanz se limitó a introducir el dedo en la llaga del pasado, para ponerle un cataplasma artificioso a la del presente. Todo el asunto merecía, sin embargo, una más penetrante reflexión que la otorgada por un Eduardo Santos, al otro lado de la cordillera, quien apenas comprendió, a juicio de su reseña, el título del

libro de Vallenilla Lanz¹². Lo desvirtúa por el tufo popular del gendarme que allí se invoca: los hombres de origen humilde fastidían al “lanudo” colombiano. ¡Más faltaba!

V

En medio de una agitación partidista sin precedentes, caracterizada por la presencia activa de sectores medios y populares que vieron en Arturo Alessandri el genuino alter ego de sus demandas, escribe Alberto Edwards Vives a lo largo de 1927 una serie de trabajos periodísticos recogidos en libro con el llamativo título “La fronda Aristocrática en Chile”. El “diletante inteligentísimo”, como acierta denominarlo el importante historiador Mario Góngora, ofrece un cuadro sintético y animado de la vida política chilena, muy en particular desde Portales hasta la presidencia caudillesca de Alessandri. Chile abría los ojos al espectáculo que le ofrecían los “rotos”, la “adorada plebe”, la cual había estado excluida sin mayores consecuencias en un siglo de Independencia que, a diferencia de las otras repúblicas hispanoamericanas, había gozado de una “paz veneciana”. Justamente, así había caracterizado Edwards, con orgullo no reprimido, la nota más sobresaliente de Chile entre 1830 y 1920. Ni siquiera la guerra civil de 1891, bajo la presidencia vacilante de Balmaceda, había alterado los fundamentos de ese poder omnímodo, al parecer sustancial al modo de ser de los habitantes del ese país austral. La riqueza misma de que había disfrutado, primero proveniente de las haciendas y posteriormente del salitre, se disfrutaba intacta, abundantemente y sin sombras de regateo.

Alessandri venía a quebrar el sistema de la “República en forma” que Portales, el “modesto comerciante de 1825”, había logrado imponer. Su sistema de autoridad incolumne, férreo más

tácticamente flexible, de concesiones puntuales y oportunas, resumía y contenía una doctrina monárquica de poder y una estrategia acomodada al siglo republicano. Era el "terrible hombre de los hechos"¹³. Portales había logrado ahogar los brotes del cesarismo o' higginiista y las tendencias frondistas (es decir, de revuelta de las élites) de la aristocracia local, producto, la primera, del ánimo bélico de las guerras de Independencia, y la segunda, de un espíritu de autonomía feudal heredado de la Colonia. Para Edwards Vives la clave de la vida política chilena la supo descifrar Portales al ponderar el peso del autoritarismo centralista propio de la constitución orgánica chilena y su animosidad orgullosa (vasca, como lo subraya en múltiples ocasiones) de rasgos feudales.

En 1830, al poner freno Portales a la anarquía caudillista, se erigió como la máxima autoridad política del país. Su sombra recorrerá el siglo y las vicisitudes políticas, bajo los regímenes de un Manuel Montt, un Pérez, un Santa María, un Balmaceda, hallan su primera y última explicación en un modelo de poder diseñado por este "genio" de la política. Edwards no se limita a hacer una presentación histórica de los acontecimientos; al igual que Quesada y Sierra quiere ofrecer un panorama tan positivo como valorativo de los hombres que han encarnado el poder y descubrir el hilo secreto que conduce la acción humana, que se comporta en cada momento bajo el disfraz de algún político de moda, pero que responde a una estructura modélica de poder. El juego en Chile, para Edwards, resulta comparativamente transparente: se trata de una búsqueda de equilibrio entre la fronda (es decir, tendencia anarquizante y conspirativa de las élites contra el poder central) y la figura del presidente (transustanciación de la figura del monarca). De ahí que quien pudo fortalecer oportunamente el amor a ley constitutiva -no a la constitución escrita y sus tecnicismos, que despreciaba- y respetar al cabo los fueros aristocratizantes de las élites fue Portales, puesto que percibió con agudeza que sin esas familias privilegiadas ("todas jodidas, beatas y malas") se caería en una ingobernabilidad absoluta y, de este modo, concibió para ellas un régimen que las satisficiera. El orden portaliano que imperó de hecho en el Chile del siglo XIX se caracterizó, entonces, por una continuidad y estabilidad política incomparable en medio del deprimente marco continental.

La "República en forma" portaliana, como la caracterizó Edwards tomando la categoría de Oswald Splengler, era una fórmula comprimida que encerraba los elementos de autoritarismo, herencia y raza, como productos cristalizados de la civilización chilena. El Estado portaliano se soportaba en ese presupuesto político y social, sin el cual todo esfuerzo, por loable que fuera, caería en el vacío. La densa trama orgánica de Chile no se modificó con la Independencia, y por eso la tendencia restaurativa de Portales con su Constitución de 1833 estaba de antemano garantizada. Su geneialidad consistió en escuchar atento las voces dominantes y suprimir sin dilación los tonos, débiles, exóticos y discordantes, de los pipiolos. Los pipiolos son para Edwards, los terminodianos porteños para Quesada. Agrupación de jóvenes teorizadores, improvisados actores en el drama político, los pipiolos no alcanzan a representar un estatus serio en la vida nacional. Su máximo representante, Francisco Bilbao, es ultrajado por la pluma de Edwards: el afán de figuración de Bilbao sólo es comparable a su confusión mental, su poco peso en la vida pública es el resultado de una obra "anómica" y estridente para una forma de hacer alta política de salón.

Porque es en esa forma elegante de hacer política, en la que cada intriga es un gesto de soberbia social que sin embargo no pone en peligro el todo orgánico, la que se ve sancionada como

auténticamente chilena por el “diletante inteligentísimo” Edwards¹⁴. Edwards ve en ella un tablado pulido y decorativo, en el que el Presidente, los Ministros y el Parlamento representan una obra bien facturada, con sus fórmulas de cortesía y su etiqueta de caballeros, de privilegiados autoconscientes, mientras las clases medias se debaten en la vida anónima y pueril y las bajas sirven de respaldo pasivo a todas las acciones de gobierno. Las clases sociales así conformadas permiten el libre ejercicio de la política por la vía de la complacencia y el consenso por arriba. Las elecciones parlamentarias, realizadas conforme a la lista enviada a cada provincia por el Presidente, no niega en modo alguno la sustancia democrática de la “República en forma” de Edwards, pues es esa práctica más bien la confirmación de un pacto nacional, cuya responsabilidad recae en las élites del poder.

Se complace algunas veces Edwards en recurrir a la analogía que se presenta entre la Inglaterra con su monarquía constitucional y la Chile de obediencia pasiva de Portales y otras veces en ver una similitud de situaciones entre la Roma de Trajano, de Adriano, de Antonino o Marco Aurelio, y el régimen estable y hereditario de su héroe político chileno. En uno y otro caso subraya la ordenación y regularidad de esos regímenes, que hace del caso de Chile, un país sui generis, en el conjunto amorfo y rebelde de la América Hispánica. Lo cierto es que las nuevas fuerzas sociales desatadas en torno a Alessandri vienen a desquiciar el orden portaliano, y así casi un siglo de originalidad política parece borrarse de un golpe ante la arremetida de las masas conducidas por un líder de gesticulación equívoca.

Justamente, es este el factor decisivo de su análisis. La crisis que se inaugura con Alessandri, sobre todo la que llega a su expresión más característica, la Revolución de

septiembre de 1924, es una crisis de legitimidad; más aún, se trata del desmoronamiento definitivo de la era portaliana. Casi un siglo, en opinión de Edwards, había pervivido activo esa República en forma, y un nuevo cesarismo de extraño cuño social (no emplea la palabra populista, pues ésta es propia del período siguiente, el que se abre con Perón, Gaitán, Velasco Alvarado) se asoma, amenazador, sobre el viejo Chile. Por esto no deja Edwards de advertir enfáticamente: “estamos en peligro de caer en el caos de la América española” (p. 277), pocos días después de la Revolución de 1924. Alessandri, que por su origen social y sus maneras se hace simpático como persona a Edwards, se hace responsable políticamente (sin llegar a difamarlo) de la hecatombe que se avecina, en forma de dictadura militar o proletaria. En cualquier caso, su libro parece una conjuración oportuna al extraño encantamiento en que se mueven, inconsecuentemente con su raíz histórica, las masas chilenas.

De esta manera nos encontramos, después del trabajo histórico de Edwards, ante las puertas del caos, y el lector tiene la legítima sospecha de preguntar cómo, después de gozar Chile durante casi un siglo del régimen de excepción portaliano, se encuentra de boca jarro con “su destino hispanoamericano”. Preguntar, pues, ¿cómo fue posible, entonces, lucir los trajes de la elegancia patricia sin contradictores y verse, de pronto, despojado de las lentejuelas y el decorado por diversos sectores que, emergentes, no están dispuestos a seguir mirando la fiesta desde el antejardín, al que de cuando en cuando se le arroja unos sobrados de comida por la ventana y se le deja, caritativamente en esos instantes, escuchar las breves notas de una acogedora melodía? Se puede hasta convenir, con las reservas pertinentes, en la necesidad de establecer unas élites dirigentes, capacitadas y responsables de

su función pública, mas resulta poco tolerable además hacerlas exclusivas dueñas de la vestimenta, el pastel y la música. En esto Edwards hace gala de desconocimiento olímpico: su irreprimible orgullo patricio apenas le da margen para discutir el incómodo problema social que se le abría a sus ojos. Por naturaleza y destino las clases altas son, para Edwards, las clases altas y las demás son las demás. En estas condiciones parece hasta necio argumentar en su contra, pues el mismo desarrollo histórico de Chile en el siglo XX se ha visto víctima del orden semi-estamentario perpetuado por Portales, radicalizando las posturas políticas sin permitir el libre juego de los actores en conflicto. Y así como Sierra se encontraba tan cómodo al halagar a Porfirio Díaz, o Quesada a Rosas, o Vallenilla Lanz a Páez, asimismo Edwards podría hacer lo propio con Portales, poniéndose la venda en los ojos de la crítica histórico-social. El juego de salón le convenía y le bastaba a su argumentación, pero ni le convenía ni le bastaba a los excluidos de su historia.

VI

Desde París, el peruano Francisco García Calderón, conocido también como miembro de la generación "arielista" (al igual que Carlos Arturo Torres o Rufino Blanco Bombona) escribió en 1912 una obra redactada en francés con el título "Les Democraties Latines de l'Amérique". La obra, que conoció tardíamente su primera traducción al español (para la "Biblioteca Ayacucho" en 1979), ofrecía para los lectores atentos europeos una perspectiva de la historia política de nuestros países que muy bien se enmarcaba en el espíritu "arielista" de Rodó y que, parte de sus fuentes históricas hispanoamericanas (lamentablemente, poco explícitas) se hace sentir la presencia de Carlyle, Emerson, Burckhardt, Le Bon, Spencer, Taine. Es decir, de la colección bibliográfica que acompañó la reflexión histórica de los autores europeos, preponderantemente franceses, de los historiadores precedentes. García Calderón vacía su perspectiva en el molde precedente y se apoya en obras de autores como Alberto Edwards para Chile, Ernesto Quesada para Argentina o Alcides Arguedas para Bolivia, Justo Sierra y Bulnes para México, haciendo explícito un dialogo entre intelectuales de inclinaciones políticas compartidas.

La obra de García Calderón forma parte integral de esta corriente, con la diferencia específica que aquí se ofrece una panorama integral de América Latina, confrontando comparativamente cada uno de sus países, mas fundado en la tesis básica de la necesidad del gobierno fuerte como sustancial a la marcha política del Continente. En una palabra, lo que cada uno de los autores precedentes había afirmado para sus respectivos países, lo hace García Calderón genérico al conjunto continental, al pretender dar prueba de la ley inmanente a sociedades mestizas, asentadas sobre un suelo y una geografía de especial complejidad. La idea misma de "latina" (el término ya fue utilizado por el colombiano, radicado en París, Carlos Arturo Torres a mediados del siglo anterior), más que de "hispanica" para nuestra América procede, sin duda, de su ubicación parisina. Francia parece oír con más alago este adjetivo que los implica como partícipes espirituales en oposición al mundo anglosajón.

En el examen de García Calderón se resaltan las figuras, los "hombres representativos"¹⁵ en la vida nacional, con los cuales se identifican la misma nacionalidad. La recapitulación es de suma utilidad, y se puede afirmar que el lector francés destinatario de estas páginas puede encontrar

además de un inventario de las figuras públicas más sobresalientes del siglo pasado, una perspectiva en conjunto de las naciones liberadas de sus troncos imperialistas peninsulares. Desde México hasta Argentina, los países latinoamericanos han tenido que padecer de desordenes continuos, de una inestabilidad que, poco a poco, va cediendo al compás de la creación de hombres fuertes: Facundo Quiroga y Rosas en Argentina; el Doctor Francia en Paraguay; Portales y Balmaceda en Chile; Santa Cruz y Ramón Castilla en Perú y Bolivia; Mosquera y Rafael Núñez en Colombia; García Moreno en Ecuador; Páez y Guzmán Blanco en Venezuela; Santa Anna y Porfirio Díaz en México; Santana en República Dominicana, son, entre los más significativos, los caudillos que han dominado la vida política, con una postura decidida, autoritaria, de mando personalista.

García Calderón hace una tipología de estos países sobre la base de las formas de autoritarismo dominante: para Venezuela, Perú, Bolivia y Uruguay acentúa los rasgos de una democracia que se debate entre el levantamiento caudillista y la dominación unipersonal, en búsqueda del equilibrio recóndito presentido por sus gendarmes necesarios; en México, Chile y Brasil, domina un principio de autoridad consolidado, que ha servido de condensador de los conflictos sociales y políticos y cuyos beneficios se dejan ver en el desarrollo económico y la estabilidad alcanzada; y, por su parte, Colombia, Ecuador y las Antillas viven al son de un tropicalismo irredento, entregado al juego libre de las pasiones y la sed de venganza (especie de misticismo anárquico). Las últimas palabras reservadas a Colombia son dicentes de su alta opinión sobre nuestro país: "Nuevas revoluciones entre conservadores y liberales retrasan el desarrollo nacional; surgen caudillos, semidioses del mundo político. La obra conservadora de Núñez

fue estéril: Colombia sigue siendo la patria de la elocuencia y el jacobinismo, espléndida e inmoderada como el Trópico. Está a la espera de nuevos dictadores que organicen la futura democracia"¹⁶. ¡Aleccionante!

Con todo, resulta de mayor interés en esta obra el esbozo de la historia intelectual realizada por García Calderón, en la que se siente la vena rodoniana de su interpretación de la vida latinoamericana. Para García Calderón la inteligencia y sus productos intelectuales están por encima de las vicisitudes políticas y son un llamado a superar el estado de postración continental, aportando con su interpretación una comprensión de la vida pública e intelectual mucho más matizada que las de Quesada, Vallenilla Lanz, Edwards Vives y Sierra.

En la lista de García Calderón, Lastarria y Bilbao en Chile (contra Portales), Montalvo en Ecuador (contra García Calderón), Vigil en Perú (contra la Iglesia en su conjunto) o Sarmiento en Argentina (contra Rosas) son los "hombres representativos" de la inteligencia americana al promediar el siglo. El carácter ensayístico del romanticismo, antiautoritario y anticlerical, es signo característico de sus propuestas de reforma social y política, como resulta igualmente características las obras que desde una actitud más circunspecta y serena salen de la pluma del venezolano Bello, del argentino Alberdi, del mexicano Lucas Alamán o del venezolano Cecilio Acosta. Sin embargo, en una u otra orilla ideológica, lamartiniana y radical, o burkeana y sobria, se esboza un proyecto de un continente más grande y más justo. El activismo de estos hombres de letras en el seno de Sociedades de la igualdad, Salones Literarios, Academias de letras, o científicas etc. es aludido de paso, pero constituye un primer inventario de los escenarios de la opinión pública en nuestros países, desde los que el siglo pasado se buscó consolidar la sociedad

civil y hacer más efectiva la democracia. Habría que agregar que por esos años Blanco Fombona realizaba una tarea editorial que complementa el panorama trazado por García Calderón.

La poesía de la primera parte del siglo, bajo el influjo de Quintana y Victor Hugo, y la obra lírica de finales de siglo con Darío ofrecen un material adicional de estudio del genio americano, para García Calderón. En este caso, el recorrido es suscito y sintético, pero suficientemente ilustrativo. No se le escapa ninguna de las figuras notables, desde Bello, Heredia y Salomé Ureña de Henríquez hasta Almafuerte, Valencia, Chocano, Rodríguez Freire, Lugones y Silva. La novela con nombres recientes como Blanco Fombona, Graça Arahna, Díaz Rodríguez, Angel de Estrada y la filosofía con Bello y Hostos, Tobías Barreto o Silvio Romero, Varona y Vaz-Ferreira complementan ese recorrido intelectual, creando la impresión, por demás acertada, que la vida intelectual del siglo pasado no es nada desdeñable y que contrasta en sus esfuerzos y logros depurados con el desorden y anarquía política. García Calderón apunta que en América Latina se desmiente la ley de Taine, pues "las turbias democracias... engendraron escritores preciocistas, poetas exquisitos y analistas" de gran mérito¹⁷.

Termina García Calderón el examen del Continente latinoamericano con un tema procedente del "Ariel" de Rodó: el de la amenaza cultural que se cierne sobre nuestros pueblos. Si para Rodó el espíritu materialista yanqui interfiere sobre nuestro espíritu idealista y plástico, para García Calderón los peligros se multiplican: el peligro alemán, norteamericano y japonés que minan las bases y las tradiciones culturales de nuestra raza latina. El tema era, en efecto, pueril, es decir, era un pseudo-problema, pero el escritor peruano le dedica un aparte considerable en su reflexión. Su patetismo y confusión en el intento de definir la raza latina de hombres, "indisciplinados, superficiales, brillantes", lo acerca al Barrés del "Culto al Yo", en el que se funden la arrogancia pueril con el nacionalismo ultraderechista. Desde esa problemática juzga García Calderón la amenaza del porvenir de una raza que se ve "bajo la mirada de los bárbaros". Todo es sin embargo palabrería llamativa, como llamativa había sido el anti-yanquismo de Darío: un anti-yanquismo fundado en una endeble crítica a la democracia de masas y al esquematismo de la historia de ese complejo país.

De este modo, el libro de García Calderón se mueve en tres frentes diferenciados. Políticamente, se hace partidario del gendarme de turno que sepa imponer el orden y la autoridad, por los medios que mejor disponga y, de desear, por el tiempo más largo posible; intelectual y artísticamente, apela a la lista de los hombres más significativos de la inteligencia continental, ofreciendo un catálogo bastante completo y calificado, de obras, autores y tendencias intelectuales que conserva hasta hoy su actualidad; prospectivamente, se mueve entre la ofuscación de un racismo afirmativo -un Gobineau atemperado como le corresponde a un peruano en París, obviamente- y una trastabillante adhesión por Francia e Italia, como secretos defensores de la raza latina. En este apartado el libro de García Calderón rinde tributo a su inclinación ideológica, enmarcada en un temor postizo y una fe ingenua sobre el futuro de la raza latina en América, al filo de una transformación social decisiva que el autor peruano presentía desde su belvedere parisino. Su lucidez parcial es producto de una esperanza insinuante y un pesimismo minimizado por su mismo defecto intelectual.

VII

El sucinto recorrido que hemos hecho hasta aquí de las principales obras históricas sobre el caudillismo hispanoamericano y los anuncios deseados de renovas élites (excluimos a Colombia, pues la obra tardía "Rafael Núñez", de 1944, de Indalecio Liévano Aguirre se nos presenta inadecuada, al ser víctima de lo que llamó poderosamente la atención, a saber, su banalidad biográfica) nos obliga a realizar un examen adicional. Establecer la genealogía intelectual de los historiadores presentados se constituye en una sugerente fuente de reflexiones adicionales, que al menos toca de paso el problema de la formación de nuestros intelectuales y los procesos propios de recepción en América Latina del pensamiento europeo. No queda duda que existía una base común de lecturas entre las élites intelectuales y éstas se centran en los autores que más contribuyeron a la restauración ideológica en Occidente. Nombres como los de Edmund Burke, Ernest Renán, Alexis de Tocqueville, Hipólito Taine, Thomas Carlyle, Ralph Waldo Emerson, Augusto Comte, Fustel de Coulange, Gustave Le Bon o, más tarde, Oswald Spengler son citados recurrentemente por estos autores hispanoamericanos, viendo en ellos suscitaciones pertinentes para el análisis de las realidades nacionales. No debe extrañar la lista más o menos común de referencias y obras, pues esta misma lista podría respaldar una u otra opinión, a veces coincidente, a veces en contradicción con sus hipótesis, pero siempre bajo el signo de la conveniencia y la autopersuasión. En este fenómeno de recepción intelectual antes que el azar debe verse la curiosa fatalidad de una intelectualidad ávida de discusión polémica, como entregada a los defectos de un autodidactismo que suple con esfuerzo enfático lo que carece de formación rigurosa. Su mérito descansa en la intención de asomarse al mundo propio con instrumentos

teóricos importados (entre otras cosas, es imposible no hacerlo), pero sin someter lo aprendido a los rigores de la constación filológica y científica. La carencia de una Universidad en sentido moderno se delata fácilmente.

El largo debate suscitado por la Revolución francesa fue, sin duda, el eje temático sobre el que descansa la más representativa reflexión política durante el siglo XIX. Las fantasías y cándidas críticas a la empolvada Ilustración, el terror robespierrano, la dictadura cesarista de Napoleón, los fracasos continuados para estabilizarse Francia y sus Revoluciones del 30, 48 y 71, son los focos de atención de una crítica que, entre devota, perpleja y oportunista, se resistió a ver la profunda transformación producida por la toma de la Bastilla. El anhelo vehemente y enfático de la restauración agrupó hombres de diversos orígenes, de disímiles formaciones, de heterogéneos talentos. Pues si Burke es firme pero no beato como Donoso Cortés, o si Taine está dotado de un talento de que carecen muchos de sus admiradores y seguidores como Maurras, lo cierto es que una honda corriente restaurativa domina gran parte de la intelectual europea (como hispanoamericana). Toda esta literatura se siguió en América Hispana y la forma en que se siguió, o sea, cómo se asimiló es una tarea investigativa de inmenso alcance, al cual apenas contribuiremos con escasos ejemplos, en relación directa con nuestros historiadores tratados. Tres ejemplos nos bastarán para ilustrar el problema.

Primer caso: la relación Taine-Quesada. Ernesto Quesada encabeza su obra "La época de Rosas" con un epígrafe extraído de "Los orígenes de la Francia contemporánea" de Hipólito Taine, que reza: "Según mi sentir, el pasado tiene su fisonomía propia, y el retrato que aquí se verá no se parece sino a la antigua Francia. Lo he

trazado sin ocuparme de nuestras discusiones actuales; he escrito como si hubiera tenido como tema las revoluciones de Florencia o de Atenas. Esto es historia, y nada más, y, si es preciso decirlo todo, añadiré que estimo demasiado mi carácter de historiador para asumir otro conjuntamente". A lo largo del texto vuelve sobre Taine (págs. 117, 143, 145, 151, entre otras referencias) y complementa su argumentación con referencias a Guizot, Morley, Macaulay, Daudet y Menéndez Pelayo. Ya la misma escogencia de estos últimos autores determina su tendencia conservadora, sin dejar de buscar una comprobación universal de su tesis a favor del caudillismo.

Las citas de Taine son, con todo, las más llamativas. El epígrafe transcrito es una declaración de imparcialidad afectada por los impulsos que dominan a Quesada. La fuerza de los hechos consumados se pone como el tribunal de justicia histórica. Taine mismo nunca encontró esa imparcialidad ni esa distancia. Por el contrario su célebre obra es producto de una reacción inmediata. La Comuna del 71 hería en lo más profunda el espíritu de mesura anglófila que había demostrado como crítico e historiador de la literatura inglesa¹⁸. Veía en el temperamento inglés una presunta serenidad y observación empírica de las que carecían los franceses y en particular los franceses hijos de la Revolución del 89. Esta misma se le presentaba bajo la faz del exabrupto histórico, un engendro propio de la fantasía desbordada de los amanerados filósofos de la Ilustración. El afán de universalismo genérico de la Ilustración es, para Taine, una extravagancia y una manifestación de su exotismo ahistórico. Apenas logran los escritores franceses, anota con largas explicaciones Taine, alcanzar la objetividad social de los ingleses. La literatura francesa y su pensamiento es artificioso y acaso da cuenta de la vida cotidiana, de las costumbres, de los modos característicos de ser de su sociedad. Basta observar obras como "El Inca" de Marmontel para percibir que la exaltación idealizada y mistificada del Imperio precolombino no se parece en nada a su realidad histórico-cultural¹⁹. Esta obra como muchas obras de los ilustrados franceses sobre otros pueblos son el producto de su imaginación, transposición de sus ideales de humanidad abstracta, apelaciones a un individuo universal que no ha existido ni existe en parte alguna.

Y así como la literatura francesa es soberbiamente cándida, asimismo su pensamiento político es, para Taine, obsesivamente abstracto. "El Contrato social" de Rousseau es en realidad la novela de un enajenado entusiasta, a la cual resulta vano solicitarle su prueba histórica. Nunca se ha visto, piensa Taine, mayor distancia entre la propuesta teórica de libertad e igualdad en condiciones naturales y su intento desastroso de poner estos ideales en la práctica social. Por encima de las ideas teóricas priman las costumbres y los prejuicios en la historia de los pueblos, y hasta llega a sostener que una idea racional se impondrá en la historia sólo bajo el antifaz de la superstición. Sólo una superstición se puede oponer e imponer a otra superstición.

El dejo amargo de la obra de Taine, compartido por un Quesada, parte del convencimiento de la inutilidad de las reformas constitucionales y las declaraciones de principios. Estos son fórmulas vacías, sin contenidos ni evidencias en la vida de los pueblos. El irreprimible pesimismo tainiano se basa en la observación del terror revolucionario, del fanatismo de la razón que despreció el orden orgánico de la sociedad francesa tradicional. Ciertamente que la Monarquía absolutista y centralista había minado las bases del orden antiguo de los señores feudales, responsables directos y protectores de su provincia y sus hombres en épocas anteriores. En efecto, la vida cortesana, con su fastuosidad, lujo y extravagante y obsesiva etiqueta, ahogó, para Taine, el espíritu de la nobleza tradicional. A

esa pérdida del viejo estilo nobiliario, se sumó la propaganda mitad intelectualista, mitad sentimental de los ilustrados, abriendo un abismo entre la monarquía-nobleza-clero y el pueblo llano. La inquietud revolucionaria dominaría, fácilmente, la vida de final del siglo XVIII. Monarquía, nobleza e Iglesia se vieron despojadas del halo sacral que históricamente, desde la lejana Edad Media, las había sobreprotegido. Su consecuencia más visible fue el terror de la Asamblea revolucionaria.

El siglo XIX nace bajo el estremecimiento, y la idea de una necesaria restauración se impone al espíritu como tarea de primer orden, para Taine. De tumbo en tumbo va la Francia contemporánea, hija del caos y la improvisación. Por esto nada más urgente que medir las fuerzas y proponer, contra el ideal revolucionario, un nuevo orden restaurativo que respete las fuerzas orgánicas legítimas de la nación francesa. Estas no pueden ser sometidas al consenso o a un acto plebiscitario. La constitución socio-histórica está de antemano labrada por siglos de persistencia y solidez, y en vano de una teoría (menos de un gesto jacobino) se forja una sociedad. Taine es enfático en esto: lo que ha demostrado ese siglo es la abrumadora confirmación de sus sospechas. Los franceses, desde la Revolución de 1789, han actuado como locos o como niños, y ya es hora de poner de pie, sobre un piso firme, el gran cuerpo social e histórico de la Francia de la hora.

En cualquier caso, nada persuade al lector que Taine escribe su historia desde la objetividad circunspecta que dice predicar y que sirve justamente de epígrafe a la obra de Quesada. Ni éste ni su modelo teórico francés obran de acuerdo a sus principios. Mas es de subrayar que en el caso de Quesada el examen de su historia se sustrae al intento de Taine de evaluar la obra de la Ilustración en el peso del desarrollo

de la nación. Quesada (Edwards Vives es mucho más despreciativo con los propios) les niega a los ilustrados porteños originalidad y auténtica significación. Le basta desconocerlos en bloque, sin entrar a estudiar los productos intelectuales circunstanciadamente (como es el caso de Taine para los franceses), y derivar de ello la sospecha de todo papel de la inteligencia en la formación de la nacionalidad argentina. Argentina, se puede legítimamente deducir de la argumentación de Quesada, puede vivir sin sus intelectuales; más aún puede y debe desterrarlos, acuchillarlos, degollarlos. No fue Taine, hay que recordarlo, quien en Francia comparó a los intelectuales a los cerdos de Pasteur: fueron Maurras y los anti-intelectuales como respuesta airada del caso Dreyfus. Pero esto fue unas décadas más adelante, al filo de un cambio de siglo tortuoso y malintencionado. Quesada, él mismo un intelectual, se balancea en el péndulo equívoco de su decisionismo histórico, que no él, sino tal vez el peronismo, supo descifrar en términos de poder político.

Segundo caso: la relación Le Bon-Vallenilla Lanz. A lo largo de la obra "Cesarismo Democrático" de Vallenilla Lanz se advierte la presencia de la categoría "Psicología de las masas" como una de los instrumentos claves para la comprensión de las masas llaneras venezolanas. El capítulo quinto se denomina, precisamente "Psicología de la masa popular", en el que Vallenilla Lanz, se vale de la referencia al famoso libro de Gustave Le Bon, para caracterizar los resortes dominantes de los hábitos y comportamientos de las huestes comandadas por los generales Bolívar y Páez. Los llaneros, acostumbrados al vagabundaje y a un afán consustancial de posesión de tierras, actúan, en cada ocasión, de acuerdo a este resorte profundo, inveterado, para quienes la idea de libertad o igualdad suena como una extravagancia incomprensible, y así su móvil criminal se confunde fácilmente con su acción

heróica. El "individualismo bárbaro característico de los pueblos pastores" (ya Sarmiento en su "Facundo" en el siglo pasado había caracterizado esta situación) no es susceptible de ser modificado de una vez por todas, pues la "psicología no reconoce en los individuos ni en las sociedades la posibilidad de esas transformaciones bruscas y totales"²⁰.

Así, parece Vallenilla Lanz apelar a la famosa categoría de Le Bon, de "psicología de las masas" para afirmarse en su sociologismo histórico. Sin embargo, un atento examen de la obra de Le Bon, que apareció publicada en 1895, pone de presente el endeble ajuste conceptual que intenta hacer Vallenilla Lanz para desentrañar el complejo mecanismo de acción de las masas llaneras. A primera vista se trata en ambos casos de un examen de las masas, es cierto, pero la tarea de Le Bon no se centra en las masas rurales, sino más bien y casi primordialmente en las masas que surgen del debacle producido por la Revolución francesa. No es sólo accidental que Le Bon se preocupe de las consecuencias históricas de este proceso traumático, al igual que Taine, pues el tema parecía cada vez más acusante a la conciencia histórica de la época, ante la creciente inestabilidad. En la época de Taine, la del Segundo Imperio, que se esmufa con la guerra franco-prusiana de 1870 y, en la época de Le Bon, en una Tercera República agobiada por el escándalo del Canal de Panamá y el caso Dreyfus.

Le Bon contrae su atención a las masas contemporáneas, sin que algunas observaciones sobre las masas de otras épocas desmientan la intención central de su libro que es la de realizar un examen del comportamiento de las masas en la era contemporánea²¹. La era de las masas se inaugura con la sociedad urbana, capitalista, agitada por la propaganda revolucionaria, por el irreprimible deseo de igualdad, por la demagogía que creó en torno a sí una nueva mitología. Los lazos tradicionales de autoridad se han roto en la época actual, subraya insistentemente Le Bon, y por esto prima la inestabilidad, la veleidad, la profunda desconfianza. La masa psicológica, es decir, la agrupación impersonal, es el producto propio de la época contemporánea: es la nueva barbarie que acosa a una sociedad que demolió los ideales y sueños forjados por siglos de respeto sacro a la autoridad, para remplazarlos por ídolos de barro, por formaciones simbólicas ad hoc.

Las masas se mueven por instintos, por fórmulas, por imágenes, por ilusiones, subraya Le Bon. Se caracterizan por su estado amorfo de volatilidad, voluptuosidad, impresionabilidad, invencibilidad, irritabilidad, intolerancia, simplicidad, exageración, a veces movida para el heroísmo y la entrega absoluta, a veces por la abyección criminal. Las masas además son autoritarias y conservadoras y se mueven más por el ejemplo que por la teoría. Aman al triunfador y desprecian, al otro día, al vencido. Buscan un amparo en el héroe, se identifican con él, lo exaltan y lo emulan, rechazando de sí toda sombra de duda, todo interrogante, todo aquello que pueda ensombrecer el dios que veneran incondicionalmente. Ven en él la última esperanza y el principio de identidad racial, tradicional y de anhelo de seguridad.

La raíz de esta identificación, dice Le Bon, es religiosa, pues suponen un grado de omnipotencia en su dios, de adoración y temor que sólo despierta un ser sobrenatural. La "sumisión es ciega" y "la intolerancia feroz"²², y ese sentimiento religioso genera un nuevo panteón, fervoroso en su surgimiento, pero fugaz e inestable en su desarrollo. Napoleón puede presentarse hoy como un dios, pero mañana será vilipendiado y odiado por los mismos que lo adoraron, con la misma fuerza e intensidad.

La reflexión no cabe en esta elevación sugestionada, de efectos hipnóticos. El razonamiento se excluye en la relación líder-masa, pues las masas se mueven por imágenes de efecto teatral, no por el discurso razonado. Las intensas impresiones estimulan la imaginación irritada y no resulta sino obvio para todo aspirante a estadista el saber dominarlas, con el tino y la sagacidad requerida en cada ocasión. De esto depende la clave del éxito apócrifo en las democracias contemporáneas.

A este análisis de las masas se sigue, en el libro de Le Bon, un análisis del héroe y sus respectivas cualidades. El héroe es el otro componente básico de la vida contemporánea, y la Revolución francesa no se explica sólo, como piensa Taine, por la existencia de las unas masas revoltosas, sino por los guías mismos que bajo un mutuo influjo se destacaron por su recia y fanática personalidad²³. El hipnotizado Robespierre es el caso más llamativo, pero también Napoleón se ofrece otra vez como ejemplo de esa personalidad magnética, incontrovertible, que deja a su paso siempre una impresión inmensa, pese a su corta estatura y su origen equívoco. Para las masas no se imponen a los hombres de genio o los sabios; un mediocre bien dotado puede dominar un parlamento o una tribuna pública. El brillo y la inteligencia no garantiza por sí mismas nada, sino la audacia, la teatralidad, el efecto sugestivo rápido, mecanizando fórmulas, consignas, gestos. Tres procedimientos debe ser observados en esa acción, observa Le Bon, la afirmación, la repetición y el contagio. Hay que afirmar pura y simplemente, sin requerir de pruebas ante las masas. "Napoleón decía que no existe en retórica más que una figura seria: la repetición"²⁴, y de la repetición se espera, por burda que sea, ganar la razón, la confianza, el poder decisorio, gracias al contagio. Esta tríada es la base de la nueva retórica del foro democrático.

El trabajo de Le Bon presentado en estos términos expresa muy característicamente la profunda desconfianza, muy propia del siglo XIX, de la razón y la herencia ilustrada, en el sentido de esperar del individuo un grado de responsabilidad perfeccionable mediante la educación y la opinión pública. El individuo desaparece ante la vorágine de las masas cómplices de un oportunista con talento al que erigen como dios de turno. Esa misma desconfianza de Le Bon, la comparte Vallenilla Lanz, pero sustraída del contexto histórico-social que supone el estudio de Le Bon. La negación de cualquier sentido de crear constituciones y códigos legales compartida por Le Bon y por Vallenilla Lanz (negación enfatizada ya por Taine desde el prólogo de su famoso libro), obra, en cada caso, en forma presuntamente similar. Mas la negación en Vallenilla Lanz no pasa por el análisis de la situación contemporánea, es decir, por la situación que enfrenta Rómulo Gallegos en su novela "Doña Bárbara" (1922), al menos para anteponer a la barbarie y violencia de los llanos una ley, la "ley de la cerca", como principio pacificador. En otros términos, el uso de "psicología de masas" de Vallenilla Lanz es anacrónico.

Vallenilla Lanz hereda la desconfianza de Le Bon por las masas, pero se trata de un vocablo que en cada uno de estos autores tiene un contenido diverso. Le Bon anticipa el ocaso de la razón, que se cubrirá más adelante con el rostro de la barbarie fascista, mientras Vallenilla Lanz puede servir de visto bueno a una dictadura satisfecha de sus pozos petroleros y su manera tropical de usufructarlos. En cualquiera de los dos casos, es de advertir que el pesimismo (nada torpe, por cierto) que los acompaña, contiene material de observación, al que habría que aplicar un nuevo lente. Pues habría al tiempo que advertir que no son la desconfianza y el recelo, sino la duda y la sorpresa el origen de la ciencia. El antiroussonianismo *per se* no garantiza una mejor penetración histórico-social.

Tercer caso: la relación Spengler-Edwards Vives. En el libro "La fronda aristocrática de Chile" se recurre permanentemente a la categoría "Estado en forma" para caracterizar el Estado chileno articulado según los principios autocráticos de Portales. En verdad, es esta la categoría dominante de Edwards y así no resulta sino forzoso ir a la fuente ideológica que inspiró esa categoría decisiva, vale decir, al libro "La Decadencia de Occidente" (1918) de Oswald Splenger, para esclarecer el alcance de la fórmula en cada caso. El contrarrete puede producir perplejidad.

La obra abigarrada de Splengler, como es sabido, produjo un impacto en toda Europa, muy en particular en Alemania, alcanzado una resonancia casi sin antecedentes para productos intelectuales de este género, en el que la gran erudición va de la mano de una profundidad, medio esotérica, medio científica. Ernst Cassirer llega a decir que la clave de ese éxito se basa en el título, pues los lectores se identificaron de inmediato con la sensación de decadencia y sinsabor que quedó tras la Primera Guerra Mundial. En cualquier caso, la inmensa gama de problemas que Splengler plantea y el propósito último, encontrar una morfología histórica que permita predecir el futuro de la humanidad, son propios de una acumulación de saber desorbitada y posible sólo quizá en un medio como la Alemania de antes de la Guerra (es de pensar en contemporáneos suyos como Max Weber y su descomunal saber histórico y social, pero de signo liberales). Este saber también mostró su signo faústico banalizado, al revolotear en torno a una solución definitiva y sugestiva del sino humano (no deja de ser curioso que también otro contemporáneo de Splengler, Martin Heidegger, escriba en esos años una obra como "Ser y Tiempo", para advertir la inusitada encrucijada del hombre moderno a trasluz de la aurora de la historia). Splengler ofrecía en su extensa obra un depósito de propuestas, interpretaciones, intuiciones, imágenes, conocimientos, tesis, en el que el incauto supersticioso e incluso el hombre seriamente cultivado encontraba motivos y problemas que tocaban directamente con el mundo contemporáneo y su malestar más profundo.

La analogía histórica es el procedimiento que pone Splengler al servicio de su virtual premonición. Este "astrólogo de la historia" (Cassirer) interpreta los sucesos mundiales a la luz del pasado, afinando, a su entender, el método comparativo, que no se mueve por la comprobación empírico-positivista, sino por la intuición historicista entresacada de Goethe. Los temas y preocupaciones, como las del nihilismo, la muerte de dios, la transvaloración de todos los valores, la voluntad de poder, etc. los toma Splengler, por otra parte, de Nietzsche, al retraducirlos a su preocupación central, a saber, al "problema de la civilización". Civilización es para Splengler lo opuesto a cultura. Cultura es lo primario, lo inmanente, lo que conserva y se cristaliza en una forma permanente. La civilización es lo externo, antepuesto, artificial, el componente anorgánico que se sucede, de hito en hito, en el proceso de la cultura, y que anuncia su decadencia. Decadencia es el agotamiento propio de las posibilidades orgánicas, vívidas, de una cultura (esto, por supuesto, hace recordar la oposición clásica de la obra antecedente, "Comunidad y Sociedad" de Ferdinand Tönnies), y es en este sentido que se debe interpretar la fórmula -puerilizada por la repetición- de decadencia. La decadencia es, en esencia, saturación. La "República en forma", en este contexto, es caracterizada como una salida estructurada inmanente que se antepone a la energía expansiva del imperialismo de cuño militar-populista. La "república en forma" pertenece a la esfera concentrada de la cultura, mientras el Imperio es una fase de hybris civilizatoria, acompañada del caudillismo y la demagogía populista.

Edwards Vives, como se ha visto en el desarrollo de su libro, apenas toma aisladamente del concepto splengleriano para su República portaliana, sin desarrollar los contextos culturales, las complejas implicaciones y los alcances de las propuestas de “La Decadencia de Occidente”. Si el calificativo superficial puede ser aplicado a un proceso de recepción intelectual, éste cabría sin lugar a dudas a la utilización de la categoría de “República en forma” de Edwards Vives para su caracterización del régimen portaliano. El aristócrata chileno, medido en el ambiente social descrito en una novela como “Casa grande” de Luis Orrego Luco, hacía gala aquí de ese diletantismo histórico, insinuante, para el que el seguimiento de los presupuestos teórico-metodológicos escapa a su exigencia mundana. Una buena pieza de la penetración histórica sin rigor ni escuela propia de esta historiografía del caudillismo.

VIII

Una vez resaltadas las anteriores características de esta historiografía, basta subrayar algunos rasgos comunes a estos autores y sus obras. Hay que recordar que Ernesto Quesada era hijo de un prestigioso abogado, publicista, historiador y diplomático; que Justo Sierra, a su vez, pertenecía a una familia prestigiosa, y cuyo padre fue, al igual que el padre de Quesada, abogado de prestancia y diplomático; que Laureano Vallenilla Lanz procedía de familias de abolengo, enraizadas en la vida venezolana desde la época colonial; que Francisco García Calderón era el hijo primogénito del presidente peruano de su mismo nombre, quien fuera el último mandatario exiliado en Chile a causa de la guerra del Pacífico; que, por último, Alberto Edwards Vives pertenecía a los círculos más selectos del patriciado chileno. En una palabra que estos historiadores, de extracción social

selecta fueron portavoces de la preocupación política de sus círculos sociales, que vieron con preocupación, a veces sinceramente sentida, a veces arrogantemente despreciativa, la agitación social que se abría a sus pies y quisieron interpretar la época a la luz de fórmulas políticas de signo anti-liberal.

Hay que recordar asimismo que todos estos autores no fueron historiadores profesionales. Esto es importante para subrayar un cierto diletantismo con el que asumieron su deber de historiadores, más como consultores y guías que como catedráticos consagrados a la tarea persistentes de archivo. Combinaban su vocación de historiadores con la abogacía, la diplomacia, la política, la publicística; es decir, eran hombres de acción que encontraron, sin duda en la experiencia práctica, una fuente latente de su realismo o pragmatismo histórico. Estaban en contacto directo con el juego de salón, conocían por origen familiar y por los círculos en que se movían el peso del poder personalista en las decisiones públicas, habían pues “olido” de primera mano el aroma del presidente, del magistrado, del ministro, del diplomático. Así, pues, no se engañaban en abstracto con “las ilusiones del progreso”, para decirlo con el título de la obra de Sorel, y no cierto desencanto mundano translucen sus obras intelectuales.

Habría que argumentar que estos hombres en su conjunto fueron diletantes como historiadores, pero en modo alguno improvisados como hombres de letras. Sierra da el mejor ejemplo: en él la historia se eleva a la bellas letras, a la poesía en prosa, y esto no es fruto de la irresponsabilidad intelectual. La pureza y brillantez expresiva de este caso, no único, se combina con el cúmulo nada desdeñable de conocimientos históricos. Esto hace estas obras de orden justificativo y racionalizador, libros que de todos modos presentan un alto grado de

interés por el tipo de análisis que desarrollan como por el síntoma de malestar que pretender anticipadamente exorcizar. Sin duda, porque en el candente panorama social, se anunciaban a lo lejos los signos de una agitación sin precedentes y siempre podría haber el oportunista, enmascarado de redentor social, que diera un giro radical al juego tradicional de caudillo rural-masas campesinas, que en el fondo había determinado la vida pública hispanoamericana desde la Independencia. Estos autores si bien no predijeron el fenómeno general del populismo y sus múltiples consecuencias, sí sospecharon que algo grande se movía tras las masas urbanas y que en vano ellos estarían allí para indicarles su mejor camino.

Esta historiografía no articuló un discurso propiamente orgánico de las élites; es extraño que no establecieran una hipótesis de la necesidad de integración social y política de las élites y las masas, fundado en un nuevo orden sociológico, urbano, como por ejemplo lo venía elaborando el pensamiento italiano en cabeza de Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca o Robert Michels. Nuestra historiografía se reservó la sospecha, pero se eximió de elaborar una reflexión sociológica comparativamente significativa a su constatación histórica de la necesidad del caudillo. Tal vez estaba demasiado aferrada a sus presupuestos históricos y sus prácticas académicas como para presentar siquiera un esbozo teórico de la reformulación del “gendarme necesario”.

El proceso de acelerada urbanización tomó a las élites y sus historiadores por sorpresa y convinieron en reformular, justificativamente, el programa que más les convenía, sin percatarse del cambio sin precedentes que acompañó el desarrollo subsiguiente. El juego político de salón que Edwards Vives exhibe como propio de Chile, se convirtió de súbito en un juego que se filtraba a las capas medias y sobre todo a las populares que sintieron la irreversible necesidad de participar activamente las combinaciones de poder. Las transformaciones técnicas, como la radio, y la nueva opinión surgida de la analfabetización masiva, acabarían por redefinir esa participación, en adelante signada por la inestabilidad de nuevo cuño: las masas entrarían a la historia, no gracias a una teoría de las élites sentida más que intelectualmente formulada, sino a un populismo, por sí mismo confuso y vengativo, pero no menos necesario que el caudillismo del siglo pasado. Las masas urbanas, en particular las marginales, no podían sino depositar en cabeza de un hombre-fuerza aquella inmensa esperanza de revolcar a los “oligarcas” de salón sobre sus heces. Un heroísmo popular se abría entusiasta en forma subrepticia y una extraña mitología se remozaba. La retórica y la teatralidad populista ofrecerían temas y modales a las masas urbanas que no se conocieron antes. La historiografía comentada no podría dar cuenta anticipada de esa gran venganza colectiva, pues no estuvo entre sus presupuestos subrayar la hecatombe que se avecinaba. Paradójicamente en la intensa polémica contra el espíritu ilustrado -el cual presupone la implícita igualdad racional de los hombres- abrió esta historiografía las puertas al irracionalismo populista que, en contacto con los movimientos sociales (hay que advertir que esta historiografía cultivó cierto pathos de la distancia), aunó la heroicidad plebeya con el racismo nacionalista mestizo o indigenista. En estas circunstancias, no se puede demandar de ese mensaje elitario una correspondiente popularidad afectiva, sin perjuicio de negarle su innegable significación como termómetro -circunspecto o hipócrita- de su época.

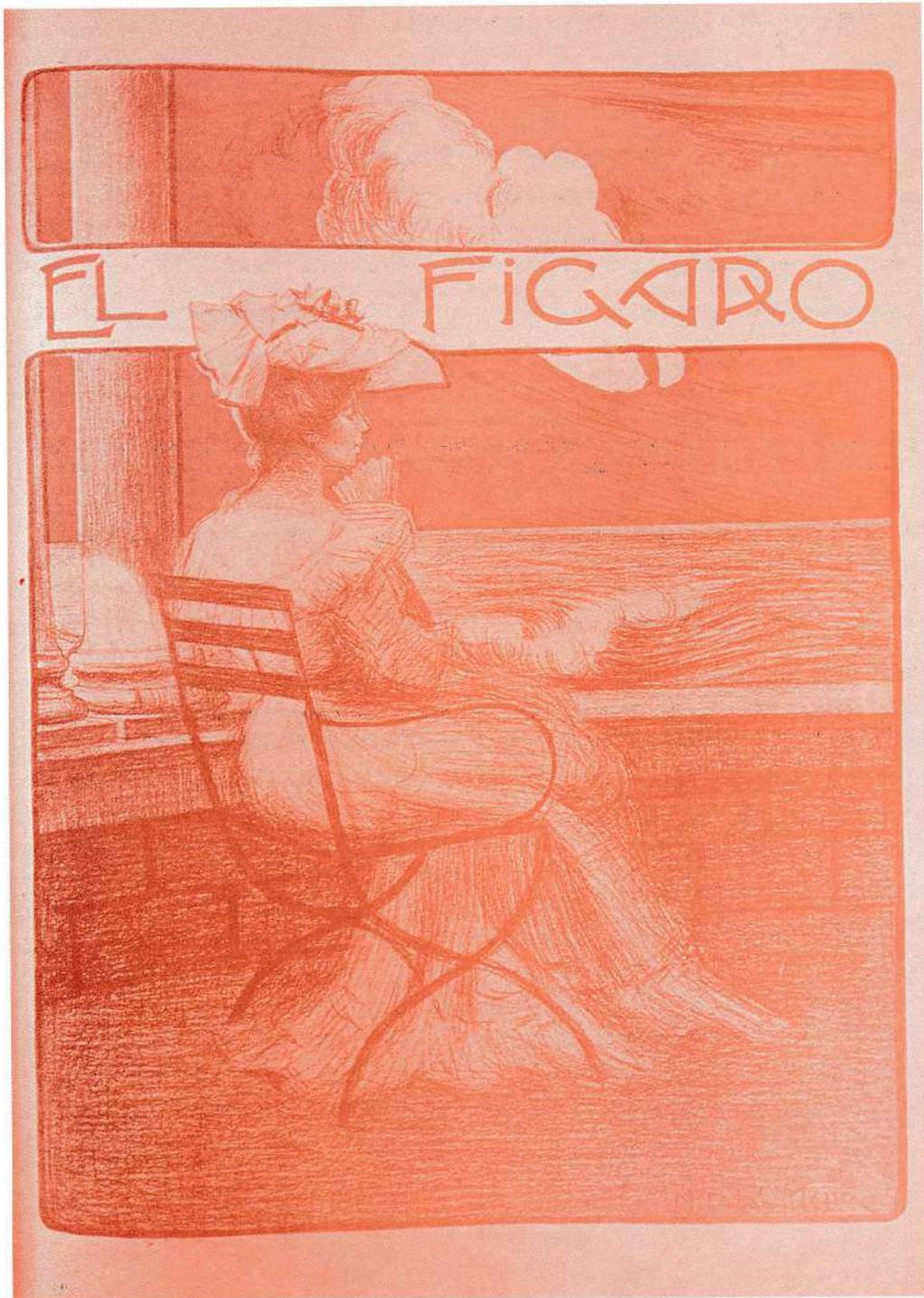
Queda por resaltar que esta historiografía pertenece a un proceso de secularización o, al menos, lo acentúa en forma perceptible. En ninguna de estas propuestas hay una apelación a una instancia divina o dogmático-católica para definir el origen del poder. Es de subrayar que el conservatismo de esta historiografía más bien entremezcló, en síntesis, el culto al héroe (que procedía de "Los Héroes" Carlyle, 1840) con el culto a la raza (procedente del "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas" de Gobineau, 1853) y el desencanto revolucionario (palpable en "Orígenes de la Francia contemporánea" de Taine, 1871) con el desprecio a la superstición de las masas (basados en "La psicología de las masas" de Le Bon, 1898). En todos estos casos, hay una nota desacralizadora del hecho político, no obstante se intente restaurar un orden añorado. La restauración misma es ya un esfuerzo racionalizador inconsciente de legitimar a despecho de la época su credo que requiere del énfasis, la mimesis y la polémica. Es decir, que ya no está seguro de sí mismo.

El "terrible hibridismo" racial que observa García Calderón como base del desorden político en América Latina, es decir, ese abierto racismo es propio de una corriente en boga europea, que encontró en páginas de un Gobineau fuentes de reflexión (él mismo García Calderón lo cita). Edwards Vives puede sentirse orgulloso del origen vasco de la aristocracia chilena, y no del catolicismo como principio de autoridad y orden. Así se pueden rastrear en cada uno de los autores hispanoamericanos, teorías conservadoras y a la vez seculares de diversas procedencias, mas todas motivadas por el rechazo al enciclopedismo y el jacobinismo revolucionario, etc. El *eclecticismo adaptativo* podría caracterizar en una palabra esa recepción de las incitaciones intelectuales europeas, sin que ninguno de ellos (aparte formalmente en Sierra, al seguir más fielmente a Comte) lograra genética y en forma sistemática desarrollar las categorías históricas y políticas que salpican sus escritos.

En fin, es necesario subrayar los vacíos de la historiografía del caudillismo, pues también en sus patentes omisiones se descubren sus debilidades. Esta historiografía, quizá salvo en parte Vallenilla Lanz, prescinde de articular la vida social y cultural a la vida política; en otros términos, el rico mundo de las costumbres y hábitos sociales, de las mentalidades colectivas, de los prejuicios y supersticiones, de la vida intelectual, de la prensa, además de la historia económica y jurídica en conjunto etc. están ausentes de los panoramas históricos que ofrecen al lector hispanoamericano. Vacío más sensible cuando se piensa que en estas décadas empezaron a publicarse obras de historia social y cultural sumamente valiosas como "La ciudad indiana" (1900) de Juan Agustín García, "La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú" (1929) de Jorge Basadre, "Rosas y su tiempo" (1907) de Ramos Mejía, "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana" (1928) de José Carlos Mariátegui, "Casa Grande y Senzala" (1933) de Gilberto Freyre y los trabajos de derecho indiano e instituciones jurídicas de la colonia de Silvio Zabala. Habría que advertir, en cualquier caso, que estos autores, a diferencia de los analizados, asumieron profesionalmente el oficio de científicos sociales (aparte de Mariátegui) y que la tarea de exploración de nuevas fuentes y problemas para la comprensión de la realidad social y cultural se impone como consecuencia de una ética científica, en el sentido moderno del término. Vale decir, nuestros autores no suponían la necesidad de una comunidad científicamente propiamente dicha. Sin embargo, este complejo problema, sustancial a la constitución de las sociedades contemporáneas, hace parte de otro capítulo de la historiografía continental que requiere de su investigación específica.

- ¹ BASADRE, Jorge. "Perú: Problema y posibilidad y otros ensayos". Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992. p324.
- ² Idem, p.323.
- ³ QUESADA, Ernesto. "La época de las rosas". Buenos Aires: Instituto Panamericano de Cultura,1954. p. 51-55.
- ⁴ Idem, p.67.
- ⁵ Idem, p.100
- ⁶ SIERRA, Justo, "Evolución política del pueblo mexicano". Caracas: Biblioteca ayacucho, 1977. p.282
- ⁷ Idem, p. 284.
- ⁸ Hay que recordar que Sierra no acompaña la nueva recolección de Porfirio Díaz en 1899, por considerarla en contra del espíritu liberal mexicano.
- ⁹ Aquí, en la edición "Cesarismo democrático y otros textos". Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.
- ¹⁰ Idem, p.84.
- ¹¹ Idem, p.94
- ¹² Reseña producida en esta edición, (ps.155-7). Publicada originalmente en *El Tiempo* (Bogotá, julio 9 de 1920)
- ¹³ EDWARDS VIVES, Alberto. "La fronda aristocratica de Chile. Santiago de Chile: 1982, p.64.
- ¹⁴ En la presentación del libro de Edwards Vives, Gongora califica esta colección de ensayos periodísticos como la mejor interpretación política de Chile. Esta opinión la ratifica en su libro "Ensayo historico sobre la noción de Estado en Chile en el siglo XIX-XX" (1981).
- ¹⁵ CALDERON, García, Francisco. "Las democracia latinas de América. La creación de un continente". Caracas; Biblioteca Ayacucho, 1979. P.49.
- ¹⁶ Idem.p. 114.
- ¹⁷ Idem, p. 1141
- ¹⁸ Taine, al igual que autores como Gustave Flaubert o Emile Zola, reaccionó ante los sucesos de 71 en forma significativa. Su decidido rechazo a los acontecimientos que siguieron a la caída del Segundo Imperio contrasta con la actitud de perplejidad circunspecta de Flaubert o del emotivo entusiasmo de Zola.
- ¹⁹ TAINE, Hipólito. "Los orígenes de la Francia contemporánea". Buenos Aires, Editorial Mayo, 1944. Aquí nos referimos al libro III y IV. P.165-305.
- ²⁰ Vallenilla Lanz. Op. Cit. P.85
- ²¹ LE BON, Gustave. "Psicología de la masas". Madrid; Ediciones Morata, 1983.
- ²² Idem, p. 59
- ²³ En su libro sobre la Revolución francesa, Le Bon reprocha a Jules Michelet el haber exaltado al "noble y buen pueblo francés" como el héroe único de la Revolución sin percatarse del hecho incontrovertible de que toda la masa activa requiere de un conductor apasionado.
- ²⁴ Le Bon. Op. Cit. p. 24

Un día de Norte
Marco Tobón Mejía



***Colombia al comienzo
del nuevo siglo:
Paz, desarrollo y
governabilidad***

Alejo Vargas Velásquez

A **Pensar el futuro**

Uno de los grandes retos, preocupaciones e incertidumbres en toda sociedad y en casi todos los seres humanos es tratar de responderse la pregunta por el mañana, es decir por el futuro, porque esto determina el actuar de hoy y sobre todo porque se está permanentemente a la búsqueda de certezas. La importancia que para muchos tiene la planeación es justamente tratar de conducir el actuar de hoy para acercarse a un futuro deseado. Pero “ante todo el futuro es una categoría mental, no una realidad materializada,.. (a pesar de que) el proceso de representación del futuro pone en juego tres elementos fundamentales: La percepción, las estructuras mentales; y la estructura de la realidad.”¹

A propósito del futuro es útil, siguiendo a Javier Medina, mencionar las diferentes concepciones existentes acerca del mismo: “En la antigüedad, en el contexto mágico- religioso, surgieron las prácticas

de la adivinación y la profecía, *ligadas a la imagen del futuro como destino*, según la cual las fuerzas sobrenaturales regían inexorablemente la vida social. Luego, en el contexto literario, ligado al advenimiento de la sociedad industrial y el auge de la idea de progreso, la utopía y la ciencia ficción plantearon la posibilidad de usar la imaginación para crear futuros distintos al momento presente. En ellas predominaba *la imagen del futuro como porvenir*. Finalmente, a partir del siglo XX, pensando *el futuro como devenir*, son los filósofos, los científicos y los tecnócratas, quienes crean los estudios del futuro, buscando incorporar el largo plazo en el análisis de las transformaciones históricas, con miras a estructurar la acción presente en el sentido deseado.”²

En relación con el futuro percibido como una construcción social podemos señalar, siguiendo siempre a Javier Medina que “el futuro nunca aparece como una construcción nítida, pronta y acabada, *El futuro es un proceso en mutación*.” Inspirado en Eleonora Masini, Medina señala algunas características de una perspectiva en esta dirección así: “*Construir el futuro implica el pensar en el futuro como una necesidad, una escogencia y una manera de vivir*”, sobre todo en éstos dos últimos sentidos. Ante todo pensar sobre el futuro es un acto de voluntad basado no en la aceptación de un futuro escogido por otros a cualquier nivel (familia, ciudad, país o planeta). Significa asumir una responsabilidad no sólo en la escogencia sino también en el esfuerzo especial para realizar con hechos ese futuro deseado... “*Construir el futuro es un proceso histórico y participativo*. Es participativo en todos los niveles: familia, ciudad, organización, país. De lo contrario, se trataría de un futuro que significaría la manipulación de los futuros de

los otros. De otro lado, desde el punto de vista epistemológico es un proceso históricamente dinámico, que crea continuamente nuevas formas de incerteza y, al mismo tiempo, de oportunidades para ser validadas por los interesados en el futuro, en términos de principios...

“*Construir el futuro conlleva replantear varias creencias populares acerca del futuro*, las cuales de tanto ser repetidas, acaban por ser asumidas como verdades. La primera creencia es que podemos “descubrir” el futuro en toda su extensión; la segunda, al contrario, asume que el futuro es algo imprevisible, aleatorio, indescifrable, por tanto, que simplemente se instala, independientemente de nuestra voluntad, por lo cual sólo nos resta esperar para ver lo que él nos reserva...”³

En esa medida la construcción social de nuestro futuro está altamente condicionada por la capacidad y el sentido de las soluciones que podamos darle a los grandes problemas nacionales del momento y en especial el conflicto interno armado, sin creer que el interés de unos se puede obtener sobre la base del perjuicio de los otros, lo cual requiere pensar de manera creativa la planeación que “no es otra cosa que “la instrumentalización en el plano técnico de un proyecto político”⁴ en la medida en que define las bases del futuro deseado de la sociedad o del ‘deber ser’ social ... la planeación es algo inevitable, ya que renunciar a ella implicaría renunciar a pensar el futuro, dejar todo a la improvisación o permitir que otros piensen el futuro por nosotros. Sin embargo se trata de encontrar mecanismos que acerquen el futuro - sinónimo de la planeación- al presente en el cual se mueven las sociedades reales. Se trataría de acercar la racionalidad técnica - con la cual operan los planificadores -, a la racionalidad política - la que mueve a los actores políticos y sociales...

“ Los caminos que ha venido abriendo las propuestas de la denominada ‘planeación estratégica’ abren un horizonte de posibilidades para construir formas novedosas de planeación que se adecuen a las nuevas realidades de la sociedad y de la economía que están marcadas por la flexibilidad: de los procesos productivos, de las relaciones laborales, de la política, de la intervención del Estado.

“ Algunos de los principales elementos aportados por los desarrollos de la ‘planeación estratégica’ acerca de cómo re-pensar y operacionalizar la planeación serían los siguientes:⁵

“1) Criticar los basamentos de la planeación tradicional que fundamentalmente son: el no reconocimiento de actores sociales y por supuesto omitir el conflicto como elemento central de la dinámica social; pretender dar una explicación racionalista de la realidad, que se manifiesta en el concepto tradicional del diagnóstico que supone que hay una sola lectura de la realidad, la de los planificadores; ignorar que las sociedades reales son sistemas totales que involucran lo económico, lo social, lo político y que por consiguiente los criterios tradicionales que iluminaban a los planificadores, tales como eficiencia, eficacia, viabilidad, no tienen una dimensión única de tipo económico, sino que cuentan con una pluridimensionalidad; ignorar por supuesto que las sociedades reales están formadas por sujetos creativos y que son dinámicas y no estáticas; superar su ruptura con el presente y trabajar con las condiciones reales existentes sin esperar condiciones óptimas inexistentes; no trabajar con problemas reales.

“ Dentro de esta concepción de la planeación tradicional, racionalista y que omite la presencia de actores sociales reales, las posibilidades de una planeación participativa no parecen ser otra cosa que intentos de ‘legitimar’ decisiones

estatales previamente decididas y en algunos casos mejorar la calidad de la información que se recolecta, pero sin ninguna intención real de abrir posibilidades de incidir en la toma de decisiones sobre los problemas reales.

“ 2) Aportar criterios para una nueva forma de planificar:

el primero de ellos parte de reconocer que la sociedad está compuesta de actores, que tienen cada uno de ellos su propio proyecto de sociedad o su propia ‘imagen- objetivo’. Lo anterior implica que si se quiere conseguir determinados objetivos hay necesidad de vencer a los oponentes o llegar a consensos con ellos. Entonces la planeación se debe pensar como un proceso de cooperación o conflicto. Si partimos de entender que hay diversos actores en la realidad, ello significa aceptar que hay diversas lecturas de la misma (no existe el DIAGNOSTICO como visión única de ella) y que el esfuerzo de la planeación es ir incorporando progresivamente las diversas perspectivas de aproximación a la realidad que tienen los diversos actores, para entender, a partir de allí sus propios proyectos de futuro; la planeación debe ser dinámica y por consiguiente debe entenderse como un proceso de reflexión-acción-evaluación-reformulación, (esto implica que la planeación no puede ser un ejercicio exclusivo de los planificadores, sino que debe involucrar a los miembros del sistema político y administrativo, quienes tienen la responsabilidad de ejecutar el Plan y a los actores de la sociedad real), con una ‘estructura modular del Plan (en contraposición a la idea tradicional del Plan-libro) y que contemple en cada momento de la misma la confrontación entre el ‘deber ser’ y lo ‘posible’ y sitúe las estrategias de cooperación - conflicto como elementos centrales del proceso de planeación.

“ Sin duda que estas perspectivas no resuelven todos los problemas de la planeación: no son

'recetas' para todas las situaciones, por cuanto cada conjunto de situaciones problemáticas requiere diseños particulares; ni elimina los problemas de incertidumbre inherentes a las ciencias sociales y en este sentido la planeación debe de manera modesta ubicarse en una perspectiva de 'aprendizaje-corrección-aprendizaje'. Pero sí abre sin duda avenidas por las cuales avanzar-haciendo y en un proceso de ir perfeccionando la teoría en la medida en que se actúa sobre la realidad para transformarla.

“6

B. El conflicto armado y sus factores asociados

Una de las características de la Colombia contemporánea es la violencia que se presenta en muchos ámbitos de la vida nacional y un conflicto interno armado que tiene ya casi cuatro décadas de duración. En esto inciden factores de orden estructural que hunden sus raíces en la configuración histórica del país, que han dado como resultado estructuras socioeconómicas y políticas excluyentes que impiden el ejercicio de la ciudadanía para una buena parte de la población.

Este conflicto político armado, que de manera creciente se parece más y más a una guerra civil, hay que resolverlo con prioridad, ya que no parece posible la consolidación de la democracia colombiana, ni hacer vigentes los derechos políticos para amplios sectores de la población por cuanto se mediatiza un conjunto de derechos ciudadanos, condiciona el comportamiento del Estado y de los actores políticos y deja amplias zonas del territorio nacional bajo jurisdicción de autoridades militares que tienden a mirar toda expresión de cuestionamiento y crítica como una manifestación de la subversión política.

Este conflicto interno armado tiene unos elementos de causalidad estructural que lo explican, que trascienden lo coyuntural; a su vez son los ejes sobre los cuales se debe orientar todo el esfuerzo reformista si se quiere una superación negociada del mismo.

i) Las estructuras de exclusión.

El primero de esos factores de causalidad estructural es el que hace referencia a unas estructuras de exclusión presentes en la sociedad colombiana en el largo plazo. A pesar de sus intencionalidades, los modelos de desarrollo colombianos han excluido importantes grupos de los beneficios del desarrollo. Las políticas reformistas, en buena medida tan solo el reflejo de una u otra ideología, no han tenido cobertura real en amplios sectores sociales, y ello en antes que mejorar, ha tendido a empeorar.

Los procesos de consolidación de los Estados - Nación han pasado por una mezcla de políticas de acumulación y de redistribución, y en los últimos tiempos, marcados por los discursos neoliberales, la tendencia ha sido priorizar la acumulación y minimizar su redistribución. Los altos niveles de pobreza y de indignancia que hoy día existen en Colombia son una evidencia de ese acumulado histórico de exclusión socioeconómica. .

Igual comportamiento encontramos en lo relativo a la exclusión política. La dinámica política colombiana ha estado canalizada por un sistema de partidos sustentado en un bipartidismo fluido, bipolar y sin ningún tipo de polarización lo cual le ha dado al conjunto del sistema de partidos una orientación centrípeta y poco proclive a estimular la participación electoral.⁷

Todo lo anterior ha contribuido a consolidar una cultura política que dificulta estructuralmente la oposición y que no ha posibilitado el hacer realidad conceptos de amplia raigambre democrática como los de diversidad y heterogeneidad del sistema de partidos políticos, de una parte, y el reconocimiento del conflicto, de otra, como expresión de la multiplicidad de opiniones, fuerzas e intereses existentes en la sociedad.

Tradicionalmente el problema de la llamada exclusión regional se ha asociado a los procesos de construcción del Estado - Nación, considerando, con José Jairo González, “el espacio nacional efectivo o integrado, aquél sobre el cual el Estado se despliega con toda su legitimidad”⁸, tanto en lo espacial, en la perspectiva seguida por quienes conciben la existencia de una especie de ‘polo central’ definido con André Louis Sanguin como “el espacio en el cual y alrededor del cual un Estado adquiere su origen y en donde su cristalización anima la integración”⁹ como en lo político, en lo cultural y en lo económico-social.

Es pertinente señalar, que cuando hablamos de exclusión no estamos asumiendo la posición ‘conservadora’, que entiende “la sociedad como una suma de partes separadas”, ni la perspectiva funcionalista y armónica de la vida social a la cual es necesario integrar a los excluidos. No. Estamos concibiendo con Ivan Dechamps “que la totalidad social no aparece más como un todo homogéneo, cerrado y más o menos equilibrado, sino como un campo dinámico de relaciones y de prácticas estructuradas en torno de las funciones sociales portadoras de la unidad social.”¹⁰

La relación entre la región y la nación pasa por la construcción social de las regiones y éste es un proceso histórico dinámico y conflictivo en

medio del cual se dio el surgimiento de las sociedades regionales y simétricamente la cimentación de la nación.

Igualmente hacemos referencia a la exclusión ejercida por diversos actores para eliminar (física, simbólica o espacialmente) todo tipo de diferencia política o de oposición a propuestas de desarrollo (económico, político, social). Es la expresión, sin duda, de una cultura intolerante y fuertemente dogmática la que orienta sus actuaciones.

ii) El problema del narcotráfico.

Colombia como ningún otro país de América Latina, ha tenido una historia muy particular alrededor del problema de las drogas: cultivos ilícitos (marihuana, cocaína, amapola), procesamiento y producción de estupefacientes, comercialización y distribución. Desde la perspectiva histórica el problema del narcotráfico pasa por el reconocimiento de la existencia de una cultura de la economía ilegal.

Surge como una actividad productiva y mercantil, de carácter internacional y al margen de la legalidad, desarrollada por individuos y organizaciones interesados fundamentalmente en la consecución del lucro personal. Esto nos muestra las tres grandes características que tiene esta actividad: ilegalidad, proyección internacional y el ser una actividad económica capitalista con grandes rendimientos, justamente por las dos primeras características.

Progresivamente se inician los procesos que intentan insertar en lo social y en lo político colombiano a estos nuevos sectores sociales y allí comienzan a presentarse choques con los sectores tradicionales dominantes y algunos subordinados de la sociedad, fundamentalmente por los reparos éticos que se le formulan a estos advenedizos.

Simultáneamente comienza un proceso de inserción económica de los nuevos capitales, proceso que en principio tiene poco rechazo. Uno de los sectores en que se inicia esta inserción, es el sector agrario, compra de tierras. Y allí se va a entrecruzar este nuevo capital con los conflictos asociados a la confrontación con la guerrilla y se van a generar regionalmente diversas modalidades de relación, unas de confrontación y otras de cooperación. En varias regiones estos nuevos propietarios de tierra van a apoyar la creación y consolidación de los denominados “grupos de autodefensa”, para luchar contra lo que se considera los desmanes de las guerrillas.

Dentro de esta dinámica expansiva del problema de la droga se inició una confrontación limitada con algunas instituciones estatales por algunos grupos dedicados a la comercialización y distribución detallista de la droga y de manera creciente acudieron a los métodos terroristas que de forma indiscriminada afectaban a los diversos sectores sociales, como estrategia para incrementar al máximo su capacidad de presión sobre las primeras y de intimidación generalizada sobre los segundos.

La confrontación entre instituciones estatales y los sectores del tráfico de droga, que se desarrolló fundamentalmente alrededor del uso de la extradición por el primero, y de los métodos terroristas, por los segundos, devino progresivamente hacia la búsqueda de espacios de salida no militar, que mimetizarán una salida con visos de negociación. La Asamblea Nacional Constituyente de 1991 al eliminar dentro de la nueva Constitución Política de Colombia la extradición de colombianos, creó un marco normativo adecuado para buscar salidas diferentes a la de la guerra que primó al final de los 80s.

A mediados de los 90s, en la elección presidencial, la penetración de los dineros del narcotráfico en las campañas políticas hace metástasis y la legitimidad del gobierno y de parlamentarios, comienza a ser puesta en cuestión por razones éticas, pero también por la presión internacional de los Estados Unidos que se va a expresar en la descertificación y la amenaza de sanciones económicas posteriores.

Muchos analistas del conflicto armado colombiano han anotado, que la principal preocupación de los Estado Unidos en relación con esta guerra interna radica en los cultivos ilícitos y la manera como éstos pueden estar siendo la principal fuente de financiación de la misma, e incluso señalan que para ellos el único punto concreto de la ‘agenda común’ de negociación sería el de la sustitución de los cultivos ilícitos.

La información satelital, con base en la cual fundamentan su preocupación los norteamericanos es la siguiente para el año 1998:

Con relación a coca, había 115.450 hectáreas de cultivo bruto de las cuales se destruyeron por fumigación 13.650, quedando 101.800 de cultivo neto que producen aproximadamente 81.400 toneladas de hoja de coca y una producción de cocaína estimada de 165 toneladas. Esta cifra de 101.800 hectáreas de coca es más preocupante si tenemos en cuenta que hace diez años, en 1988, sólo teníamos 34.000 y luego de un decenio de lucha a través de la fumigación el área cultivada se ha triplicado. La distribución regional de los cultivos muestra que, es la región del sur del país en la cual la confrontación militar ha sido más intensa en los últimos años la que alberga la mayor cantidad de cultivos de coca con el 94% del total de los mismos.

En lo que hace a la amapola, la información del satélite, nos reporta 6.100 hectáreas de cultivo neto con unas producciones estimadas de 60 toneladas de opio y 6 toneladas de heroína. Frente a la amapola la actividad de control parece haber sido un poco más eficaz, pues si bien no se ha dado una reducción sustancial del área sembrada, pasó de 6.540 has. en 1994 a 6.100 en 1998, por lo menos no se ha permitido un incremento fuerte de la misma. Regionalmente el cultivo de amapola de nuevo se ubica en el sur del país, con el 75% del total reportado en el país.

Pero los cultivos ilícitos son un reflejo de la perversión del modelo de desarrollo agrario vivido en la sociedad colombiana en el último medio siglo: la carencia de apoyo a los productores de economía campesina, unido a la falta de decisión política para hacer una reforma agraria real, no de mentirillas, empujó a los colonos y a los campesinos despojados de la tierra, de manera progresiva, hacia las puntas de colonización en la Orinoquía y en la Amazonía, regiones con una riqueza en diversidad muy grande, pero con suelos frágiles para la agricultura comercial; esto sumado a la crisis de la agricultura reflejada en el desestímulo de cultivos comerciales, que dejó sin trabajo una gran cantidad de recolectores que de manera trashumante se desplazaban regionalmente al ritmo de las cosechas, muchos de los cuales se reconvirtieron en raspachines de coca. Los cultivos ilícitos fue la única alternativa que les quedó.

Podemos decir, entonces, que la problemática de los cultivos ilícitos no es otra que la del viejo problema agrario no resuelto por las denominadas estrategias de desarrollo y la solución de éstos, vía la sustitución, pasa por dar respuesta seria al problema de alternativas productivas que sean económicamente rentables, y esto acompañado de dotación de

infraestructura productiva (vías, crédito, asistencia técnica, mercadeo, comunicaciones) y de una infraestructura básica social (educación, salud, recreación).

Entonces, efectivamente, dar respuesta no represiva a los cultivos ilícitos es en buena medida desactivar una parte sustancial del conflicto armado colombiano y saldar así parte de la deuda de nuestro desarrollo agrario.

Podríamos señalar que el problema de la droga en la sociedad colombiana ha obrado como un especie de articulador y disparador de múltiples elementos que ya estaban presentes en la realidad colombiana: corrupción, desconfianza en la política y los políticos, incredibilidad institucional, las múltiples violencias.

iii) Tendencia a modernizar sin democratizar:

Las elites gobernantes en Colombia a través de la historia, tuvieron la tendencia a impulsar procesos de modernización, sin que ello implicara simultáneamente democratización de la sociedad. Desde finales de los 80s centraron todos sus esfuerzos en la denominada Modernización del Estado.

Es la vieja tradición colombiana, de dissociar norma y realidad, de considerar que los problemas de la realidad se resuelven simbólicamente en el ámbito normativo: frente a cada problema en la realidad la respuesta es una norma y por lo general ésta no se cumple. Y en esa medida en los últimos decenios las elites dirigentes colombianas le embolataron a la sociedad las necesarias reformas que requería para su introducción real en la modernidad y la consolidación de la democracia y el proceso de reforma del Estado, incluido allí la expedición de la Constitución Política de 1991 que en este campo fue la síntesis y la culminación de un proceso reformista iniciado quince años atrás, puso todo el acento en la modernización del estado y “olvidaron” la necesidad de la democratización del mismo.

iv) La impunidad y la crisis de la justicia:

No hay duda de que en una sociedad en la cual no existan reglas imparciales para todos y jueces que las apliquen con el mismo criterio de imparcialidad, no es posible la convivencia armónica, no hay credibilidad en las instituciones estatales y hay alta probabilidad de que el recurso a la mal llamada "justicia por mano propia" se generalice y ese ha sido sin duda el caso de la sociedad colombiana.

Uno de los grandes problemas que enfrenta la sociedad colombiana desde hace varias décadas, a pesar de las reformas incluidas en la Constitución Política de 1991, es el de la eficacia de la justicia y cuyo reflejo más claro son la criminalidad oculta y los índices de impunidad.

Todo indica que la impunidad es un elemento de causalidad muy grande para retroalimentar la espiral de violencia y una tentación justificatoria para acudir a las prácticas retaliatorias.

C. Las posibilidades de reversión

Frente a esta compleja situación que vivimos los colombianos el reto que tenemos por delante es cómo revertir estas tendencias y avanzar en la construcción colectiva del futuro que deseamos y que sea posible. Veamos los elementos condicionantes y las posibilidades de avanzar en esa dirección.

i) Nuevo Contexto Internacional

Es necesario recordar que el mundo pasó de un escenario marcado por la bipolaridad y la denominada 'guerra fría', a otro caracterizado por la unipolaridad en lo político - militar (un solo polo dominante, los Estados Unidos de América) y la multipolaridad en lo económico

(pareciera avanzarse, aunque todavía sin la suficiente claridad, hacia la conformación de bloques económicos regionales). Lo anterior, junto con el cambio de las relaciones Este-Oeste, ha influido en el replanteamiento de las relaciones Norte - Sur, en el rol de la ayuda al desarrollo y en el peso relativo que a nivel internacional tienen movimientos de países del Sur como los No Alineados.

De otra parte, hay una tendencia marcada a la resolución por la vía política negociada de viejos conflictos armados que atravesaban diversas sociedades: Suráfrica, Namibia, Israel y Palestina, El Salvador, Guatemala, México, Irlanda del Norte.

Las prioridades de la agenda global, fuertemente condicionada por el país hegemónico dominante, abarcan aspectos como la utilización racional del medio ambiente, el problema del tráfico de drogas (la comunidad internacional observa con preocupación creciente las interrelaciones posibles entre organizaciones guerrilleras y de autodefensa o paramilitares, con la actividad ilícita del narcotráfico), la consolidación de la democracia y con relevancia, el respeto y vigencia de los derechos humanos en las distintas sociedades. La presencia de la Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos en Colombia, es un reflejo de esta nueva y creciente preocupación internacional.

La propuesta de los Estados Unidos en la última reunión de la OEA en Guatemala, dejada caer como con cierto desgano, en el sentido de proponer que la organización regional prevea la posibilidad de crear un mecanismo multilateral de países para intervenir en aquellos casos en que la democracia esté en peligro, sin duda que deja planteada la posibilidad de futuras intervenciones internacionales (armadas o no) en el conflicto armado colombiano. Porque era

Colombia quien se encontraba como referente para todos los embajadores cuando se hizo la propuesta.

Efectivamente, la guerra interna que estamos viviendo en nuestro país cada vez se transforma más en un conflicto de preocupación regional, por las siguientes razones: Primero, ha venido afectando de manera creciente a los países vecinos, si repasamos la situación con ellos encontramos el siguiente panorama: Venezuela ha venido siendo afectada por nuestro conflicto armado de manera significativa, sus ciudadanos han sido secuestrados por los actores armados colombianos, sus fuerzas armadas atacadas por los guerrilleros, sus fronteras utilizadas para tráfico de armas, todo lo cual los ha llevado a crear los llamados "Teatros de Operaciones" en la frontera con Colombia y a destinar una buena parte de su presupuesto de defensa para estos efectos; solamente con la llegada al poder de Hugo Chavez la situación se ha modificado por su clara posición de apoyo a una solución política negociada y aún así sigue recibiendo oleadas de refugiados por la guerra interna colombiana. Panamá ha venido recibiendo los últimos años crecientes volúmenes de desplazados del Urabá chocoano y antioqueño e incursiones periódicas de los actores del conflicto armado colombiano. Ecuador y Perú han tenido fronteras 'calientes' con nosotros, en las cuales el tráfico de armas y explosivos ha sido permanente y eventualmente se han dado incursiones de guerrilleros colombianos en estos países. La situación con Brasil si bien ha sido menos crítica, no deja de haber tenido situaciones que causan preocupación.

Segundo, comienza a afectar la seguridad para los Estados Unidos, desde su perspectiva, no solamente porque al final del presente año se producirá la devolución del Canal de Panamá para que sea administrado por parte de los

panameños y ésta vía interoceánica sigue siendo considerada de interés vital y al ser este país débil desde el punto de vista militar, consideran los Estados Unidos que no habría una garantía seria de seguridad para el Canal, sino también porque Venezuela es el exportador de petróleo más importante de la región latinoamericana hacia el mercado norteamericano. Pero sobre todo se encuentra el problema de la droga, o más precisamente de los cultivos ilícitos de coca, materia prima para la cocaína y de manera creciente los de amapola, base para la producción de opiáceos y en especial de la heroína. Esto último y nada más es lo que explica el interés especial del gobierno norteamericano por el proceso con las FARC en el Caguán, en la medida en que ésta guerrilla tiene sus principales áreas de influencia en las zonas con mayor producción de coca y amapola y por consiguiente los Estados Unidos se sienten con la autorización para monitorearlo al detalle, para evitar, según ellos, que aprovechando la negociación se vaya a aumentar las áreas sembradas en cultivos ilícitos. Igualmente, lo anterior, junto con el hecho de tener las FARC una importante influencia social en los productores cocaleros, es lo que ha llevado a esta organización a proponer a Cartagena del Chairá, principal productor de coca en el Caquetá, para un programa piloto de erradicación, buscando de esta manera enviar un mensaje al 'coloso del norte' de su no compromiso con los cultivos ilícitos.

Podemos decir, entonces, que los Estados Unidos ya están metidos en el conflicto armado colombiano, para la paz o para la guerra, por lo menos indirectamente, y que prepara el terreno en la OEA para eventuales escaladas de intervención política o militar. Y esto probablemente sea una pista para entender la persistencia del ELN en meter a los

gobiernos de la Unión Europea en la búsqueda de la paz en Colombia, tratando de ponerle algún contrapeso de importancia a la presencia del país dominante a nivel global.

En los últimos tiempos aumentan las voces de quienes hablan de una inminente intervención extranjera o más precisamente norteamericana en el conflicto interno colombiano. El anterior clima ha sido producto de la convergencia de varias circunstancias: a) de una parte, un creciente proceso de regionalización del conflicto interno armado, como lo acabamos de mencionar; b) los efectos no previstos o efectos perversos de la llamada 'diplomacia para la paz', que ha llevado a internacionalizar el conflicto mismo y no solamente la posibilidad de su solución política; c) las 'visitas' reiteradas y de manera recurrente de altos funcionarios, militares y civiles, del gobierno norteamericano, junto con las giras, con tonos alarmistas, del llamado zar antidrogas norteamericano a los países de la región enfatizando la idea del riesgo que comienza a ser Colombia; d) los rumores, derivados de lo anterior, en la prensa del continente acerca de hipotéticas invasiones militares.

No hay duda que las fronteras entre ayuda e intervención son bastante grises en muchos aspectos. Por ello, se puede afirmar sin ninguna equivocación que si por intervención se entiende la presencia masiva de tropas norteamericanas en nuestro país, esta es una opción no descartable del todo pero muy remota; esa alternativa no se contempla en un horizonte de corto plazo, es decir, no hay probabilidad de que veamos desembarcos de 'mariners' gringos en las costas del Atlántico o del Pacífico en los próximos meses. Si se trata, por el contrario, de ayuda, sobre todo en el área de inteligencia tecnológica con equipos sofisticados y apoyo satelital, de mejorar la capacidad de movilización de la tropa con nuevos helicópteros

y aviones, de entrenamiento militar de fuerzas de elite, entonces sí tenemos ya una presencia extranjera muy importante, no sólo norteamericana, en Colombia. El accidente del avión norteamericano en el cerro de Patascoy ejemplifica claramente lo anterior, pero no es sólo ese caso.

Adicionalmente los Estados Unidos, o por lo menos algunos de sus funcionarios, parecen estar alentando una coalición de países vecinos de Colombia bajo el discurso del riesgo que significa el conflicto armado colombiano para su propia seguridad, no tanto en la perspectiva de intervenciones militares coaligadas, sino más bien para que se transformen en una especie de 'grupo de presión' internacional sobre el gobierno e indirectamente sobre la insurgencia, para tratar de incidir en la velocidad e irreversibilidad del proceso de negociación, siempre con la amenaza latente de otras opciones, incluida la militar. Lo anterior, sin embargo, se ha resquebrajado por la posición del gobierno del presidente Chavez en Venezuela, claramente favorable a la solución política negociada y la de Brasil de no quererse enredar, por ahora, en problemas que son marginales frente a sus intereses estratégicos.

La solicitud de funcionarios norteamericanos al gobierno colombiano de una estrategia integral clara que combine paz, narcotráfico y economía, parece indicar un cierto giro en el apoyo irrestricto que ha venido brindando los Estados Unidos al gobierno Pastrana y una búsqueda de presionar una ruta más clara de mediano plazo en relación con estos tres problemas estratégicos, que permitan visualizar si el apoyo norteamericano se prioriza en el campo de la negociación o si se inclina más a la ayuda militar para la confrontación con la insurgencia y ya no sólo frente al narcotráfico.

ii) Los escenarios posibles del conflicto interno armado

El conflicto armado colombiano presenta tres escenarios posibles en su desarrollo futuro :

1) el de la victoria militar de cualquiera de las partes enfrentadas, que parece bastante improbable en el futuro inmediato, por cuanto los distintos actores armados institucionales o extrainstitucionales, cuentan con capacidad para golpear a su enemigo pero no para propinarle una derrota sustancial y definitiva.

2) El de la continuidad conflictiva, que parece altamente probable para el corto plazo y que implica una continuación de la situación actual, con incrementos crecientes, golpes tácticos militares de las dos partes, pero continuando la situación de indefinición militar y política lo cual conlleva costos crecientemente en ascenso para el conjunto de la sociedad. Acompañado de una progresiva inserción traumática a nivel regional, del poder de la guerrilla dentro del Estado regional.

Este escenario adquiere relevancia en el corto plazo, adicionalmente, si tenemos en consideración que la guerrilla y otros actores armados como los grupos de autodefensa, disponen de recursos de financiación muy amplios, particularmente derivados del 'impuesto' a las actividades del narcotráfico, que les permiten una reproducción de la confrontación militar.

3) La negociación política del conflicto interno armado aparece como un escenario altamente probable en el mediano plazo, sobre todo en la medida en que la continuidad conflictiva se incremente y los costos sociales tiendan a afectar cada vez de manera más significativa al conjunto de la sociedad.

Este escenario puede colocarse como prioridad en la medida en que la sociedad colombiana comience a presionar de manera más activa a los actores del conflicto armado para que busquen una solución negociada, igualmente lo haga de manera más articulada la comunidad internacional sobre la guerrilla y el gobierno colombiano.

iii) Las dificultades para la solución negociada en el corto plazo

Todo indica que las posibilidades de consolidación de la solución política negociada no están en el corto plazo y allí es necesario analizar el porqué, más allá de miradas de corte voluntarista. Nuestra hipótesis es que las posiciones de las partes se encuentran por el momento bastante distanciadas lo cual hace poco probable que en el corto plazo las mismas logren acercamientos sustanciales.

En el trasfondo del conflicto político armado hay planteado, como lo señalamos, un conflicto de poder, entre el Estado y los sectores dirigentes de la sociedad, de una parte y las organizaciones insurgentes que pretenden disputarles ese poder.

Si se está frente a un proceso de negociación política, no se puede pensar que lo único y seguramente tampoco lo primero a negociar es el cese del fuego. Por ello es importante destacar lo planteado por los últimos gobiernos de negociar en medio de la confrontación. Es necesario que se llegue a acuerdos en ese punto, pero el que se avance en este campo está ampliamente asociado a qué pasa con la agenda política. Al respecto es ilustrativo analizar las agendas de negociación acordadas entre el gobierno nacional y las FARC en el Caguán, la denominada 'agenda común', así como los procedimientos establecidos para el análisis de la misma y la agenda establecida para la Convención Nacional con el ELN.

Se trata, a diferencia de los anteriores procesos adelantados en Colombia, de intentar una solución política negociada con unas guerrillas que no han renunciado a su proyecto político - militar y que se consideran con posibilidades de éxito, por lo menos en el campo militar. Esto sitúa las conversaciones en la perspectiva de encontrar soluciones a las causas estructurales asociadas al conflicto interno armado y no simplemente lograr condiciones de favorabilidad para la desmovilización y la reinserción. Por ello la situación es completamente diferente.

Las guerrillas de las FARC y del ELN anhelan a que como resultado del proceso de negociación se produzcan reformas profundas en lo político, lo social, lo económico y lo militar y no solamente que se acuerden procedimientos para realizar las reformas en un futuro, relativamente incierto. Es decir que en relación con cada punto de la agenda quieren, no simplemente que haya un debate académico y que una vez agotado éste se pasa al siguiente punto de la misma, sino a que hayan conclusiones y medidas de tipo inmediato; no simples expectativas hacia el futuro. Pretenden que como producto inmediato de la negociación se realicen las reformas que se han aplazado por decenios y que están en la base de la confrontación militar.

El establecimiento del país, por su parte, no acepta que ese vaya a ser el costo de la negociación y buscan, en el mejor de los casos, un modelo de desmovilización y reinserción como en los anteriores procesos; casos con mayor generosidad, seguramente, pero finalmente un modelo de reinserción. Ellos no se han planteado seriamente la posibilidad de una estructura de poder compartida con nuevos actores políticos y sociales, ni menos unas reformas que modifiquen sustancialmente el estilo de desarrollo, la distribución del ingreso, la estructura del poder político.

Lo anterior es una muestra de las distancias en que se encuentran las partes y la dificultad que de allí se deriva para un rápido avance en el proceso de conversaciones. No hay que olvidar que toda negociación implica cambios de equivalentes o si se quiere gestos de reciprocidad mutua.

Debe ser claro que se trata de resolver un problema político y no uno delincencial. Se trata de hacer que el conflicto social se pueda continuar expresando por sus ámbitos propios y no deba recurrir a la confrontación militar como respuesta a la criminalización permanente desde el Estado.

La idea de desarrollar la negociación en medio de un escenario similar al de una Asamblea Nacional Constituyente y conformada con participación social a través de importantes procesos regionales de consulta, entre la sociedad colombiana, el gobierno y la insurgencia, con capacidad autónoma para decidir, debe ser considerada seriamente como una opción probable en que se desarrolle la negociación del conflicto interno colombiano y la única posibilidad de darle la suficiente legitimidad que el mismo requiere.

iv) Paz y Guerra como Característica del Período

Colombia ha estado atrapada desde hace más de veinte años dentro de la lógica de paz y guerra: es decir, simultáneamente se desarrolla la confrontación militar mientras se hacen esfuerzos por buscar caminos de superación negociada del conflicto interno armado. Lo anterior es independiente de la voluntad de los actores del conflicto interno armado. Algunos analistas, denominan esto como la existencia de un Plan A, que apuntaría a la paz, y un Plan B, dirigido a la guerra, mostrándolos como la expresión perversa de los actores que no juegan limpio.

En los últimos dos decenios hemos asistido a la presencia simultánea de los dos escenarios y producto de ello se han dado procesos de negociación con organizaciones guerrilleras, exitoso unos o frustrados otros, y el desarrollo de la guerra ha continuado incrementándose y mostrando caras cada vez más dolorosas, como lo son las facetas de toda guerra.

La lógica bipolar anterior, de escenarios de paz y de guerra con presencia simultánea, no tiene nada que ver con el deseo o la voluntad de los actores y por supuesto menos de la población civil que no está directamente involucrada en la confrontación militar. Seguramente que todos los colombianos deseáramos que no hubiera guerra, pero lo real es que existe. Por ello nos parece equivocado plantear el problema como un dilema entre paz o guerra, que ha orientado mucho el actuar de grupos que trabajan por la paz; porque si bien el dilema señalado plantea el deseo excluyente de la paz que los anima, o debiera animarlos, desconoce la presencia de la lógica de la guerra y la necesidad que tendremos, quienes apostamos a una superación negociada de la guerra civil en los próximos años, de movernos en medio de la presencia simultánea de los dos escenarios y ser capaces de apoyar y mantener las iniciativas que apuntan a la paz mientras el escenario de la guerra, desafortunadamente, sigue teniendo su desarrollo hasta tanto logremos superarlo.

En el escenario de la guerra tenemos un proceso de incremento de la fuerza militar de la guerrilla, un aumento del reclutamiento y de su tradicional estrategia de desdoblamiento de frentes guerrilleros, acompañado de accionar militar con una capacidad táctica acrecentada, especialmente en el caso de las FARC. Pero igual estrategia de crecimiento y expansión territorial vemos en los denominados grupos de

autodefensa o paramilitares. Por su parte las Fuerzas Militares están en su proceso de reingeniería o reestructuración, preparándose mejor para una eventual nueva fase de la confrontación militar. En el campo internacional, los Estados Unidos sigue pensando la opción militar como una no descartable.

Pero simultáneamente se mantiene, con todos los problemas, el proceso con las FARC en la zona de despeje del Caguán, con el inicio de la fase de diálogos y negociación en la cual el proceso parece ampliarse a la participación social a través de las denominadas 'audiencias públicas' e igualmente el proceso de Convención Nacional con el ELN, a pesar del empantanamiento en que se encuentra, es probable que pueda reiniciarse en los próximos meses. Los partidarios de la solución política negociada debemos apoyar fuertemente el que estos procesos de conversaciones se mantengan, a pesar de las dificultades, porque es la esperanza cierta de consolidar el camino de la superación negociada.

Por ello a pesar de condenar todas las barbaridades de la guerra, tenemos que continuar apoyando las iniciativas de negociación con las distintas organizaciones guerrilleras y haciendo los esfuerzos que sean necesarios para que éstas se concreten, se mantengan y se consoliden como escenarios civilizados de superación de la confrontación militar.

La negociación del conflicto armado colombiano debe ser un buen pretexto para repensar colectivamente el país y su futuro como nación. Esto apunta a la construcción conjunta, entre todas las fuerzas de la sociedad, de un Estado que sea garante para todos del desarrollo de los conflictos sociales y económicos, normales en toda sociedad humana, que por naturaleza es diversa y contradictoria.

Por ello tenemos que concluir señalando que la superación negociada del conflicto armado, más allá de si estamos o no de acuerdo en que es el principal problema del momento en la sociedad colombiana, sí podemos coincidir en que nos proporciona una oportunidad de reflexión colectiva única para construir un proyecto de sociedad incluyente en lo económico, capaz de revertir la tendencia la exclusión o a la 'inclusión precaria'¹¹, democrática en lo político, es decir con reglas de juego claras y equilibradas para todos y más articulada en la relación Nación - Región que posibilite consolidar un verdadero proyecto nacional fundamentado en la diversidad de nuestra sociedad.

Igualmente, ser capaces de convertir la respuesta al problema del narcotráfico un proyecto que involucre a la comunidad internacional y en esa medida sea una respuesta global, como lo es el problema.

En fin, avanzar colectivamente en la dirección de consolidar una cultura de la convivencia que sea modelo para aumentar sustancialmente el cumplimiento de las normas y en esa medida incidir realmente en disminuir la delincuencia, lo cual es el antídoto más eficaz para bajar sustancialmente los niveles de impunidad que actualmente tenemos.

Tenemos entonces los colombianos, en medio de esta situación dramática que hemos vivido en los últimos años, la oportunidad de comenzar a construir colectivamente un futuro amable para todos, pero sobre todo, con bases sólidas para las nuevas generaciones.

Santafé de Bogotá, Noviembre de 1999.

¹ MEDINA VÁSQUEZ, Javier. "Fundamentos acerca de la construcción social del futuro". Profesor Asociado Universidad del Valle., Documento recuperado vía Internet, 1999.

² MEDINA VÁSQUEZ, Javier. Ob. Cit., 1999.

³ MEDINA VÁSQUEZ, Javier. Ob. Cit., 1999.

⁴ MORALES NIETO, Jairo. "Planificación agropecuaria regional y participación comunitaria. Reseña del caso colombiano". En Participación Comunitaria y Cambio Social en Colombia, Varios Autores, CINEP - DNP - UNICEF - ACS, Bogotá, 1988.

⁵ Con base en: DE MATTOS, Carlos: "Planeación y gobierno en sistemas de baja gobernabilidad", en Seminario Internacional de Economía Campesina y Pobreza Rural, Ministerio de Agricultura - Fondo Dri, Paipa, 1987 y Planificación, libertad y conflicto", Instituto Venezolano de Planificación, Enero de 1985; "Reestructuración social, grupos económicos y desterritorialización del capital". El caso de los países del Cono Sur, ILPES, 1989; VIAL, Alejandro, "Una planificación para la democracia" (notas Epistemológicas)", Primer Congreso Chileno de Planificación, ILPES, septiembre de 1989.

⁶ Usamos algunos apartes de nuestro texto: VARGAS VELASQUEZ, Alejo, "Participación Social, Planeación y Desarrollo Regional", Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional, Santafé de Bogotá, 2 Edición, 1996.

⁷ De acuerdo con la clasificación de sistemas de partidos de Giovanni Sartori que señala SEILER, Daniel-Louis, "Les Partis Politiques", Armand Colin Editeur, París, 1993. En el mismo sentido de Seiler usamos el concepto de sistema de partidos "como el conjunto de estructuras constituidas de relaciones, de oposición y de cooperación que existen entre los partidos políticos que actúan sobre la escena política de una misma sociedad política".

⁸ Citado por GONZALEZ, José Jairo, "Espacios de Exclusión. El Estigma de las Repúblicas Independientes 1955 - 1965", Colección Sociedad y Conflicto, CINEP, Santafé de Bogotá, 1992

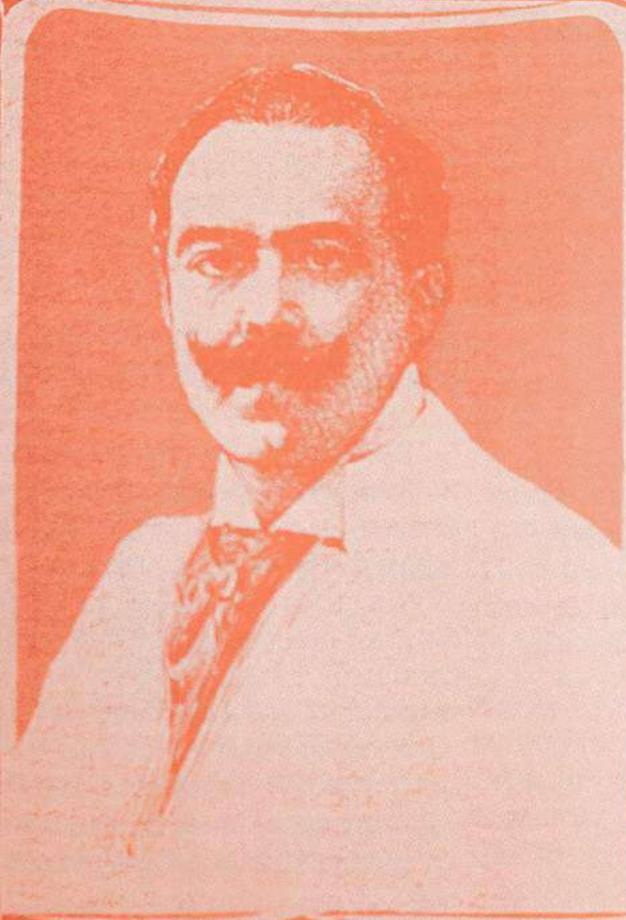
⁹ GONZALEZ, José Jairo, Ob. Cit., 1992

¹⁰ DECHAMPS, Ivan. "Quelques réflexions critiques a propos du couple intégration - exclusion", en Les Transparences de la Démocratie, Contradictions No 73, Bruxelles, 1994. (Versión libre al español del autor). Las reflexiones sobre integración y exclusión están remitidas en el texto a los inmigrantes y a las poblaciones pobres.

¹¹ Término utilizado en sus últimos escritos acerca de la pobreza por Consuelo Corredor Martínez.

EL FIGARO

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA



Luis López Ballesteros



M. Tobón Mejía '94

Luis López Ballesteros
Marco Tobón Mejía

Reseñas

LUCRECIO VELEZ BARRIENTOS. **El Camino de Palonegro.** Gaspas Chaverra – Seud. 1991.

En 1991 se editó la obra del escritor y parlamentario antioqueño Lucrecio Vélez Barrientos (Gaspas Chaverra – Seud.) “El Camino de Palonegro”. En ella se narran los pormenores de la batalla que definió la Revolución de octubre de 1899 o Guerra de los Mil Días, que tuvo a Santander entre sus principales centros de combate, y en el cual, como sucedió en varias de las guerras civiles del siglo XIX, Antioquia participó activamente, aunque los combatientes se enfrentaron en distintos lugares del territorio nacional, permitiendo que su economía no sufriera en igual medida que la de otros departamentos del país.

Como muchos activistas políticos, Lucrecio Vélez participa en la Guerra de los Mil Días por honor. Dieciocho de los treinta capítulos de la obra los dedica el autor a narrar el camino desde Medellín

(Antioquia) hasta Pamplona (Santander), donde se pone a órdenes del General Casabianca del ejército del Gobierno; este recorrido a pesar de realizarse por malos caminos, en mula, a caballo, a pie, en tren y de recorrer un tramo del río Magdalena en medio de la guerra, parece hecho por un turista que disfruta de su viaje, mientras narra las causas de la Revolución de octubre.

La guerra no es cosa nueva en el país, a un hombre nacido en 1850 ya le han tocado varias y está curtido, total, otra guerra más. Pero el honor, la curiosidad y el miedo se empiezan a mezclar con el dolor, la enfermedad y el hambre. La defensa de unos ideales no vale una guerra y el que dos ejércitos de hombres sanos y desconocidos se maten es la conclusión a la que llega Lucrecio Vélez después de participar en una de las batallas más sangrientas de la historia de Colombia, y el dolor de comprender, que el hambre es más fuerte que la misma muerte, pues en situaciones de guerra es una bendición morir. Su experiencia como escritor le permite pintar bellos cuadros de la batalla de Palonegro y hacer de su obra uno de los mejores textos para el estudio de la guerra. Lejos de sensacionalismo y de amarillismo, por medio de capítulos de 3 ó 4 páginas, con un lenguaje directo y con algo de horror negro, reconstruye la situación de miedo generalizado que se siente antes y en el combate, del cual no se libran ni los mismos generales, y en ocasiones lleva a que se confunda a los amigos con el enemigo, donde lo único más largo que los días, son las noches de hambre e insomnio; donde los que luchan por el poder y se lucran económica y políticamente no se imaginan, desde el refugio en que se encuentran, la desesperación y el horror del hospital de sangre de Palonegro lleno

de cráneos partidos, lamentos y gritos de los heridos que se mueven y revuelcan en el suelo pidiendo incesantemente ayuda.

Estela María Córdoba.

Historiadora
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín

ROBERT FURNEAUX JORDAN. **LA ARQUITECTURA OCCIDENTAL.** Ediciones Destino, Thames and Hudson, Barcelona, 1994, 360 páginas. ISBN: 842332348X

Haciendo honor a la interpretación general de la Arquitectura Inglesa: basada en la Religión, la Sociología o la Política (la del espíritu de la época es alemana y, la que se vale de argumentos racionales y tecnológicos, francesa) el autor parte de la premisa de que en occidente la Arquitectura tiene más raíces en las circunstancias que en la voluntad y, viaja desde Grecia, pasando por Roma, Bizancio, el románico, el gótico, lo clásico revivido, la fantasía del "art nouveau" y la racionalidad de Le Corbusier, hasta los años sesenta del siglo XX; a través de un cuidadoso índice, una completa bibliografía y más de 430 ilustraciones de gran calidad en blanco y negro.

Furneux Jordan, fue autoridad reconocida y, criticado por su enfoque que minimiza el aporte del autor, en el caso de la Arquitectura, para maximizar el de las circunstancias en las que ella se limita a circunscribirse; Una hipótesis que aplicó también en sus otras obras. "Arquitectura Victoriana" de 1966, y "Arquitectura Europea en Color", y que desarrolló como profesor y director de la "architectural association school", de 1934 hasta 1963. Jordan, aunque exagera el enfoque

de lucha de clases, el zeitsgeist y su paralelo en las artes, mostrando de paso ser alumno de Sir Nikolaus Pevsner (alemán en su formación), hace que el lector descubra que forma toma la Arquitectura en un determinado período, relevando lo singular de cada uno de ellos, según las mencionadas “circunstancias”.

El libro dedica uno de sus mejores capítulos al renacimiento, manierismo y barroco en Italia y otro al renacimiento fuera de Italia, hasta el retorno al clasicismo. Aunque sobre el movimiento moderno, se queda en su fase de “International Style”, hasta mediados de los años sesenta, lo articula bien con sus raíces del siglo XIX valorando el aporte de Norte América.

Unas hipótesis interesantes en el texto, tienen que ver con el origen no europeo de la “Arquitectura Occidental” y la expansión de la civilización a partir de varios puntos a la vez: valles del Tigris, Eufrates, Mesopotamia, Nilo, Indo y Yangtsé con la base común fluvial, el dominio del riego y la navegación, la aparición allí de ciudades y, con ellas el comienzo de todo (sacerdotes, reyes, abogados, escribanos, doctores, astrónomos, matemáticos, actores, mercaderes, ceramistas, artistas, prostitutas... arquitectos).

Emilio Cera Sánchez.

Profesor Asociado de la Facultad de Arquitectura
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín.

O.M.A., REM KOOLHAAS Y BRUCE MAU. **S, M, L, XL.** Ediciones Benedikt Taschen Verlag Köln, 1997, 1.345 páginas. ISBN: 38228-7743-3

Pequeño, mediano, grande, extragrande, es Arquitectura novelada en un libro masivo. Su título es referente al contenido, ordenado según

su tamaño o escala. Los textos ilustran la condición de la Arquitectura hoy, con su esplendor y su miseria, como crítica certera del impacto en ella de Política y Economía en el contexto de la globalización.

El libraco, de autoría híbrida, (en él colaboran varios personajes ligados a O.M.A, sigla para Office for Metropolitan Architecture: Elia y Zoe Zenghelis, Madelon Vriesendorp Willem-Jan Neutelings, Alejandro Zaera, Jennifer Sigler, Gian Franco Monacelli) contiene proyectos, ensayos, estudios de caso, diccionario, imágenes, manifiestos, diario de viaje, cuentos y meditaciones sobre Arquitectura y ciudad contemporáneas en los últimos veinte años: la Arquitectura hoy está signada, por una difícil mezcla de potencia e impotencia. El azar está en su centro ya que debe confrontarse con secuencias arbitrarias de demandas y parámetros no establecidos por su autor, para sitios que éste apenas conoce, sobre temas que no domina bien y problemas duros de roer aún para los más inteligentes. La Arquitectura parece ser una aventura caótica. ¿Puede buscarse un nuevo realismo para la Arquitectura en un mundo cuya geografía de formas totalmente signadas por el capitalismo se traduce en metrópolis? En un mundo urbano que condiciona arquitecturas de aspectos complejos, congestionadas y manipuladas por el poder, la profesión oscila entre impotencia y omnipotencia, la última solo en sueños megalomaniacos de los arquitectos. Es notable en este sentido el estudio de caso sobre Atlanta y la obra de John Portman quien como arquitecto, artista y promotor cambió la visión del “Down-Town” y los conceptos de centralidad y Atrio.

S, M, L, XL, puede considerarse un tratado contemporáneo de Urbanística y Arquitectura, que presenta en una preciosa edición, tópicos que nos inquietan de la profesión: su reflexión central sobre la gran escala en la Arquitectura

ligada a las metrópolis y su frecuencia en el ejercicio actual, oscila entre negatividad (posible extinción como los dinosaurios) y reto para la mejor inteligencia arquitectónica. La teoría de lo grande ya expuesta por Koolhaas en “Delirious New York”, se resume en un capítulo: A) Después de un determinado tamaño las partes de un edificio no son fragmentos... permanecen relacionadas al todo. B) El “arte” tradicional de la Arquitectura no es útil en la gran escala. C) En ella se pierde la claridad y correspondencia tradicional interior-exterior. D) Con gran tamaño, los edificios impactan, ya no importa si son buenos o malos. E) Aquí se rompen composición, tradición, transparencia, ética y tejido urbano. Abordar tal escala requiere aporte de otras disciplinas, trabajo en equipo, tecnología y apuntar a lo urbano más que a lo arquitectónico, a un paisaje post arquitectónico.

La lectura propone inquietudes:

¿Ha perdido el siglo XX la batalla con la gran escala?

¿Es incapaz el urbanismo de manejar la escala necesaria para los problemas de un mundo de metrópolis hiper-megas?

¿La victoria global de la metrópolis, ha traído paradójicamente consigo, la derrota del urbanismo?, éstas y otras preguntas en relación con la gran escala del proceso de urbanización mundial, la proliferación de megaciudades y aparente necesidad de mega estructuras arquitectónicas, surgen de la lectura de S, M, XL. Queda un cierto sabor de no haber sido posible lograr con la modernidad, (a través de abstracción y repetición), trocar cantidad por calidad... (¿queda como opción “light” la de una urbanística débil?, ¿urbanística que se libere de sus ataduras, que invada a la Arquitectura, que tome riesgos, que se atreva a ser acrítica y admita que la ciudad es de todos modos lo único que tenemos?). Éstas son algunas de las hipótesis trabajadas en el

texto, que invitan a dar apoyo al proceso de urbanización global. Pero, ¿existe el Urbanismo, o éste es sólo ideología?. Para el capitalismo moderno, que ha organizado la vida social como espectáculo, el Urbanismo y la Arquitectura existen como la Coca - Cola: “son producto real, que satisface falsamente, necesidades falsas.” (citado de la palabra urbanismo, pagina 1.269, del diccionario incluido en el libro).

S, M, L, XL sigue siendo una buena lectura para quien desee comprender algunos porqués de la Urbanística y Arquitectura, en el mundo desarrollado de hoy, a pesar de habersele criticado por aceptar en la práctica, la condición de su ejercicio en la metrópoli desarrollada, sin posición clara desde lo social.

Emilio Cera Sánchez.

Profesor Asociado de la Facultad de Arquitectura
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín.

OSIP MANDELSTAM. Cuadernos de Voronezh.
Igitur Poesía.

Mandelstam y su largo sufrimiento en las cárceles de Stalin. Sufrimiento que, una vez vencida la anécdota política se eleva como el paradigma de valor moral contra el despotismo ciego, contra el odio del mediocre. El sufrimiento llevado a los extremos en que Mandelstam lo padeció puede anular la capacidad creadora, hace que el rencor impida el razonamiento que en este caso la poesía eleva sobre la circunstancia para hacer la encadenada serie de metáforas donde el abandono se redime mediante la creación de otra realidad, la realidad de la poesía.

Mandelstam recurre al pentámetro yámbico “que se desliza en el verso alejandrino, y siempre hay una parafrasis o una referencia directa a alguna producción épica de Homero”. ¿Cómo llegar a definirse hacia una nueva poesía sino buscando la poesía? La grandeza del autor de **“Tristía y otros poemas”**, igualmente editado por Igitur, reside en esta magnífica y temprana lucidez. Por encima de todo la poesía es una tradición a la cual es necesario responder creándola de nuevo para justificarla.

Y para dejar en claro que la dimensión de la experiencia moral que se incorpora tiene un punto de arranque en el presente vivido. Porque la vocación, ¿o el anhelo?, de toda poesía radica en el intento de hermanarse con aquella otra poesía que silenciosa pero imperativamente, ha indicado un magisterio.

Si hay cierto cinismo en el Eliot que observa el desgreño de las ciudades, aquí la experiencia de la humillación esta trascendida hasta la instancia de otra palabra donde un río miserable, un huérfano paisaje, un asustado pájaro son la expresión del júbilo de reconocerse en un entorno y no únicamente el motivo de un desconsuelo ante la distancia entre el dolor interior y la sabia y muda sabiduría de las cosas. **“Cuadernos de Voronezh”** es la afirmación de aquello que constituye la esencia de la poesía: civilizar. O sea colocar allí donde la palabra no ha llegado, el nombre que bautiza y rememora en el tiempo, y coloca en el lenguaje las historias de los seres comunes que fueron tumba sin nombre. Y esto contra los fines inmediatos de lo político, esta permanencia de lo humano, es altamente subversivo ya que lo lírico trasciende la labor de castración de lo Brodsky llama *“la escoba de hierro”*. Decir que

su aparición en nuestra lengua es un acontecimiento, es indicar la necesidad de acercarse a una poesía cuya complejidad y belleza están en directa relación con la esperanza humana.

DARÍO RUÍZ GÓMEZ

Profesor Emérito
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín

JORGE RESTREPO. **Filosofía para profanos.**
Colección Ariel, Editorial Planeta.

Vencer la tentación casi maniaca de ciertos profesores que aún confunden pensamiento con galimatías, es una tarea que ciertos pensadores como José Antonio Marina ha estado llevando a cabo con suma precisión, y, con extraordinario reconocimiento por parte del lector. Porque no hablamos exactamente de divulgación para profanos, que sería otra cosa diferente, sino de un deseo de claridad en la exposición del tema que haga posible que el supuesto profano reconozca aquello que decía Blanchot de que el verdadero libro es aquel que nos ha leído.

Ortega fue maestro en esta manera de acercarse a estas certidumbres compartidas y lo fue igualmente Walter Benjamin acusado, cómo nó, por los académicos de escribir no filosofía sino literatura por la calidad y brillantez de su prosa. Jorge Restrepo se la ha jugado por lo más difícil, o sea por la posibilidad de un diálogo con aquellos que si bien acusan cada día el impacto de la Historia, viven de frente la irracionalidad de las ideología pero carecen de argumentos para expresar estas situaciones. Aquí la palabra no se rebaja a la condición de la mala vulgarización sino que busca adentrarse en ese extendido sentido común de que hablaba Descartes, precisamente para burlarse de los filósofos de oficio.

Volver a pensar es entonces el capítulo con que el autor comienza a situar con objetividad el problema: la filosofía agrupa los pensamientos dispersos, las congojas diurnas, a través del filtro de los universales para eliminar la falsa idea de que, por ejemplo existe una filosofía colombiana; ya que pensar es asumir un problema, es lograr adentrarse en una perplejidad. De ahí la perentoria necesidad, que es lo que metódicamente hará Restrepo a lo largo del libro, de revisar los alcances de la modernidad. “La forma de decir condicionaría la de pensar y la de ser”. ¿Qué otro punto de arranque moral tenemos para juzgar el presente? Restrepo va a la génesis del problema que es ese, como se debe decir, saber, y creer, la razón instrumentalizada, y por supuesto la responsabilidad de la inteligencia, etc. Examinar, que quiere decir, repaso de caídas, dimensión de errores históricos a través de los cuales se ha llegado a lo peor, el holocausto, los gulags pero igualmente la barbarie por parte de quienes utilizaron la filosofía no para hacer frente a la inestabilidad del individuo, a las precarias condiciones del ser constreñido por una intermitente violencia abstracta sino para fundamentar una “Idea de revolución” que, como vemos, diaria e impávidamente sigue cortando cabezas pues éstos teóricos de la violencia o se callaron o se volvieron “posmodernos” en nuestro país.

Restrepo bucea en esos extremos, desnuda falsas aporías, para, finalmente, sin retoricismos tratar de recuperar la situación del ser humano, ¿Dónde está, fue una ilusión del lenguaje, algo ya, verdaderamente sobrepasado?, que, es entonces, un problema de enunciar, de decir, de volver a nombrar o sea de vencer las dramáticas distancias, abismos, mares procelosos, creadas por un falso logos, por un saber que nos aisló o nos relegó a lo inesencial, nos condujo a la soledad y al miedo ya que sin certidumbre no puede haber esperanza.

¿Dónde está entonces lo que llamamos filosofía, aquí entre nosotros?

La lección de claridad expositiva en Restrepo muestra de su honda ética pues superar un lenguaje corrompido, la corrupción comienza cuando este lenguaje olvida su función primordial, la dimensión del estar en el mundo, dolor, intolerancia, supone vencer la suspicacia ya que esta es la negación de las cualidades del lenguajes, y, cómo entonces preguntarse en un lenguajes que esta muerto, como el académico, cómo acompañar el tránsito de lo humano entre el horror de la violencia?

DARÍO RUÍZ GÓMEZ

Profesor Emérito

Universidad Nacional de Colombia

Sede Medellín

OTTO MORALES BENÍTEZ. Sanclemente, Marroquín, el liberalismo y Panamá. Stamato Ediciones, Santafé de Bogotá, 1998.

Este es un libro revelador, capaz de transformar muchos lugares comunes enseñados en la Historia de Colombia. Las fuentes primarias aquí ampliamente usadas construyen una contra – historia elocuente, llena de lecciones acerca de los sofismas y mentiras de los epígonos de la Regeneración que hicieron la versión oficial de la pérdida de Panamá. Quedan patentes los crímenes de lesa Patria y lesa Humanidad en que se apoyó toda esa política regeneradora. Queda claro que el gobierno de la época vendió a Panamá a cambio de dinero y armas para vencer a la guerrilla liberal. Queda claro que esos presidentes gramáticos eran también espíritus cerrados, almas despóticas, tramposos y traidores. Quedan ganas de volver a las épocas del Radicalismo, a los tiempos de la Constitución de Rionegro. Queda un desprecio infinito por esos Marroquines, esos Núñez, esos Caros que traficaban con la muerte como capos

mafiosos. Y se engrandece Santander y se enaltece Uribe Uribe. Prueba a prueba, sin dar un juicio a destiempo, se muestra que la patria era para los regeneradores un imperio de sables y sotanas, una reorientación de la libertad ganada hacia la sumisión pagada y sobornada. Después de leer este libro y los relatos del Indio Uribe parece increíble que exista algún instituto que se atreva a poner juntos a ese espíritu libre que fue Rufino J. Cuervo y a ese déspota retardatario que fue Miguel Antonio Caro.

Jorge Alberto Naranjo Mesa

Profesor Titular
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín

MARÍA H. URIBE DE ESTRADA. **Fernando González, el viajero que iba viendo más y más.** Editorial Molino de Papel, Medellín, 1999.

Entre los estudiosos de la obra de Fernando González parecen perfilarse dos puntos de vista y dos tipos de interpretación aparentemente opuestos: o bien, se intenta estructurar esa obra por épocas ó fases ó periodos, para ofrecer una visión "sistemática" de ese pensamiento y entregar una imagen de González filósofo a la manera de las figuras tradicionales (un González pascalino tal vez, y cuando menos nietzscheano); o bien, puesto que no se encuentra fácil esa unidad de conjunto, ni una arquitectura conceptual que permanezcan invariantes de unas obras a otras, y ya que cualquier imagen de su pensamiento se desfigura con sólo escarmenar otros textos que escribió, se descarta esa obra para la filosofía, y, vuelto literato, el "filósofo de Envigado" resulta apenas autor de filosofemas.

Ambos puntos de vista, en apariencia irreconciliables, se apoyan en un mismo prejuicio, en una curiosa noción de lo que es o en lo que consiste filosofar. El concepto se cree durable y eterno, la vivencia pasajera y mudable; la ontología se valora por sobre la etología, la filosofía del ser se estima a expensas de las filosofías de las costumbres. Se tratan separadamente las cuestiones del pensar y de la vida. Quizá se admita que el acontecimiento vivido es aforismo que se actualiza, pero no se entiende cómo la vida se condensa en aforismos y sentencias. Y con semejante principio de análisis el acercamiento a Fernando González resulta un ensayo inútil.

Mejor que una evolución, la vida y la obra de este hombre sui generis transparentan una obstinación, un pasar por ciertas incertidumbres, por ciertas preguntas acuciantes, ahondándose, desvelándose cada vez más a fondo, para despojarse de vanos oropeles, para desnudarse interiormente de cuanto fuera adjetivo en su pesquisa. "Filósofo de la autenticidad", cierto; pero la autenticidad no es un bien que se posea ni un concepto que se teoriza, es una pregunta que insiste, una inconformidad con lo que se llega a ser, una gana de encontrarse, y tal vez una nostalgia de Dios.

Viajero, nómada espiritual, González iba con el instante, inmerso en su intensidad, llevando por su aire y su emoción, cantando su atmósfera y su presencia como si ahí se condensara la pura eternidad, como en sintonía perfecta con el esplendor de una creación que no cesa. "Filósofo del presente", se diría; sólo que el presente es un pozo sin fondo, la caja de resonancia del eterno palpito, la bisagra de lo que fue y lo que será, el lugar de choque de la memoria con la voluntad la escena del combate perpetuo entre el deseo y el entretenimiento. Y llegar a semejante vivencia del ahora nunca ha sido fácil. Pero González "iba viendo más y

más”, y fue convirtiendo su viaje, cada vez mejor, en visita a esa dimensión cósmica y en disfrute de la calma en Dios.

Sus obsesiones fueron tanto metafísicas como religiosas, políticas cuanto intelectuales. Espirituales y existenciales. Lo que permanecía intacto no era un sistema, sino las ganas de entenderse. No temía ceder a las presiones de la experiencia vital ó del pensar. No eran obsesiones de principio sino de fin; no temía contradecirse, fiel a la propuesta de Schwob: “piensa con el instante. Todo pensamiento que dura es coerción”. Ni quería perpetuarse, ni quedarse en otra parte, estaba en “ninguna parte”, en el afuera de los hábitos sobre todo de pensamiento. Había roto con la regla que nos hace tributarios de hábitos adquiridos de una vez y para siempre. Buscaba comportarse de acuerdo con su razón en perpetua deliberación, pensar lo que le comunicaba la intuición de la vida. Y seguramente no vivía como sus coterráneos “a la amiga ó a la enemiga”, antes bien – por encima de semejante simpleza – quería suturar esa escisión que fatiga a nuestro pueblo y es causa de la inagotable guerra civil que nos desangra. Si se trata de la Virgen se trata de una Madre liberada de su aura de sobrehumanidad inalcanzable; si se trata del pesebre, se trata de un pesebre cotidiano, de un pueblo que reinventa su fe y su oración, pero también su política y su sentimiento nacional. Posiblemente un pensador así de contradictorio se ganara enemistades de lado y lado, pero González, por su parte, iba seguro en su periplo, seguro de que había puesto a pensar a cada lector. No buscaba el acuerdo, la complicidad adocenada de una escuela ó un grupo; buscaba que cada uno se preocupara por el sentido de su vida. No escribía cartillas sino cuestionamientos, ante todo a sí mismo, a sus ideas demolidas por la vida, a su vida menoscabada por nuevas ideas y percepciones. Era “el viajero que iba viendo más y más”, que

se iba depurando, depurando, y que en pos de su vuelo (ó su ahondamiento) iba dejando una cauda de pensamientos ya vividos, ya gastados....

Por eso es tan difícil encontrar la coherencia de esa vida con ese pensamiento. Sus libros son huellas de lo que ya no es, de lo que su viaje dejó atrás. Y por eso es admirable este libro de María Helena Uribe que logra reconstruir, no un sistema filosófico, no una literatura, sino una pregunta, una errancia, y finalmente un encuentro de esa alma con la divinidad que lo absorbía.

Jorge Alberto Naranjo Mesa

Profesor Titular

Universidad Nacional de Colombia

Sede Medellín

ISAAC ASIMOV. **Cien preguntas básicas sobre la ciencia.** Alianza Editorial S.A. Ediciones del Prado, Madrid, 1994. 200 páginas.

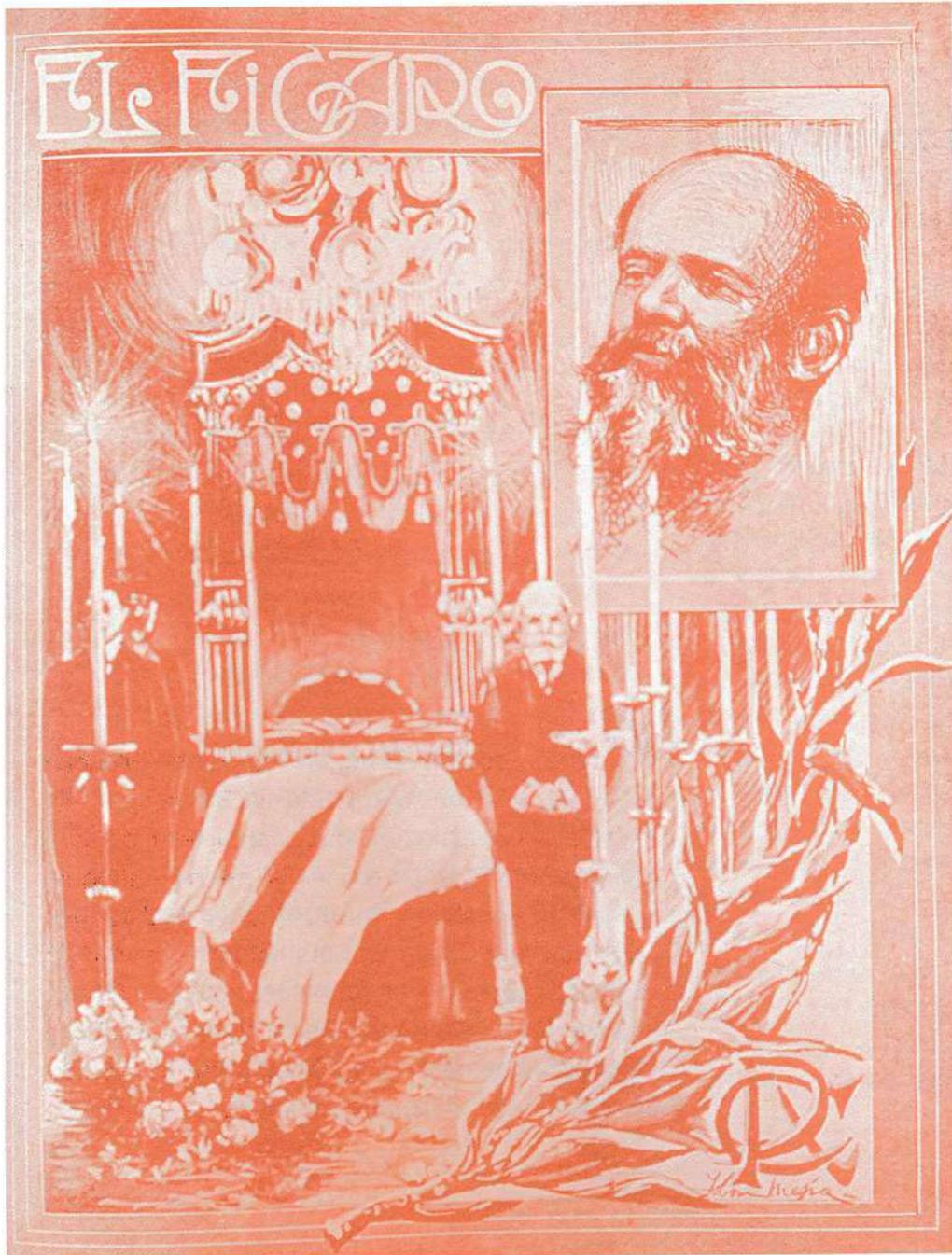
De las preguntas que los lectores formulaban a la revista Science Digest nace este libro en el cual ASIMOV, con su consabida habilidad de gran divulgador de las ciencias, ofrece respuestas claras, concisas, asequibles y al mismo tiempo rigurosas. Con un estilo sumamente agradable el lector puede aprender los conceptos fundamentales y los más inquietantes de diversas disciplinas: Matemática. Física, Biología, Química, etc. Una obra interesante no sólo para el inexperto que quiera satisfacer su curiosidad sobre temas científicos de los que cotidianamente se habla en los modernos medios de comunicación, sino también para los científicos cada día más comprometidos con la necesidad de comunicar al público no especializado el alcance de sus descubrimientos.

¿Qué es el viento solar?, ¿Qué es el efecto invernadero?, ¿Qué es la entropía?, ¿Qué son los pulsores?, ¿De dónde viene el polvo cósmico?, ¿Cómo empezó la vida? ¿Cuál es la diferencia entre bacterias, microbios, gérmenes y virus?

ASIMOV contesta éstas y 95 preguntas más para los que desean tener una idea clara sobre las directrices de la ciencia moderna.

Walter Sorge Z.

Profesor Titular
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín



Los Funerales del Mayor
General Carlos Boloff.
La Capilla Ardiente en los
salones del Ayuntamiento.
Marco Tobón Mejía

Colaboradores

Miguel Escobar Calle. Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha sido profesor universitario, editor, compilador, curador e investigador. Participó en la Historia de Antioquia y en la Historia de Medellín, editadas por Suramericana de Seguros. Cofundador y curador de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto. Actualmente es Jefe de la División de Información y Cultura en dicha Biblioteca y hace parte del equipo para el guión del Museo de Antioquia.

Héctor Ceballos Córdoba. Arquitecto de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Especialista en Diseño Hospitalario. Maestría en Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Antioquia. Investigación sobre la expresión Gráfica moderna y el conocimiento. Investigación sobre la visión de Leonardo Da Vinci. Fué Director de la Carrera de Arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín y coordinador general del proceso de acreditación de la Carrera ante el Royal Institute of British Architects, R.I.B.A. Vicedecano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Santo Tomás en Medellín. Profesor de la Facultad Nacional de Salud Pública. Ensayos y artículos en diversas publicaciones: Revista Hito, Revista Universidades (México), Revista Universidad Pontificia Bolivariana, Periódico La Prensa y Revista Arquitectos.

Luis Jaír Gómez Giraldo. Veterinario y Zootecnista de la Universidad de Caldas. Master of Science de la Universidad de Missouri. Profesor Titular y Maestro Universitario de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Docente del Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la misma institución. Trabajos publicados en: Revista de la Facultad Nacional de Economía, Revista Colombiana de Ciencias Pecuarias, Journal of Animal Science, Revista de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Ensayos de Economía de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín y Politeia, Revista de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá.

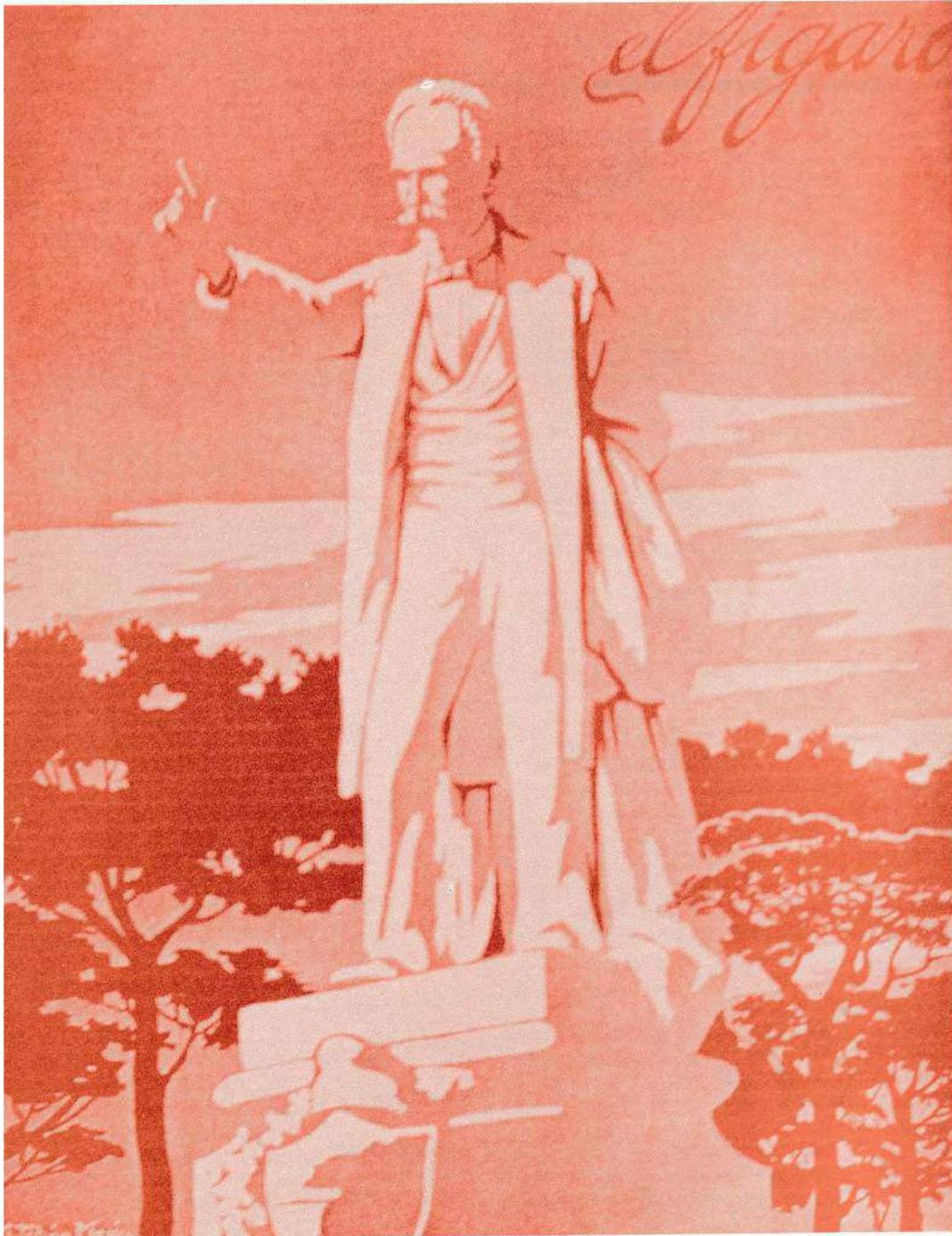
Juan Guillermo Gómez García. Abogado de la Universidad Externado de Colombia. Doctor en Filosofía de la Universidad de Bielefeld (Alemania). Autor del libro “Crítica e historiografía literaria en Juan María Gutiérrez” (Editorial Universidad de Antioquia, 1999) y de diversos ensayos críticos sobre literatura e historia cultural y política Hispanoamericana, publicados en revistas nacionales e internacionales. Traductor del alemán, entre otros libros, de “Historia ilustrada de la moral sexual” de Eduard Fuchs (Alianza Editorial, Madrid, 1996).

Presentación y selección de “Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX”, próximo a publicar por la Universidad de Antioquia y coordinador académico de la “Colección del Pensamiento Hispanoamericano” de la misma institución. Actualmente se desempeña como profesor – investigador del CISH de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia.

Alejo Vargas Velásquez. Vicerrector General de la Universidad Nacional de Colombia y profesor asociado de la Facultad de Derecho de la misma institución. Licenciado en Trabajo Social de la Universidad Industrial de Santander. Magíster en Política Social de la Universidad Externado de Colombia. Doctor en Ciencia Política de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Entre sus obras se pueden destacar: Magdalena Medio Santandereano, Colonización y conflicto armado, Participación social, planeación y desarrollo regional, Participación social y democracia, el papel de la Personería, Analyse regionale des transformations de la paysannerie en Colombie, Las formas asociativas de tipo productivo en la economía campesina colombiana: balance y perspectivas y Ensayos de Paz en medio de una sociedad polarizada.

Recomendaciones a los autores

1. El trabajo debe ser inédito y cuando se trate de una traducción o de material protegido por propiedad intelectual, deberá contar con las debidas autorizaciones.
2. La extensión máxima de cada artículo debe ser 25 páginas a doble espacio y tamaño carta.
3. El autor debe elaborar sus trabajos en Word y remitirlo en disquete anexando dos impresiones o enviarlos al E- mail: dcultura@perseus.unalmed.edu.co
4. Se aceptarán artículos en idiomas diferentes al español, pero la versión definitiva saldrá en este idioma mediante traducción autorizada por los autores.
5. Debe incluir una página con el título completo del artículo, hoja de vida del autor y su dirección, teléfono, fax y E- mail.
6. Si el texto incluye fotografías, se recomienda su presentación en papel mate, con buen contraste, en disquete (en el tamaño en que aparecerá la imagen y su formato debe ser JPEG, TIFF ó PSD y a una resolución de 266 pixels o superior) o en Zip de 100 o 250 megas.
7. La Revista no devuelve los materiales sometidos a su consideración y se reserva el derecho de publicarlos.
8. Los artículos se deben enviar a la siguiente dirección: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Oficina de Divulgación Cultural, carrera 64 con calle 65, A.A. 568, ó al E – mail: dcultura@perseus.unalmed.edu.co.



José Martí
Marco Tobón Mejía

Adpostal



Llegamos a todo el mundo!

**CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR
A COLOMBIA Y AL MUNDO**

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

**VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX.**

**LE ATENDEMOS EN LOS TELEFONOS
2436851 - 3410304 - 3415534 Santafé de Bogotá
441 41 04 - 441 36 21 Medellín**



CENTRO DE PUBLICACIONES
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

Llévese la mejor impresión.

Carrera 64 x calle 65 Autopista Norte A.A. 568
Teléfono 260 91 11 Exts. 536/537/538/539
E-mail: cenpubli@perseus.unalmed.edu.co

EX LIBRIS



F. A. GARDNER

F. A. Gardner